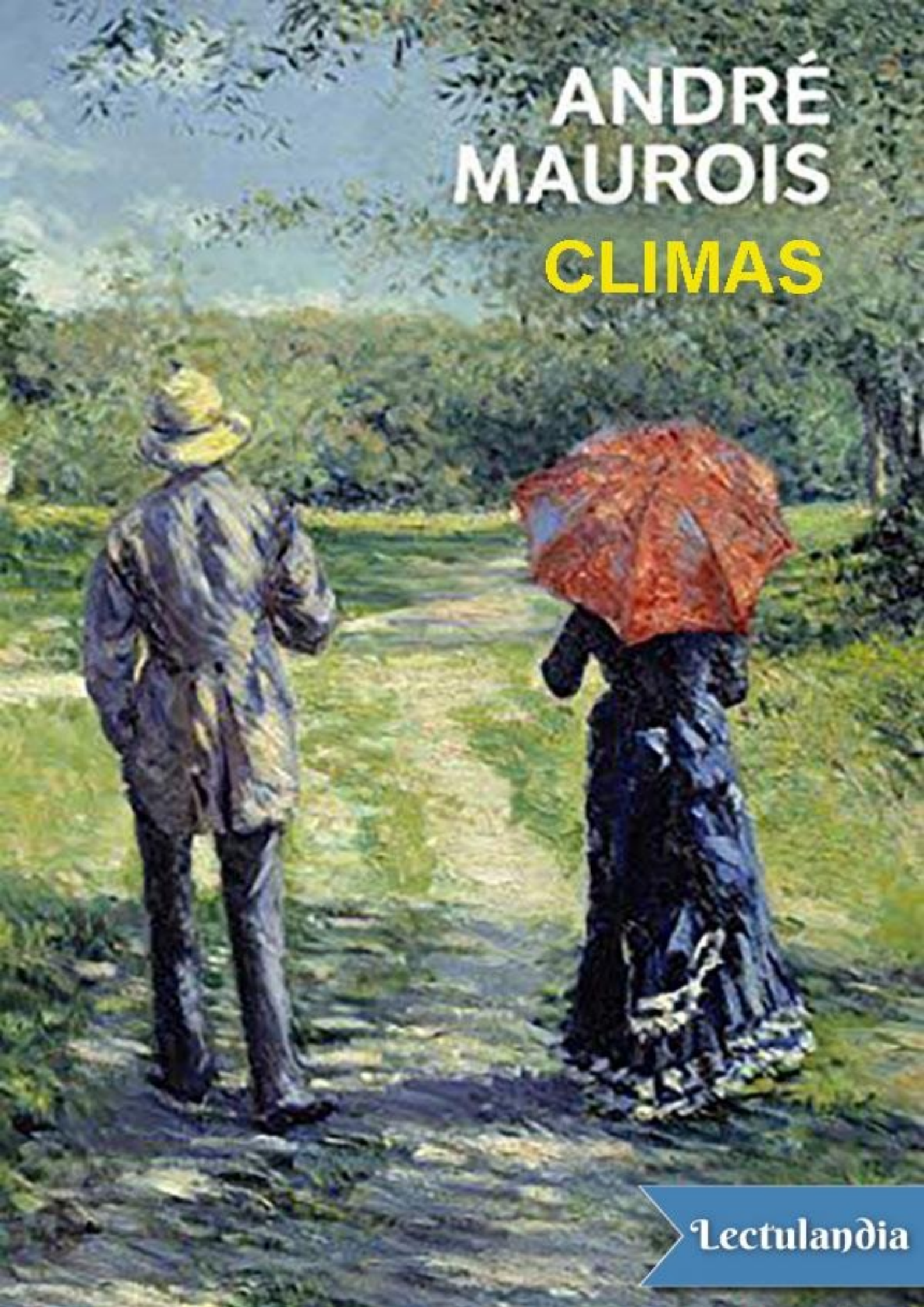


An impressionist painting depicting a man and a woman standing on a path in a park. The man, on the left, is seen from behind, wearing a wide-brimmed straw hat and a dark, textured coat. The woman, on the right, is also seen from behind, holding a large, open red umbrella and wearing a long, dark, patterned dress. They are standing on a path that leads into a lush, green landscape with trees and foliage in the background. The painting style is characterized by visible brushstrokes and a focus on light and color.

ANDRÉ MAUROIS CLIMAS

Lectulandia

Climas de André Maurois describe con prosa inigualable las vivencias de una persona atrapada en sus propias contradicciones. Su yo interior frente a su yo externo; la diferencia entre lo que hace y lo que no quiere que le hagan, entre lo que quiere y lo que realmente desea.

El escritor quiso escribir una novela donde esa cristalización alcanzara un grado muy intenso para después mostrarnos su lado más oscuro, el lado del declive y la imposibilidad de realizar ese amor deseado. Climas (1929) no es una novela de amor, sino una novela sobre el amor, y más concretamente, sobre el amor en el matrimonio, sobre la descomposición del matrimonio cuando de él se espera más de lo que puede dar.

André Maurois

Climas

ePub r1.0

Titivillus 20.03.2021

Título original: *Climats*
André Maurois, 1929
Traducción: Fernando Gutiérrez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Simone

Siempre hemos querido buscar lo eterno lejos de nosotros; siempre hemos vuelto los ojos del espíritu hacia algo distinto de la presente situación y la apariencia presente; o bien hemos esperado morir como si todo instante no fuera otra cosa que morir y renacer. En cada momento nos es ofrecida una vida nueva. Hoy, ahora, inmediatamente; es nuestra sola captura.

ALAIN

ODILE

De Philippe de Marcenat a Isabelle de Cheverny

CAPÍTULO PRIMERO

MI BRUSCA partida ha debido sorprenderle. No me disculpo ni me arrepiento. Ignoro si comprendió, usted también, esa tempestad de música interior que, desde hace algunos días, se levanta en mí como las enormes antorchas de Tristán. ¡Ah! Hubiese querido abandonarme a esa tempestad que, anteayer aún, en el bosque, me precipitaba hacia su traje blanco. Pero tenía miedo del amor, Isabelle, del amor y de mí. Desconozco lo que Renée, o quien haya sido, le ha contado a usted de mi vida. Hemos hablado de ello algunas veces, pero no le he contado la verdad. El encanto de una nueva amistad se encuentra en la esperanza de transformar para ella, negándolo, un pasado que se hubiera deseado mejor. Nuestra amistad no está ya a tiempo de confidencias demasiado halagadoras. Los hombres entregan su alma como las mujeres su cuerpo, por zonas sucesivas y perfectamente defendidas. Una tras otra, he lanzado a la batalla todas mis fuerzas más secretas. Mis auténticos recuerdos, sitiados en su reducto, van a rendirse y a salir a la luz del día.

Heme aquí, lejos de usted y en el mismo cuarto en el que ha transcurrido mi infancia. En la pared cuelga aún el estante cargado de libros que mi madre, desde hace veinte años, conserva «para el primogénito de mis nietos», como dice ella. ¿Tendré yo hijos? Ese ancho lomo rojo, manchado de tinta, es mi viejo diccionario griego, y mis premios, esas encuadernaciones doradas. Me gustaría contárselo todo, Isabelle, desde que fui un niño ingenuo primero, un adolescente cínico después y soy ahora un hombre dolido y desgraciado. Quisiera contárselo todo con ingenuidad, con exactitud y con humildad. Quizá, si llego a terminar este relato, no tenga valor para enseñárselo. Tanto peor. Aun cuando sea para mí solo, no habrá ido inútil hacer este balance de mi vida.

Recordará usted que, una tarde, volviendo de Saint-Germain, le describí Gandumas. Es una tierra hermosa y triste. Un torrente atraviesa nuestras fábricas construidas al fondo de un salvaje desfiladero. Nuestra casa, un pequeño castillo del siglo XVI, como hay muchos en el Limousin, domina una extensión de brezos. Muy niño aún, había experimentado un sentimiento de orgullo por ser un Marcenat y pertenecer a una poderosa familia de la comarca. De la minúscula fábrica de papel que para mi abuelo materno no

había sido más que un laboratorio, mi padre había hecho una gran fábrica. Había rescatado las alquerías y transformado a Gandumas, que, hasta entonces, había sido casi un erial, en un dominio modelo. Durante mi infancia, presencié la construcción de los edificios y cómo se extendía a lo largo del torrente la nave para almacenar pasta de papel.

La familia de mi madre era lemosina. Mi bisabuelo, notario, había adquirido el castillo de Gandumas cuando fue puesto en venta como bien nacional. Mi padre, ingeniero lorenés, no vivió en el país hasta después de su matrimonio. Había enviado a uno de sus hermanos, a mi tío Pierre, que vivía en Chardeuil, el pueblo vecino. Los domingos, cuando no llovía, nuestras familias se encontraban en los estanques de Saint-Yrieix. Nosotros íbamos en coche. Yo estaba sentado frente a mis padres en el duro y estrecho traspontín. El trote monótono del caballo me adormecía; para, distraerme, observaba su sombra que, en las paredes de las fincas o en los taludes del camino, se plegaba, avanzaba, se adelantaba a nosotros y después, al volver, rehacía tras el coche. De vez en cuando, un hedor de estiércol, que todavía recuerdo, como el sonido de las campanas, unido a la idea del domingo, nos envolvía como una nube, y grandes moscas venían a posarse sobre mí. Odiaba las cuestas más que nada; el caballo abandonaba el trote, se ponía al paso y el coche ascendía lentamente, mientras el viejo cochero hacía chascar la lengua y restallar el látigo.

En el albergue, encontrábamos a mi tío Pierre, a su mujer y a mi prima Renée, que era su única hija. Mi madre nos daba tortas de manteca y mi padre nos decía:

—Id a jugar.

Renée y yo nos paseábamos bajo los árboles o por las orillas de los estanques y, cada uno por su lado, recogíamos piñas y castañas. Al regresar, Renée montaba en el coche con nosotros y el cochero le hacía sitio bajando la bigotera del traspontín. Durante el trayecto, mis padres no hablaban.

Toda conversación hacía difícil a causa del excesivo pudor de mi padre que parecía sufrir expresando públicamente sus sentimientos. Cuando nos sentábamos a la mesa, si mi madre decía una palabra con respecto a nuestra educación o la fábrica, a nuestros tíos o a nuestra tía Cora, que vivía en París, mi padre, con un inquieto ademán, le señalaba a la criada que estaba cambiando los platos. Entonces, mi madre se callaba. Desde muy joven, me di cuenta de que, si mi padre y mi tío tenían algún reproche que hacerse, encargaban a sus mujeres que lo transmitieran con las más curiosas precauciones. También muy joven, supe que a mi padre le horrorizaba la

sinceridad. Entre nosotros se admitían como ciertos los sentimientos convencionales: que los padres aman siempre a sus hijos, los hijos a sus padres y los maridos a sus mujeres. Los Marcenat se empeñaban en ver el mundo como un paraíso terrenal y decente, y en ellos esto, según creo, más era candor que hipocresía.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL CÉSPED soleado de Gandumas. Más abajo, en la llanura, el pueblo de Chardeuil envuelto en una ardiente y temblorosa bruma. Un niño, metido hasta la cintura en un hoyo que había excavado cerca del montón de arena, contempla, en el Inmenso paisaje que le rodea, la llegada de un invisible enemigo. Este juego había sido inspirado por la lectura de mi libro favorito: *Guerre en Forteresse*, de Danrit. En mi madriguera de francotirador, era Mitour el soldado de segunda, y defendía el fuerte de Liouville, al mando de un viejo coronel por quien hubiera dado la vida muy gustoso. Perdóneme que anote estos sentimientos pueriles, pero así encuentro la primera expresión de una necesidad de devoción apasionada que ha sido uno de los factores dominantes de mi carácter, a pesar de que fue aplicada luego a objetos muy diferentes. Reconozco que, desde ese tiempo, si analizo esa imperceptible parcela, todavía inalcanzable en mi memoria del niño que yo he sido, había en ese deseo de sacrificio una cierta sensualidad.

Por otra parte, mis juegos no tardaron en transformarse. En otro libro que me regalaron el día de Año Nuevo, y que se ululaba *Petits soldáis russes*, leí la historia de un grupo de liceístas que decidieron formar un ejército y eligieron por reina a una estudiante. La reina se llamaba Ana Sokolov. «Era una muchacha maravillosamente bella, esbelta, elegante y sagaz». Me gustaba el juramento de los soldados a la reina, los trabajos realizados por ellos para complacerla y la sonrisa con que ella los recompensaba. No sabía por qué este relato me era tan agradable, pero era así, y su lectura formó en mí esa imagen de mujer que tantas veces le he descrito. Me veo aún caminando a su lado por los céspedes de Gandumas, escuchando sus frases tristes y bellas dichas con voz grave. Ignoro en qué momento empecé a llamarla la Amazona, pero sé que la idea del atrevimiento y del peligro se mezcló siempre con los sentimientos que me ocasionaba. También me gustaba mucho leer con mi madre la historia de Lanzarote del Lago y la de Don Quijote. No podía creer que Dulcinea fuese fea y había arrancado de mi libro el grabado que la representaba, con objeto de poder imaginármela tal como yo la deseaba.

Aun cuando mi prima Renée tenía dos años menos que yo, fue durante mucho tiempo mi camarada de estudios. Después, cuando cumplí los trece años, mi padre me hizo ingresar en el Liceo Gay-Lussac, en Limoges. Viví, entonces, con uno de nuestros primos y sólo iba a casa los domingos. Me

gustaba mucho la vida del Liceo. Había heredado de mi padre el amor al estudio y la lectura; fui un buen discípulo. El orgullo y la timidez de los Marcenat apuntaban en mí inevitables, como los ojos brillantes o las cejas un poco levantadas. El único contrapeso a mi orgullo era la imagen de la reina a quien permanecía fiel. Por la noche, antes de dormirme, inventaba para mí historias en las que la heroína era mi Amazona. Ella tenía ahora un nombre, Helena, porque amaba a la Helena de Homero, y mi profesor de segundo grado, M. Bailly, fue el responsable de esta aventura.

¿Por qué ciertas imágenes permanecen tan claras para nosotros en el momento de la visión, mientras que otras, en apariencia más importantes, se esfuman y desvanecen rápidamente? En este instante, sobre una pantalla interior y maravillosamente precisa, proyecto a M. Bailly entrando en el aula, con sus lentos pasos, un día en que dábamos clase de composición francesa; cuelga su pelliza de pastor en un rosetón en forma de pátera y nos dice:

—He encontrado para ustedes un magnífico tema: La *Palinodia*, de Stesícore...

Sí, veo todavía perfectamente a M. Bailly. Tiene un espeso bigote, cabellos alborotados, una fisonomía violentamente señalada por pasiones desgraciadas, sin duda. Saca de su cartera un papel, y dicta:

—El poeta Stesícore, habiendo maldecido en sus versos a Helena a causa de los males que había atraído sobre los griegos, fue cegado por Venus y, comprendiendo entonces su falta, compuso una *polinodia*^[1] donde expresa su arrepentimiento por haber blasfemado de la belleza.

¡Cómo me gustaría volver a leer las ocho páginas que compuse aquella mañana! Nunca he vuelto a encontrar un tan perfecto contacto de la profundidad de la vida con la palabra escrita; nunca, salvo, quizás en algunas cartas dirigidas a Odile y, hace apenas ocho horas, en una misiva que destinaba a usted y que no le he enviado. El tema del sacrificio a la belleza despertaba en mí tan profundas resonancias que, a pesar de mi gran juventud, me sentía aterrado y trabajaba durante dos horas con un ardor casi doloroso, como si presintiera cuántos motivos tendría para escribir, yo también, en el curso de mi vida terrestre y difícil, la palinodia de Stesícore.

Pero le daría a usted una idea muy falsa de lo que es el alma de un liceísta de quince años si no le dijera que mi exaltación era tan sólo interior y estaba perfectamente escondida. Mis conversaciones con mis condiscípulos sobre las mujeres y el amor eran cínicas. Algunos de mis amigos contaban sus experiencias, con gran número de pormenores técnicos y brutales. Yo había encarnado a Helena en una muchacha de Limoges, tilinga de los primos en

cuya casa me hospedaba. Se llamaba Denise Aubry; era bella y pasaba por casquivana. Cuando alguien decía en mi presencia que tenía amantes, me acordaba de Don Quijote y de Lanzarote, y hubiese querido atacar a lanzazos a los calumniadores. Los días en que la señora Aubry venía a comer, enloquecía de felicidad y miedo a la vez. Todo lo que decía ante ella me parecía absurdo. Detestaba a su marido, un inofensivo y bondadoso fabricante de porcelana. En la calle, al volver del Liceo, esperaba siempre encontrarme con ella. Había observado que salía a menudo hacia el mediodía a comprar flores o pasteles a la Porte-Tourny, frente a la catedral. Me las componía para hallarme a aquella hora en la acera, entre la tienda de la florista y la del pastelero. Algunas veces, ella me permitía que la acompañara hasta la puerta de su casa con mi cartera de colegial bajo el brazo.

Cuando llegó el verano, la veía con mayor facilidad en el campo de tenis. Una tarde, bajo un tiempo espléndido, varias jóvenes parejas decidieron cenar allí. La señora Aubry, que sabía muy bien que la amaba, me rogó que me quedase. La cena fue muy alegre. Anocheció; yo estaba tendido sobre el césped a los pies de Denise, mi mano encontró su tobillo que estreché dulcemente sin que ella protestara. Tras de nosotros había unas matas de jeringuilla, cuyo penetrante aroma me parece percibir aún. Veía las estrellas a través de las ramas. Fue un momento de felicidad perfecta.

Cuando la oscuridad se hizo más densa, advertí, deslizándose hacia Denise, a un muchacho de veintisiete años, un abogado célebre en Limoges por su ingenio, y a pesar mío, pude oír la conversación que mantuvieron en voz baja. Él le rogó que se encontraran en París, en un lugar cuya dirección le facilitó. Ella murmuró:

—Cállate.

Pero comprendí que iría. Mi mano no dejó su tobillo que ella me abandonó feliz e indiferente, pero me sentí herido y concebí pronto un desprecio salvaje hacia las mujeres.

En este instante, sobre mi mesa, tengo mi pequeño carnet de colegial en el que anoté mis lecturas. Y veo en él: «26 de junio, D», una inicial rodeada por una pequeña circunferencia. Al pie, había copiado esta frase de Barres: «Hay que hacer muy poco caso de las mujeres, pero hemos de emocionarnos al mirarlas y asombrarnos de sentir por tan insignificantes cosas tan agradables sentimientos».

Durante aquel verano, hice la corte a algunas muchachas. Supe que en las umbrías avenidas podía abrazarlas por la cintura, besarlas y jugar con sus cuerpos. El episodio Denise Aubry parecía haberme curado de romanticismos.

Compuse para mí un método de libertinaje, cuyos seguros resultados me llenaron de orgullo y desesperación.

CAPÍTULO TERCERO

AL AÑO siguiente, mi padre, que desde hacía largo tiempo era consejero general, fue nombrado senador de la Haute-Vienne. Cambió entonces nuestro género de vida. Terminé mis estudios de filosofía en un liceo de París. Gandumas fue para nosotros sólo una residencia de verano. Se convino en que yo prepararía la licenciatura de Derecho y haría mi servicio militar antes de elegir carrera.

Durante las vacaciones, volví a ver a la señora Aubry, que fue a Gandumas con mis primos de Limoges. Creí comprender que había sido ella quien había pedido acompañarlos a nuestra casa. Me ofrecí a enseñarle el parque y hallé un gran placer en conducirla hacia el pabellón que llamaba mi observatorio y en el cual, durante el tiempo en que la quise, había pasado frecuentemente domingos enteros entregado a vagas ensoñaciones. Admiró el profundo y selvático desfiladero, en el fondo del cual veíanse las piedras rodeadas de espuma y las leves humaredas de la fábrica. Cuando se levantó y se inclinó para observar mejor el movimiento lejano de los obreros, puse mi mano en su hombro. Sonrió. Intenté besarla y me apartó suavemente, pero sin demasiada severidad. Le dije que volvería a París en octubre, que dispondría de un pequeño departamento en la orilla izquierda del Sena y que esperaría allí su visita.

No sé —murmuró—. Es difícil.

En mi carnet correspondiente al invierno 1906-1907, encuentro numerosas veces la letra D. Denise Aubry me había decepcionado. Estaba equivocado. Era una mujer amable, pero yo quería, ignoro por qué, hallar en ella una compañera de estudios, al mismo tiempo que una amante. Venía a París a verme y a probarse trajes y sombreros. Esto me inspiraba un gran desprecio. Vivía para mis libros y no concebía que se pudiera vivir de una manera distinta de la mía. Me pidió que le prestara obras de Gide, de Barres y Claudel, de quienes tanto le había hablado; pero lo que me dijo después me desagradó. Tenía un cuerpo maravilloso, y la deseaba violentamente en cuanto regresaba a Limoges. No obstante, cuando pasaba dos horas en su compañía, me asaltaban deseos de morir, desaparecer o hablar con un amigo.

Mis dos compañeros favoritos eran André Halff, un joven judío inteligente, pero un poco sombrío, a quien había conocido en la Facultad de Derecho, y Bertrand de Jussac, uno de mis condiscípulos de Limoges que

había ingresado en Saint-Cyr y pasaba los domingos en París, en nuestra compañía. Cuando me encontraba con Halff o con Bertrand, me parecía sumergirme en la sinceridad más profunda. Superficialmente, yo era el Philippe de mis padres, un hombre sencillo, con algunos convencionalismos tipo Marcenat y ciertas débiles resistencias; después, venía el Philippe de Denise Aubry, arrebatadamente sensual y tierno, brutal por reacción; luego, el Philippe de Bertrand, sentimental y audaz, y después, el de Halff, preciso y duro. Y sabía perfectamente que, por encima de todos ellos, había aún otro Philippe más verdadero que los anteriores y que hubiera podido hacerme dichoso si hubiese coincidido con él. Pero no traté nunca de conocerlo.

¿Le he hablado alguna vez de la habitación que había alquilado en un pequeño pabellón de la calle Varenne, amueblada con el gusto severo que era entonces el mío? De las desnudas paredes colgaban una mascarilla de Pascal y otra de Beethoven. ¡Extraños testigos de mis aventuras...! El diván que me servía de lecho estaba cubierto por una gruesa tela gris. Sobre la chimenea, había un busto de Spinoza, otro de Montaigne y algunos libros científicos. ¿Era deseo de sorprender o sincero amor a las ideas? Creo que una mezcla de ambos sentimientos. Yo era estudioso e inhumano.

Denise me decía frecuentemente que mi habitación la asustaba, pero que, no obstante, la amaba. Había tenido muchos amantes antes que yo y a todos los había dominado. Pero se ataba a mí. Anoto esto para usted con toda modestia. La vida nos enseña a todos que en el amor es fácil la modestia. Los más desventurados gustan algunas veces; los más afortunados fracasan. Si le digo que Denise me quería más de lo que yo la amaba, lo hago porque he de contarle con la misma sinceridad episodios mucho más importantes de mi vida en que esta situación se había invertido. Durante el período de que hablo, es decir, entre los veinte y los veintitrés años, fui amado generosamente, pero amé poco por mi parte. En realidad, no tenía idea alguna de lo que era el amor. Aceptar el sufrimiento me parecía de un romanticismo insoportable. ¡Pobre Denise! La veo sobre ese diván, inclinada hacia mí e interrogando con angustia mis pensamientos, tan herméticamente cerrados para ella.

El amor —le decía—, ¿qué es el amor?

—¿No sabes lo que es? Ya lo sabrás. Un día se apoderará de ti.

Me chocaba que utilizase el verbo «apoderarse», que me parecía vulgar. El vocabulario de Denise me disgustaba. Quería que hablara como Julieta o Clelia Conti. Ante su cultura sentía la misma repulsión que ante un traje mal cortado. Trataba de encontrar en ella un equilibrio imposible. Supe más tarde que había adquirido entonces en Limoges una reputación de inteligente, y que

mis esfuerzos la habían ayudado a conquistar a uno de los hombres más difíciles de la provincia. El espíritu de la mujer está formado de este modo por sedimentos sucesivos aportados por los hombres que las han querido, lo minino que los gustos de los hombres conservan las imágenes confusas y superpuestas de las mujeres que han pasado por sus vidas, y con frecuencia, los atroces sufrimientos que nos ha hecho experimentar una mujer se convierten en la causa del amor que inspiramos a otra, y en su desventura.

M. era Mary Graham, una pequeña inglesa de ojos velados por el misterio a quien había encontrado en casa de mi tía Cora. Es necesario que le hable de mi tía, puesto que desentrena un papel intermitente, aunque sin importancia, en el desarrollo de mi historia. Era hermana de mi madre. Había casado con un banquero, el barón Choin, y siempre tuvo, no sé por qué, la ambición de llevar a su casa el mayor número posible de ministros, embajadores y generales. Había formado el grupo inicial siendo amante de un político muy conocido. Y había merecido el triunfo explotando este éxito con un método y una perseverancia admirables. Todas las tardes, a partir de las seis, se la encontraba en su casa de la avenida Marcean, donde, cada martes, celebraba un banquete de veinticuatro cubiertos. Era uno de los escasos temas de diversión de nuestra familia lemosina. Mi padre sostenía, y creo que tenía razón, que jamás había interrumpido estos banquetes. En verano, se celebraban en su finca de Trouville. Contaba mi madre que un día, al tener noticia de que mi tío estaba a morir —tenía un cáncer en el estómago—, vino a París para ayudar a su hermana; llegó el martes por la noche y encontró a Cora sentada a la mesa.

—¿Y Adrien? —le preguntó.

—Está bien —dijo mi tía Cora—, tanto como su estado se lo permite; pero no podrá sentarse a la mesa.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, un criado telefoneó a mi madre:

—La señora baronesa lamenta comunicar a la señora Marcenat que el señor barón falleció anoche, repentinamente.

Habiendo sido educado por mi madre en el horror a la vida mundana, cuando llegué a París no quise ver a mi tía. Cuando la conocí, no me disgustó. Era una mujer muy buena y le gustaba ser servicial; con el trato de importantes y diversos personajes había adquirido un conocimiento un poco confuso de los resortes de una sociedad. Para mí, joven y curioso provinciano, era ella una cantera de enseñanzas. Se dio cuenta de que me gustaba escucharla y me tomó cariño. Todos los martes por la noche, fui invitado a la casa de la avenida Marceau. Es muy posible que en estas invitaciones pusiera

una buena parte de coquetería, puesto que no ignoraba que mi padre y mi madre eran hostiles a estas reuniones, y no se sentía capaz de renunciar a triunfar sobre ellos considerándome un adepto suyo.

Entre los invitados de tía Cora figuraba, naturalmente, cierto número de jóvenes damas, requisito indispensable. Empecé la conquista de varias de ellas. Las cortejé sin amarlas, por puntillo y por demostrarme a mí mismo que la victoria era posible. Recuerdo la calma con que, apenas una de ellas había abandonado mi habitación sonriéndome tiernamente, me sentaba en una butaca, tomaba un libro y olvidaba, sin esfuerzo, sus rasgos.

No me juzgue severamente. Muchos jóvenes como yo, si no tienen la suerte de encontrar en seguida una amante o una novia, llegan casi necesariamente a ese altivo egoísmo. Van a la busca de un sistema. Las mujeres saben por instinto la inutilidad del intento y si les siguen en él es únicamente por condescendencia. Durante algún tiempo, ilusiona el deseo. Después, surge un invencible tedio en dos almas hostiles. ¿Pensaba todavía en Helena de Esparta? Era como un sentimiento sumergido en las masas sombrías de mi estrategia, entrevisto como una catedral sumergida en el agua.

Algunas veces, en los conciertos dominicales, a los que no faltaba, descubría a lo lejos un encantador perfil que me recordaba, por no sé qué extraña asociación de ideas, a la rubia reina esclava de mi infancia y de los castaños de Gandumas. Entonces, durante el concierto, ofrecía a ese desconocido rostro todas las poderosas emociones despertadas por la música, y durante algunos instantes me parecía que si hubiera podido conocer a aquella mujer hubiese encontrado, por fin, en ella al ser perfecto y casi divino para quien anhelaba vivir. Después, la destronada reina se perdía entre la multitud y yo regresaba a la calle de Varenne a reunirme con una amante a la que no amaba.

Me cuesta comprender ahora cómo podía albergar en mí a dos personajes tan opuestos. Vivían en dos planos diferentes y un se encontraban jamás. El amante tierno y deseoso de devoción comprendía que la mujer amada no existía en la vida real. Se negaba a identificar una imagen adorable y vaga con figurantas demasiado groseras, se refugiaba en los libros y se limitaba a amar a la señora de Mortsauf y a la señora de Rênal. El cínico cenaba en la casa de tía Cora y mantenía con su vecina de mesa, si a ella no le desagradaba, conversaciones alegres y subidas de tono.

Terminado mi servicio militar, mi padre me ofreció compartir con él la dirección de la fábrica. Había trasladado entonces sus oficinas a París, donde se encontraban sus clientes, grandes diarios e importantes editores. Sus negocios me interesaban mucho y trabajaba en ellos sin abandonar, no obstante, mi carrera y la lectura. Durante el invierno, iba a Gandumas una vez al mes; en verano, mis padres vivían allí y yo pasaba algunas semanas en su compañía. Con verdadero placer recorría de nuevo en el Limousin los paseos solitarios de mi infancia, cuando no estaba en la fábrica, bien fuera en mi habitación —que continuaba siendo la misma—, o en mi pequeño observatorio sobre la quebrada del Loue. Constantemente me levantaba, me dirigía hasta el final de la larga avenida de castaños, volvía rápidamente y remprendía mi lectura.

Me sentía feliz alejado de las muchachas que en París extendían sobre mi vida una ligera pero infranqueable red de visitas, lamentaciones y palabrería. Aquella Mary Graham, de quien ya le he hablado, estaba casada con un hombre a quien conocía mucho; me disgustaba estrechar la mano del marido. La mayor parte de mis amigos lo hubiesen hecho con vanidosa ironía. Pero la tradición de mi familia sobre este particular era muy severa. Mi padre había contraído un matrimonio de conveniencia que, como ocurre frecuentemente, se había convertido en un matrimonio por amor. Había sido dichoso a su manera silenciosa y grave. Jamás había tenido aventuras amorosas; por lo menos, después de su matrimonio; no obstante, adivinaba que era un romántico y creía vagamente que, si llegaba a tener la felicidad de encontrar a una mujer que se pareciera un poco a mi Amazona, podría ser fiel y dichoso, como él.

CAPÍTULO CUARTO

DURANTE el invierno de 1909, tuve dos bronquitis sucesivas y, hacia el mes de marzo, nuestro médico aconsejó que me enviaran a pasar unas semanas en el Mediodía. Me pareció más interesante visitar Italia, que desconocía entonces. Vi los lagos del norte y Venecia, y me instalé en Florencia para pasar la última semana de mis vacaciones. El primer día, en el hotel, descubrí sentada a una mesa vecina a una muchacha de una belleza etérea y angelical de quien no podía apartar los ojos. La acompañaba su madre, una señora todavía joven, y un hombre de avanzada edad. Al levantarme, le pregunté al encargado del comedor quiénes eran mis vecinas. Me dijo que eran francesas y se llamaban Malet. Su acompañante, un general italiano, no vivía en el hotel. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, la mesa estuvo vacía.

Poseía cartas de recomendación para varios florentinos y, entre ellas, una para el profesor Angelo Guardi, crítico de arte, cuyo editor era uno de mis clientes. Se la envié y recibí, el mismo día, una invitación para que tomara el té en su compañía. En el jardín de su casa de Fiésole, encontré a una veintena de personas, entre quienes se hallaban mis dos vecinas. Bajo un gran sombrero de paja, con un vestido de tela cruda y cuello azul marino, la muchacha me pareció tan bella como antes. Me sentí tímido, de pronto, y me aparté del grupo en que ella se encontraba, para charlar con Guardi. A nuestros pies, había una pérgola cubierta de rosas.

Yo mismo he construido mi jardín —me dijo Guardi—. Hace diez años, este terreno que ve usted ahora era un prado. Allá abajo...

Siguiendo el ademán de su mano encontré los ojos de la señorita Malet y vi, sorprendido y feliz, que estaban fijos en los míos. Una mirada infinitamente breve, pero que fue el corpúsculo de polen, cargado de fuerzas desconocidas, que hizo nacer el amor más grande de toda mi vida. Por el solo hecho de mirarme, comprendí perfectamente que me autorizaba a abordarla naturalmente, y en cuanto pude, me dirigí a su encuentro.

—¡Qué admirable jardín! —le dije.

—Sí —contestó—, me gusta tanto Florencia porque desde todas partes se ven las montañas y los árboles. Me horrorizan las ciudades que son sólo ciudades.

—Me ha dicho Guardi que la vista desde la parte posterior de la casa es mucho más bonita.

—Vamos allá —contestó alegremente.

Encontramos una espesa muralla de cipreses; una escalera de piedra la cortaba en su mitad, ascendiendo hasta una hornacina en la que se hallaba una estatua. Más lejos, a la izquierda, había una terraza desde donde se divisaba la ciudad.

La señorita Malet se acodó cerca de mí en la balaustrada y durante largo rato contempló en silencio las rosadas cúpulas y los largos tejados ligeramente inclinados de Florencia, y, a lo lejos, las montañas azules.

—¡Cuánto me gusta esto! —exclamó apasionadamente.

Con un movimiento graciosamente juvenil, echó la cabeza hacia atrás como si pretendiera aspirar el paisaje.

A partir de esta primera conversación, Odile Malet me trató con familiar confianza. Me dijo que su padre era arquitecto, que lo admiraba mucho y que residía en París. Le dolía la presencia de aquel caballeroso general al lado de su madre. Diez minutos después, nos hicimos más íntimas confidencias. Le hablé de mi Amazona, de la imposibilidad de encontrar ningún encanto a la vida si no me sostenía un sentimiento violento y profundo. (Mi sistema cínico se había venido abajo ante su sola presencia). Me contó que, un día, cuando tenía trece años, su mejor amiga, llamada Misa, le había dicho «Si te lo pidiera, ¿te echarías por el balcón?». Y ella se había dispuesto a saltar desde un cuarto piso, relato éste que me encantó.

—¿Va usted mucho a las iglesias y a los museos?

—Sí —dijo—. No obstante, lo que más me gusta es vagabundear por las viejas calles... Pero me horroriza pasear con mamá y su general, y por eso me levanto muy temprano... ¿Le gustaría a usted acaso acompañarme mañana por la mañana? A las nueve, estaré en el vestíbulo del hotel.

—Creo... ¿Debo pedir a su madre autorización para salir con usted?

—No —dijo—, ya arreglaré yo esto.

Al día siguiente, la esperé al pie de la escalera y salimos juntos. Las grandes losas de las calles brillaban al sol; en algún lugar, tañía una campana; los coches nos adelantaban al trote de sus caballos. La vida se había hecho de pronto muy sencilla; la felicidad consistía para mí en tener siempre a mi lado a aquella cabeza rubia, en darle el brazo para atravesar la acera y en sentir bajo la manga, durante un momento, el calor de su cuerpo joven. Me llevó a la Vía Tornabuoni; le encantaban las tiendas de zapatos, de flores y libros. En

el Ponte Vecchio, se detuvo largo rato ante un escaparate en el que se exhibían collares de grandes piedras rosas y negras.

—Es delicioso —dijo—. ¿No le parece?

Tenía algunos de los gustos que yo había condenado en la pobre Denise Aubry.

¿De qué hablamos? No lo sé exactamente. En mi carnet, encuentro estas palabras: *Paseo con O. San Lorenzo. Me habla de la luz que, cuando estaba en el convento, llegaba hasta su lecho, procedente de un farol cuyos destellos atravesaban la persiana. Al dormirse, veía aumentar su intensidad y se creía en el Paraíso.* Me habló de novelas rosa; odiaba a Camille y Madeleine, y no podía soportar en la vida el papel de niña sabia. Sus lecturas preferidas eran los cuentos de hadas y los poetas. Soñaba, algunas veces, que se paseaba bajo el mar y que en torno a ella nadaban esqueletos de peces; algunas veces, también, una comadreja la arrastraba bajo tierra. Le gustaba el peligro, montar a caballo y saltar difíciles obstáculos. Sus ojos tenían un gracioso movimiento cuando trataba de comprender alguna cosa; arrugaba un poco la frente, miraba hacia adelante como si no viese bien y murmuraba para sí, en tercera persona:

—Sí, comprende.

Sé perfectamente, al copiar para usted estas notas, que me es imposible describir los recuerdos felices que despierta en mí. ¿Por qué experimenté tal sentimiento de perfección? Lo que Odile decía, ¿era tan extraordinario? No lo creo, pero ella poseía todo lo que les faltaba a los Marcenat: el gusto por la vida. Amamos a los seres porque secretan una misteriosa esencia que es la que falta en nuestra fórmula para hacer de nosotros un compuesto químico estable. Si no había conocido a mujeres tan bellas como Odile, había tratado, por lo menos, a otras más atractivas, más perfectamente inteligentes; pero ninguna como ella había sabido hacer sensible el mundo que me rodeaba. Alejado por demasiadas lecturas, por excesivamente solitarias meditaciones, de los árboles, de las flores, del aroma de la tierra, de la belleza del cielo y del frescor del aire, encontraba, cada mañana, que Odile había recogido todas estas cosas para mí y las había depositado a mis pies.

Cuando me encontraba solo en la ciudad, dejaba transcurrir los días entre los museos y la lectura, en mi habitación, de libros referentes a Venecia y Roma. Diríase que el mundo exterior había llegado a mí a través de las obras de arte. Odile, de pronto, me arrastró a un mundo de colores y de sonidos. Me llevó al mercado de flores instalado bajo los altos arcos del Mercato Nuovo. Se mezcló con las mujeres del pueblo que le vendían ramas de muérdago o de lilas. Simpatizó con el viejo cura de aldea que compraba unos codesos

ensartados en un largo junco. Al recorrer las colinas de San Miniato, me llevó por estrechos callejones de altas y cálidas paredes sobre las cuales se amontonaban espesos ramos de glicinas.

¿La aburría contándole, con la gravedad de los Marcenat, las luchas entre Güelfos y Gibelinos, la vida de Dante o la situación económica de Italia? No lo creo. ¿Quién ha dicho que, entre un hombre y una mujer, frecuentemente una frase ingenua o casi tonta dicha por la mujer, acucia en el hombre el invencible deseo de besar esa boca infantil, mientras que para la mujer ese deseo se produce en el instante en que el hombre se muestra más grave, más duramente lógico que ella y más fuerte? Tal vez fuera esto verdad con respecto a Odile y a mí. Sea como fuese, sé que cuando ella murmuraba con un tono suplicante: «Parémonos», al pasar ante una bisutería, no la criticaba ni me lamentaba, sino que me limitaba a decir: «¡Cuánto la quiero!», y con una intensidad creciente comprendía ese tema del caballero protector, de devoción hasta la muerte que ha acompañado para mí, desde mi infancia, mi idea del amor verdadero.

Y ahora, volvía a despertarse en mí ese tema. Lo mismo que en una orquesta una flauta aislada, iniciando una corta frase, parece despertar paulatinamente los violines, después los violoncelos y luego los metales, hasta que una enorme ola rítmica estalla sobre la sala, la flor que ella cogía, el perfume de las glicinas, las iglesias blancas y negras, Botticelli y Miguel Angel, se unían uno tras otro al formidable coro que cantaba la felicidad de amar a Odile y de proteger contra un invisible enemigo su perfecta y frágil belleza.

Al atardecer de mi llegada, hubiese deseado, como un inalcanzable privilegio, pasear dos horas con la desconocida. Algunos días más tarde, consideré como una esclavitud insoportable tener que volver al hotel para cenar. La señora Malet, inquieta, no sabiendo quién era yo, intentaba aminorar la marcha de nuestra intimidad; pero usted sabe la importancia que tienen en una joven pareja los primeros movimientos del amor; las fuerzas que los impulsan parecen irresistibles. Realmente, sentíamos como si a nuestro paso se formaran ondas de simpatía. La belleza de Odile hubiera bastado para ello. Pero me dijo que nosotros dos, no ella sola, habíamos despertado la simpatía de los sencillos florentinos. Como si tuvieran parte en nuestra felicidad, los *vetturini* florentinos parecían satisfechos de que nos amáramos. Los guardianes de los museos nos sonreían. Los bateleros del Arno erguían la cabeza con complacencia para contemplarnos apoyados en

los parapetos, uno al lado del otro, muy juntos, con objeto de sentir la tibieza de nuestros cuerpos.

Había teleografiado a mi padre diciéndole que suponía restablecerme completamente si me quedaba una o dos semanas más. Consintió. Ahora, deseaba tener a Odile todo el día a mi lado. Alquilaba un coche e íbamos a dar largos paseos por la campiña toscana. Yendo por la carretera de Siena nos parecía ir por un fondo pintado por Carpaccio. El coche se lanzaba al asalto de los montículos parecidos a las montañas de arena que forman los niños, en cuyas cúspides construyen ciudades irreales y almenadas. Nos encantaron las macizas sombras de Siena. Almorzando con Odile en un fresco y umbrío hotel, supe ya lo que ella significaría para mí. De regreso, por la noche, su mano se apoyó en la mía. Con respecto al paseo de aquella noche, encuentro en mi carnet: *Simpatía evidente hacia nosotros por parte de los chóferes, de las camareras y de los campesinos. Sin duda, ven que nos amamos. La obsequiosidad manifestada por la servidumbre de este pequeño hotel... Lo exquisito es que a su lado nada me importa lo que no sea ella, y a ella nada le importa lo que no sea yo. Tiene en su rostro una deliciosa expresión para expresar el abandono y el éxtasis. En esa expresión hay también algo de melancolía, como si quisiera aprehender el momento presente y conservarlo en sus ojos.*

¡Cuánto amo todavía a la Odile de aquellas semanas florentinas! Era tan bella, que llego hasta dudar de su realidad. Yo volvía la cabeza y le decía:

—Voy a intentar permanecer cinco minutos sin mirarte.

Y nunca había podido resistir más de treinta segundos. En todo cuanto ella decía había una poesía extraordinaria. A pesar de que era de carácter alegre, de vez en cuando pasaba por sus conversaciones como una especie de grave sonoridad de violoncelo, una discordancia melancólica que llenaba, súbitamente, el aire de una amenaza confusa y trágica. ¿Cuál era aquella frase que solía repetir? *Fatalmente condenada...* Espere, sí... *Bajo la influencia de Marte, fatalmente condenada, niña de dorados cabellos, guárdate.* ¿En qué pueril novela, en qué melodrama había ella leído esto? No lo sé. Un atardecer, en un olivar furtivo y tibio, me ofreció por primera vez sus labios, me miró con una dulce tristeza, y me dijo:

—¿Recuerdas, amor mío, la frase de Julieta...? *He sido demasiado tierna y acaso temáis, al desposarme, que mi conducta sea demasiado ligera.*

Pienso, con placer, en nuestro amor de aquellos tiempos; era un sentimiento muy bello y tan intenso en Odile como en mí. Pero los sentimientos estaban casi siempre contenidos por el orgullo. Me contó, más

tarde, que el convento en un principio y después, la vida al lado de su madre, a quien no amaba, la habían obligado a encerrarse en sí misma. Cuando se daba a conocer este fuego escondido, ardía con llamaradas violentas y breves que me abrasaban el corazón con tanta mayor intensidad cuanto que sabía eran involuntarias. Lo mismo que ciertas modas que, velando a los ojos de los hombres el cuerpo de las mujeres, realzan las que permiten adivinarlo, el pudor de los sentimientos, velando al espíritu los signos habituales de las pasiones, deja adivinar el valor y la gracia de ciertos imperceptibles matices de lenguaje. El día en que mi padre me reclamó, por fin, a París por medio de un telegrama poco cordial, tuve que anunciarlo ante Odile en casa de los Guardi, a dónde ella había llegado antes que yo. Quienes se hallaban allí, indiferentes ante mi partida, reprendieron una interesante conversación con respecto a Alemania y Marruecos. Al salir, dije a Odile:

—Es muy interesante lo que ha dicho Guardi.

Y ella me respondió casi desesperada:

—Sólo he sabido que te vas.

CAPÍTULO QUINTO

ABANDONÉ FLORENCIA, prometido. Tenía que hablar a mis padres de mis proyectos, y pensaba en ello, no sin inquietud. Entre los Marcenat, el matrimonio había sido siempre considerado como un asunto de clan. Mis tíos intervendrían y se Informarían con respecto a los Malet. ¿Qué iban a descubrir? Yo no sabía nada de la familia de Odile y ni siquiera conocía a mi padre. Ya le he dicho a usted que las extrañas tradiciones de los Marcenat impedían que las noticias graves fuesen transmitidas directamente a aquéllos a quienes les interesaban, excepto por un intermediario y con mil precauciones. Rogué a mi tía Cora, que era mi confidente favorita, que hablara a mi padre de mi noviazgo. A ella le hacía siempre feliz tener ocasión de demostrar la calidad de su servicio de información, que era, en efecto, notable, a pesar del extraño defecto de estar compuesto de agentes demasiado bien situados en la escala social, puesto que si se deseaban saber algunos detalles sobre la vida de un cabo, tía Cora no podía solicitar información más que del ministro de la Guerra, del mismo modo que para saber pormenores con respecto a un médico rural no podía recurrir sino a un cirujano de los hospitales parisinos. Cuando le nombré al señor Malet, me respondió, como ya había esperado:

—No lo conozco, pero si es algún personaje importante lo sabré inmediatamente por mi amigo Berteaux, que, como sabes, es arquitecto del Instituto, y le invito dos martes cada invierno porque fue compañero del pobre Adrien, en sus cacerías.

Volví a verla algunos días más tarde y me pareció algo sombría, pero animada.

¡Ah, pequeño! —me dijo—, has tenido la gran suerte de haberme consultado; no es un matrimonio para ti... He visto a mi amigo Berteaux y conoce muy bien a Malet. Aspiró con él al premio de Roma. Dice que es un hombre agradable y que tiene talento, pero que no ha triunfado porque no es capaz de nada. Es el tipo de arquitecto que puede dibujar un proyecto, pero que no vigila sus trabajos y pierde todos sus clientes. Sé algo de esto desde que se construyó mi casa de Trouville... Tu Malet casó con una mujer a quien conocí hace tiempo, cuando era señora Boehmer; recordé, en seguida, que Berteaux me lo dijo... Hortense Boehmer, si no recuerdo mal... Malet es su tercer marido... Sin embargo, según parece, su hija es, como tú dices,

encantadora; es natural que te haya gustado, pero, cree en mi experiencia, querido Philippe, no te cases con ella y no hables a tu padre ni a tu madre... En cuanto a mí, es distinto, ¡he conocido a tantas personas en mi vida! Pero tu pobre madre... No me la imagino al lado de Hortense Boehmer. ¡No, por Dios!

Le dije a mi tía que Odile era distinta de su familia, que, por otra parte, mi decisión estaba tomada y que sería mejor que esta idea fuese inmediatamente aprobada por mis padres. Después de haberme resistido un poco, tía Cora consintió en hablar con mis padres, un poco por bondad y un poco, también, porque se parecía a esos viejos embajadores que experimentan una apasionada complacencia en las negociaciones y que ven llegar un período de dificultades internacionales, tanto con temor, porque aman la paz, como con un secreto placer, porque estas dificultades les permitirán poner de manifiesto su auténtico talento.

Mi padre se mostró indulgente y tranquilo. Me pidió que reflexionara. En cuanto a mi madre, acogió alegremente al principio la idea de mi matrimonio; pero, a los pocos días, se encontró con una antigua amiga suya que conocía a los Malet, quien le puso en antecedentes con respecto a la libertad de sus costumbres. La señora Malet tenía mala reputación; se le atribuían algunos amantes. Acerca de Odile, no llegué a saber nada en concreto, pero sí que la habían educado descuidadamente, que salía sola con muchachos de su edad y que era demasiado alegre.

—¿Tienen dinero? —preguntó mi tío Pierre, que, naturalmente, asistía a la conversación.

—No lo sé —dijo mi madre—. Parece ser que ese señor Malet es un hombre inteligente, pero extraño... No son gentes para nosotros.

No son gentes para nosotros era una verdadera frase Marcenat y de un terrible significado condenatorio. Durante algunas semanas, llegué a creer que cometería una gran equivocación imponiendo mi matrimonio. Odile y su madre volvieron a París quince días después de mí. Fui a visitarlas. Los Malet vivían en la calle de Lafayette, en un tercer piso. Una puerta disimulada en la pared comunicaba con el despacho del señor Malet, y Odile me hizo entrar. Estaba acostumbrado al riguroso orden que exigía mi padre de sus empleados tanto en Gandumas como en la calle Valois, y al ver aquellas tres habitaciones mal iluminadas, los raídos *bades* y el delineante sexagenario, comprendí que el informador de mi tía había tenido razón al describirme al señor Malet como un arquitecto sin trabajo. El padre de Odile era un hombre hablador y superficial. Me recibió con una especie de cordialidad un poco pintoresca; me

habló de Florencia y de Odile con un tono de emocionada afectación, y me enseñó después los proyectos de unos hoteles que esperaba construir en Biarritz.

—Lo que más me gustaría hacer sería un gran hotel moderno al estilo vasco. He presentado un proyecto para Hendaya, pero ignoro si me lo aprobarán.

Al oírlo, pensaba interiormente con temor y disgusto en la penosa impresión que habría de producir en mi familia.

La señora Malet me invitó a cenar al día siguiente. A las ocho, cuando llegué, Odile estaba sola con sus hermanos. El señor Malet leía en su despacho y la señora Malet no había regresado todavía. Los dos muchachos, Jean y Marcel, se parecían a Odile, pero me di cuenta, desde el primer instante, de que no intimaríamos jamás. Deseaban mostrarse cordiales, pero en varias ocasiones durante aquella velada, adiviné, a través de las miradas que se dirigieron, esta opinión sobre mí: *No es de los nuestros*. La señora Malet llegó a las ocho y media y no se disculpó por su tardanza. Al oírla, compareció el risueño señor Malet con el libro todavía en la mano, y cuando nos sentamos a la mesa, apareció la doncella acompañando a un joven americano, amigo de los hermanos de Odile, que no había sido invitado, pero que fue acogido con grandes gritos de alegría. Odile, en medio de toda aquella algarabía, conservaba su actitud de diosa indulgente; estaba sentada a mi lado, riendo las ocurrencias de sus hermanos, pero, al ver mi desaprobación, los calmó. Me parecía tan perfecta como en Florencia, pero sufría al verla en el seno de aquella familia y no podía definir exactamente este sufrimiento. Bajo la sonora marcha triunfal de mi amor podía oír en sordina un motivo de Marcenat.

Mis padres hicieron una visita a los Malet, conservando, en medio de las generosas efusiones de los padres de Odile, una actitud de cortés desaprobación. Felizmente, mi padre, muy sensible a la belleza femenina, aunque nunca hubiese aludido a esto —y en esto me reconocía yo muy semejante a ese desconocido—, se dejó cautivar en seguida por Odile. Al salir, me dijo:

—No creo que tengas razón, pero te comprendo.

Mi madre dijo:

—Ciertamente, es muy linda, pero es extraña: dice cosas absurdas. Será necesario que cambie.

A los ojos de Odile tenía mucho más interés que la presentación de nuestras familias nuestro encuentro con su mejor amiga Marie-Thérèse —a

quien llamaba Misa—. Recuerdo haberme sentido intimidado; me daba cuenta de que la opinión de Misa tenía gran importancia para Odile; por otra parte, no me disgustó. Sin la belleza de Odile, poseía una gracia extraordinaria y unos rasgos regulares. Al lado de Odile, parecía un poco rústica, pero ambas caras formaban, una al lado de otra, un agradable contraste. Adquirí muy pronto la costumbre de unir las en una imagen común y considerar a Misa como hermana de Odile. Sin embargo, había en Odile una delicadeza natural que la hacía muy distinta de Misa, a pesar de que ambas pertenecían por nacimiento al mismo medio social. Durante nuestro noviazgo, pude darme cuenta de qué modo tan distinto de Misa escuchaba Odile, en los conciertos, a los que asistía con ellas todos los domingos. Tenía los ojos cerrados; dejaba que la música se derramara a través de ella, se sentía feliz y olvidábase del universo. Misa, con una mirada curiosa, contemplaba todo lo que la rodeaba; saludaba a sus amigas, abría el programa, lo leía y me irritaba con su agitación. Pero era un excelente camarada, siempre alegre, siempre satisfecha, y le agradecía que le hubiese dicho a Odile, como ésta me contó, que yo era un hombre encantador.

Hicimos nuestro viaje de bodas por Inglaterra y Escocia. No puedo recordar un período más dichoso para mí que aquellos dos meses de nuestra mutua soledad. Parábamos en pequeños hoteles llenos de flores, situados en las orillas de los ríos y los lagos, y pasábamos el día tendidos en barquichuelas barnizadas y chatas, adornadas con almohadones y cretonas de colores claros. Odile me hizo los honores del país, mostrándome sus praderas azuladas por los jacintos, sus tulipanes surgiendo entre las altas hierbas, sus cortados céspedes y sus sauces que dejaban caer las ramas en el agua como si fueran mujeres con los cabellos despeinados. Conocí así a una Odile ignorada, mucho más bella que la de Florencia. Verla vivir era algo maravilloso. Al minuto de entrar, convertía la habitación de un hotel en una obra de arte. Sentíase ingenuamente atada a los recuerdos de su infancia, que llevaba siempre convino un pequeño reloj, una almohada de encajes y una edición de obras de Shakespeare encuadrada en piel gris. Cuando más tarde, se deshizo nuestro matrimonio, Odile partió llevándose la almohada de encajes bajo el brazo y las obras de Shakespeare en la mano. Desfloraba Ja vida más como espíritu que como mujer. Me gustaría poder pintarla paseando por las orillas del Támesis o del Cam, con sus ligeros pasos que parecían de danza.

A nuestro regreso, París nos pareció absurdo. Tanto mis padres como los de Odile creyeron que nuestro único deseo era verlos. Tía Cora quiso organizar unos banquetes en nuestro honor. Las amigas de Odile lamentábanse de que las hubiera privado de su compañía durante dos meses y me suplicaban que la dejara frecuentarlas, pero tanto Odile como yo queríamos continuar viviendo solos. La primera noche, cuando tomamos posesión de nuestra pequeña casa, donde aún no se habían colocado las alfombras y que olía a pintura, Odile, con un alegre y pícaro ademán, se dirigió a la puerta de entrada y cortó los hilos del timbre. De este modo, se despedía del mundo. Recorrimos nuestro hogar y me preguntó si podía disponer puta ella de una pequeña habitación cerca de su alcoba.

Será mi rincón... No entrarás en él si no te invito antes; sabes que tengo una feroz necesidad de independencia, Dickie. —Me llamaba así desde que, en Inglaterra, había oído cómo una muchacha llamaba así a su amigo—. No me conoces todavía, ya verás, soy terrible.

Llevó consigo unas botellas de champaña, pasteles y un ramo de glandes margaritas. Con una mesa baja, dos butacas y un jarro de cristal, improvisó un encantador decorado. Celebramos la cena más tierna y alegre de todas. Estábamos solos y no queríamos. No me duelen esos momentos aun cuando hayan sido tan fugaces. Sus últimas armonías resuenan todavía en mí y si aguzo el oído y hago callar los ruidos del presente, percibo aún el sonido puro y agonizante ya.

CAPÍTULO SEXTO

SIN EMBARGO, en la mañana siguiente a aquella noche, debo almiar el primer choque que rayó con un débil trazo el transparente cristal de mi amor. Episodio insignificante, pero prefiguración de todo cuanto había de acontecer. Fue en casa del lapicero, donde habíamos encargado nuestros muebles. Odile había elegido unas cortinas que me parecieron raras. Discutimos un poco, amistosamente, y ella cedió al cabo. El vendedor era un muchacho simpático que tomó el partido de mi mujer y me impacientó. Al salir, pude observar en un espejo que mi mujer y él cambiaban una mirada de inteligencia y de disgusto. No puedo describirle a usted lo que sentí. Desde mi noviazgo, había adquirido la inconsciente y absurda certidumbre de que el espíritu de mi mujer estaba ya unido al mío en lo sucesivo y que, a través de una permanente transfusión, todos mis pensamientos habrían de ser siempre los suyos. La idea de la independencia de quien convivía conmigo, me era, según creo, incomprensible; más aún, la idea de que conspirara contra mí en connivencia con un extraño. Nada tan fugitivo ni tan inocente como aquella mirada; nada podía decir y ni siquiera estaba seguro de haber visto bien, pero me di cuenta de que, en aquel solo minuto, se me habían revelado los celos.

Nunca, antes de mi matrimonio, había pensado en los celos, sino como un sentimiento exclusivo del teatro y con gran desprecio. Un celoso trágico era para mí Otelo; un celoso cómico, Georges Dandin. Imaginar que yo pudiera un día representar el papel de uno de esos dos personajes, o quizá de los dos al mismo tiempo, me hubiese parecido completamente absurdo. Siempre había sido yo quien había abandonado a mis amantes en cuanto me sentía cansado de ellas. Si me hubiesen engañado, jamás lo hubiera sabido. Recuerdo haber respondido en cierta ocasión a un amigo que me dijo estaba celoso:

—No te comprendo... Yo nunca seré capaz de continuar amando a una mujer que no me quisiera...

¿Por qué motivo me inquietaba Odile cuando la veía en medio de sus amigos? Era de carácter dulce y suave, pero, no sé cómo, creaba en torno suyo una atmósfera de misterio. No me había dado cuenta de esto durante mi noviazgo ni en nuestro viaje de bodas porque entonces nuestra soledad y la perfecta unión de nuestras vidas no daban lugar a ningún misterio; pero, en París, de pronto, advertí una especie de lejano peligro, indefinido todavía.

Estábamos muy unidos y nuestra ternura era mutua, pero, puesto que he de ser sincero hoy con usted, he de confesarle que, a partir del segundo mes de nuestra vida en común, supe que la Odile real no era la que yo había amado. No es que quisiera menos a la Odile que iba descubriendo, sino que éste era un amor muy distinto. En Florencia, había creído encontrar a la Amazona; con mi propia sustancia había creado una Odile mística y perfecta. Me había equivocado. Odile no era una diosa hecha de marfil y claro de luna; era una mujer. Como yo, como usted, como toda la desdichada raza de los hombres, era dispersa y múltiple. Y sin duda, por su parte, me identificaba también con alguien muy diferente de aquel amante compañero de Florencia. Desde mi regreso, hube de volver a ocuparme seriamente de la fábrica de Gandumas y del despacho de París. Mi padre, absorbido por el Senado, se había fatigado mucho durante mi ausencia. A mi vuelta, nuestros mejores clientes se lamentaron de no haber sido bien atendidos. El barrio de los negocios estaba lejos de la casa que habíamos alquilado en la calle de la Faisanderie. No tardé en darme cuenta de que me sería imposible ir a comer a casa. Si añade usted a esto que me era necesario ir un día a la semana a Gandumas y que este viaje rápido era demasiado fatigoso para que me fuera posible hacerme acompañar de Odile, comprenderá que, contra nuestra voluntad, nuestras vidas no tardaron en separarse.

Al volver, por la noche, experimentaba un sentimiento de felicidad pensando que volvería a ver el bello rostro de mi esposa. Me encantaba la gracia con que había investido toda la casa. No me había acostumbrado a vivir entre cosas bellas, pero parecía como si sintiera una necesidad innata de ellas, y el gusto de Odile me complacía. En Gandumas, en casa de mis padres, los muebles demasiado numerosos, acumulados sin arte alguno al cabo de tres o cuatro generaciones, llenaban las habitaciones cubiertas de pesados tapices de tono verdeazulado o pavos reales dibujados toscamente entre árboles dignos de una pintura de vidrieras. Odile había hecho pintar las paredes de nuestra casa en tonos claros. Le gustaban las habitaciones casi desnudas, las grandes extensiones desiertas de alfombras claras. Cuando entraba en su tocador, experimentaba tan águila impresión de belleza que me sentía vagamente inquieto. Vestida casi siempre de blanco, se recostaba en un sofá teniendo a su lado la mesa baja de nuestra primera cena, sobre la cual veíase un jarrón de Venecia de estrecho cuello, conteniendo una flor única y, a veces, con pequeñas hojas en el tallo. Odile amaba las flores más que otra cosa y adquirí la costumbre de ella. Aprendí a seguir el paso de las estaciones ante los escaparates de las floristerías. Veía con gusto la vuelta del tiempo de

los crisantemos o de los tulipanes, porque sus violentos o delicados colores me permitían hacer que naciera en los labios de mi mujer la sonrisa de una Odile dichosa. Cuando me veía llegar del despacho con un cucurucho de papel blanco en la mano, se levantaba, exclamando alegremente:

—¡Ah! Gracias, Dickie... —Y después de admirarlas encantada, añadía gravemente—: *Voy a hacer mis flores.*

Pasaba entonces una hora eligiendo el jarro preciso, estudiando la longitud del tallo y el efecto de luz, que darían al tallo de un lirio o de una rosa la más graciosa armonía.

Sin embargo, frecuentemente, la velada hacía-se triste como esos días soleados en que las grandes sombras de las nubes envuelven al mundo por sorpresa. Teníamos pocas cosas que decirnos. A menudo, había intentado hablar de mis negocios con Odile; pero no le interesaban. Ella había agotado ahora la novedad de oírme contar el relato de mi juventud; y mis ideas se renovaban muy poco porque no tenía tiempo para leer. Ella lo sabía. Yo intentaba mezclar a nuestra vida la de mis amigos más íntimos. André Halff disgustó en seguida a Odile; lo encontraba irónico, casi hostil; y, en efecto, él lo era con ella. Un día le dije:

—No quieres a Odile.

—Me parece muy bella —me contestó.

—Sí, pero no muy inteligente, ¿verdad?

—Es cierto... Pero no es necesario que una mujer sea inteligente.

—Te equivocas. Odile es muy inteligente, pero no corresponde a tu idea de la inteligencia; es intuitiva, concreta.

—Es posible —dijo.

Con Bertrand fue distinto. Había intentado tener con Odile una amistad confidencial y profunda, y la encontró rebelde y a la defensiva. Bertrand y yo pasábamos una magnífica velada, fumando, sentado uno frente a otro, reconstruyendo el universo. Odile, para terminar las veladas, prefería los teatros, los *cabarets* nocturnos y los parques de atracciones. Una noche me hizo andar durante tres horas entre tenderetes, tiiovivos, tómbolas y barracones de tiro al blanco. Sus dos hermanos nos acompañaban. Odile se divertía siempre con aquellos niños mimados, alegres y un poco locos. Hacia medianoche, le dije:

—En fin, Odile, ¿crees que no es bastante todavía? Debes convenir conmigo en que esto es un poco ridículo. ¿Te gusta realmente lanzar pelotas a las botellas, dar vueltas en el tiiovivo y ganar un barco de cristal dorado después de haber esperado cuarenta vueltas?

Me contestó con la frase de un filósofo que yo le había hecho leer:

—*No importa que una satisfacción sea falsa cuando se cree que es verdadera.*

Y cogiendo a su hermano del brazo, echó a correr hacia una barraca de tiro al blanco. Tiraba muy bien y, después de haber dado diez veces en el blanco con diez disparos, volvió de excelente humor.

Al casarme, había creído que Odile, como yo, experimentaría un verdadero horror al mundo. Pero me equivoqué. Le gustaban las cenas y los bailes; en cuanto descubrió al animado grupo que mariposeaba en torno a tía Cora, quiso ir a la avenida Marceau todos los martes. Mi deseo había sido que Odile viviera sólo para mí, no me sentía tranquilo sino sabiendo que tanta belleza estaba perfectamente encerrada en el estrecho círculo de mi casa. Era un sentimiento tan fuerte en mí, que me sentía felicísimo cuando Odile, siempre delicada y a menudo agobiada por la fatiga, había de guardar cama durante unos días. Entonces, pasaba la velada en una butaca, al lado de su lecho, y teníamos largas conversaciones, que ella llamaba «charlas», o leía algo para ella. No tardé en conocer la clase de libros que podían distraer su atención durante sus horas. No tenía mal gusto; pero, para complacerle una novela, había de ser melancólica o apasionada. Le gustaba *Dominique*, las novelas de Turgueniev y algunos poetas ingleses.

—Es curioso —le decía yo—, cuando se te conoce poco, pareces una muchacha frívola y, en el fondo, sólo te gustan libros demasiado tristes.

—¡Pero si soy muy seria, Dickie! Quizá por esto soy frívola. No quiero mostrarme a todo el mundo tal como soy.

—¿Ni a mí?

—Sí, a ti, sí... Acuérdate de Florencia...

—Sí, en Florencia te conocí bien... Pero, ahora, eres muy distinta.

No hay por qué ser siempre igual.

—Ni siquiera dices una palabra amable.

—Las cosas amables no se dicen porque se pidan. Ten paciencia. Ya las diré...

—¿Como en Florencia?

—Claro, Dickie; no he cambiado.

Me tendió una mano que tomé entre las mías y empecé a «charlar» sobre mis padres, los suyos, Misa, un traje que se había encargado y sobre la vida. En estas noches en que ella se mostraba lánguida y tierna, parecía encarnar realmente el mito de la Odile que yo había creado. Graciosa y débil, estaba en

mi poder. Me sentía agradecido a este abandono suyo. Pero en cuanto se fortalecía y podía salir de casa, volvía a encontrarme con la Odile misteriosa.

Nunca me contaba espontáneamente, como haría cualquier mujer charlatana y sin vueltas, lo que había hecho estando yo ausente. Si se lo preguntaba, me respondía con unas breves palabras, casi siempre oscuras. Lo que me decía no me permitía nunca representarme de una manera satisfactoria la sucesión de los hechos. Recuerdo que, más tarde, una de sus amigas me dijo con esa dureza que tienen las mujeres para hablar unas de otras:

—Odile es *mitómana*^[2].

No era verdad, pero si en el momento en que la palabra fue pronunciada me sentí indignado, más tarde, al pensar en ello, vi claramente lo que en Odile justificaba este juicio... Esa negligencia en el hablar... Ese desdén hacia la exactitud... Cuando, sorprendido por un pormenor suyo que me parecía inverosímil, la interrogaba, se encerraba en sí misma como un niño a quien un torpe maestro plantea problemas demasiado difíciles.

Un día que, contra mi costumbre, pude ir a comer a casa, Odile, a las dos de la tarde, le pidió a la doncella el abrigo y el sombrero.

—¿Qué vas a hacer a esta hora? —le pregunté.

—Voy al dentista.

—Sí. Ya he oído que telefoneabas; pero te han dado cita para las tres. ¿Qué vas a hacer hasta entonces?

—Nada, quiero ir sin prisas.

—Pero esto es absurdo. El dentista vive en la calle Malakov. Llegarás allí en diez minutos y tienes una hora por delante. ¿Dónde vas?

—Me diviertes —contestó.

Y se fue.

Por la noche, después de cenar, no pude evitar preguntarle:

—Bien, ¿qué hiciste entre las dos y las tres?

Ella intentó bromear, pero, como insistiera yo en ello, se levantó y fue a acostarse sin darme las buenas noches. Esto no había ocurrido nunca entre nosotros. Fui a pedirle que me perdonara. Me abrazó. Cuando la vi apaciguada, antes de salir de su alcoba, le pregunté:

—Ahora, sé buena, ¿qué has hecho entre las dos y las tres?

Se echó a reír. Pero más tarde, al oír un ruido, encendí la luz, fui a su habitación y vi que lloraba calladamente. ¿Por qué lloraba? ¿De vergüenza o de tedio? Contestó a mis preguntas:

—No seas así. Te quiero mucho. Pero ten en cuenta que soy muy orgullosa... Tras una escena como la de hoy, seré capaz de dejarte, aun

queriéndote... Puedo equivocarme, pero debes aceptarme tal como soy.

—Amor mío —le dije—, haré lo que pueda; pero, por tu parte, intenta cambiar un poco. Dices que eres muy orgullosa, ¿acaso no puedes vencer algunas veces este orgullo?

Sacudió la cabeza, negando obstinadamente.

—No, no puedo cambiar. Tú has dicho siempre que lo que más quieres de mí es mi manera de ser. Si cambiase, ya no sería la misma. Eres tú quien debe cambiar.

—Jamás llegaría a cambiar como para comprender lo que ahora no comprendo. He sido educado por un padre que, ante todo, me ha enseñado a sentir un profundo respeto por la realidad y la exactitud... Ésta es mi manera de ser... No, jamás podría decir sinceramente que comprendo lo que has hecho hoy entre las dos y las tres.

—¡Ya es demasiado! —dijo duramente.

Y, volviéndose, fingió dormir.

Esperé hallarla disgustada al día siguiente, pero, al contrario, me recibió alegremente y pareció haberlo olvidado todo. Era domingo. Me pidió que la acompañara al concierto. Tocaban *El hechizo del Viernes Santo*, pieza que nos gustaba mucho a los dos. A la salida, me rogó que la llevara a tomar el té. Nada era tan sorprendente como una Odile alegre, contenta de vivir; era tan viva la sensación de que ella había nacido para gozar, que parecía criminal impedirselo. Aquel domingo, al verla tan animada y locuaz, apenas podía creer que había sido verdad nuestra disputa del día anterior. Pero cuanto más conocía a mi mujer, más me convencía de que poseía una capacidad de olvido tan grande como la de un niño. Nada como esto se hallaba en tan franca contradicción con mi naturaleza y mi espíritu tan acostumbrado a anotarlo, reunirlo y registrarlo todo. Aquella tarde, la vida se redujo para Odile a una taza de té, unas tostadas con mantequilla y un plato de nata fresca. Me sonreía, mientras yo pensaba:

“Lo que más divide a las personas es, sin duda, que unos vivan entregados al pasado y otros, tan sólo al minuto presente”.

Sufría aún, pero me sentía incapaz de guardarle rencor por más tiempo. Me hice toda clase de reproches y propósitos y me juré no hacerle preguntas inútiles y tener confianza. Volvimos a pie a través de las Tullerías y los Campos Elíseos. Odile respiraba voluptuosamente el fresco aire del otoño. Me parece que, como durante la primavera en Florencia, las cárdenas arboledas, la luz gris y dorada, el alegre movimiento de París, las barquichuelas que lanzaban los niños a los estanques, cuyas velas se

inclinaban sobre el agua, y el surtidor entre ellas, cantaban al unísono el tema del Caballero. Me repetía a mí mismo una frase de la *Imitación*, que me gustaba mucho y que había adquirido la costumbre de aplicar a mis relaciones con Odile: *Heme aquí ante Vos como vuestro esclavo y estoy dispuesto a todo porque no deseo nada para mí, sino para Vos*. Cuando de esta forma llegaba a vencer mi orgullo y a humillarme ante Odile, pero más exactamente ante mi amor por Odile, me sentía más contento de mí.

CAPÍTULO SEPTIMO

LA PERSONA a quien Odile veía con mayor frecuencia era Misa. Se telefoneaban todas las mañanas, algunas veces, durante más de una hora, y salían juntas por la tarde. Me favorecía esta amistad que entretenía a Odile sin peligro mientras estaba yo en el despacho. Incluso me gustaba ver a Misa en mi casa los domingos, y algunas veces, en que me llevaba a mi mujer para un corto viaje de dos o tres días, había llegado incluso a proponerle que nos acompañara su amiga. Quiero tratar de explicarle a usted los sentimientos que me animaban, con objeto de que le ayuden a comprender en seguida el papel que Misa llegó a representar en mi vida. Si, por otra parte, deseaba aún, como en las primeras semanas de nuestro matrimonio, estar a solas con Odile, era, más que nada, por el vago temor que me producían unas nuevas relaciones, más que por un positivo placer. No la amaba menos, pero sabía que las relaciones entre nosotros se limitarían siempre y que las conversaciones realmente serias e importantes serían acogidas por ella con cierta descuidada benevolencia. Ciertamente era que yo, como desquite, me sentía complacido con estas conversaciones un poco estúpidas, un poco tristes, frívolas y siempre graciosas, con esas «charlas» que eran siempre la verdadera conversación de Odile, cuando se comportaba naturalmente. Pero nunca era Odile tan de veras como ante Misa. Cuando hablaban juntas, ambas descubrían un aspecto pueril de su espíritu que me divertía mucho y me conmovía también, descubriéndome lo que había podido ser la Odile niña. Me sentí muy feliz la noche en que, en un hotel de Dieppe, se pelearon como dos niñas y Odile terminó lanzando una almohada a la cabeza de Misa, y gritando:

—¡Mala!

Había también en mí un sentimiento más turbio, que nace posiblemente siempre que una mujer se encuentra unida, por las circunstancias y no por el amor, a la vida de un hombre. Por nuestros viajes y por la misma familiaridad de Odile, familiaridad que autorizaba la mía, llegué a intimar tanto con Misa como con una amante. Un día, discutiendo sobre la fuerza física de las mujeres, me provocó. Luchamos un instante, caímos al suelo y me levanté un poco avergonzado.

—¡Qué niños sois! —exclamó Odile.

Misa permaneció aún un rato en el suelo, contemplándome. Por otra parte, era ella la única persona a quien recibíamos Odile y yo con idéntico placer.

Halff y Bertrand apenas venían. Pronto experimenté hacia ellos los mismos sentimientos de Odile. Oyéndola hablar de ellos, me desdoblaba extrañamente. Contemplándola con los ojos de ellos, consideraba que hablaba de temas serios con una inconveniente ligereza. Pero, al mismo tiempo, llegué a preferir sus inconsciencias a las teorías de mis amigos. Así me avergonzaba de mi mujer ante ellos y me sentía orgulloso de ella ante mí mismo. Cuando se iban, me decía que, a pesar de todo, Odile era superior a ellos por un contacto más íntimo con la vida y con la naturaleza.

Odile no amaba a mi familia ni yo tampoco a la suya. Mi madre había querido aconsejarla con respecto a la elección de muebles, su tren de vida y los deberes de una señora joven. Los consejos eran lo que menos podía soportar Odile. Para hablar con los Marcenat adoptaba un tono que me chocaba bastante. Se aburría en Gandumas; consideraba que allí se sacrificaban todos los placeres de la vida a un conformismo familiar cuyo sagrado origen nada justificaba, pero, al mismo tiempo, me enorgullecía la austeridad de nuestras tradiciones. La vida de París, donde nada eran los Marcenat, hubiera debido curarme de la manía de concederles tanta importancia, pero como ciertas comunidades religiosas que, trasladadas a continentes bárbaros, contemplan el espectáculo que ofrecen millones de hombres adorando a otros dioses, del mismo modo, nosotros, los Marcenat, trasladados a un mundo pagano, conservábamos el recuerdo del Limousin y la memoria de nuestra grandeza.

Mi propio padre, que admiraba a Odile, no podía evitar sentirse irritado por su causa. No lo demostraba; era para esto demasiado bueno y reservado. Yo, que conocía su pudor y lo había heredado, sabía cuánto había de hacerle sufrir aquel tono de Odile. Mi mujer, cuando tenía motivos de enojo o cólera, exteriorizaba violentamente estos sentimientos, pero lo olvidaba todo en seguida. No era precisamente así como nosotros, los Marcenat, habíamos aprendido a comunicarnos con las personas. Cuando Odile me decía:

—Ha venido tu madre cuando yo había salido y se ha permitido hacer determinadas observaciones a tu ayuda de cámara; voy a telefonearle para decir que esto es totalmente intolerable...

Yo le suplicaba:

—Escucha, Odile, sé que, en el fondo, tienes razón, pero no intentes decirle esto tú misma; no conseguirías más que molestarla. Déjame que lo

haga yo, y si quieres, y tal vez fuera mejor, pídele a tía Cora que le diga a mamá que tú...

Odile se echaba a reír.

—No te das cuenta —me decía— de lo cómica que es toda tu familia... Si esto no fuese al mismo tiempo tan terrible... Sí, Dickie, es terrible porque te quiero, menos cuando veo, en el fondo, la caricatura tuya que es toda esa gente... Sé que tú no eres como ellos, pero te han hecho a su manera.

El primer verano que pasamos juntos en Gandumas fue muy desagradable. Comíamos en casa exactamente a las doce, y la idea de que fuese posible hacer esperar a mi madre jamás se me había ocurrido. Pero Odile se llevaba un libro al campo o iba a pasearse por la ribera y olvidaba la hora. Yo veía a mi padre pasear de un lado a otro de la biblioteca, y echaba a correr por el parque en busca de mi mujer; volvía sin aliento, pero sin haberla encontrado, y la veía llegar tranquila y sonriente, contenta de haber estado tomando el sol; y cuando, al empezar a comer, permanecíamos silenciosos para demostrarle una desaprobación que, puesto que procedía de los Marcenat, no podía ser más que indirecta y muda, nos miraba sonriendo y yo adivinaba perfectamente cómo se divertía y de qué modo nos desafiaba.

Comíamos en casa de los Malet una vez por semana, y la situación era completamente distinta; era yo quien se sentía observado y juzgado. Allí, las comidas no eran ceremonias solemnes; los hermanos de Odile se levantaban para ir a buscar pan; el señor Malet hablaba de una frase que había leído, no acertaba a citarla con exactitud y se levantaba para consultar el libro. La conversación era extremadamente libre, y no me gustaba que el señor Malet hablara ante su hija de lemas escabrosos. Sabía hasta qué punto era absurdo conceder tanta importancia a detalles tan pequeños, pero esto no era un juicio, sino una penosa impresión. No me sentía a gusto en casa de los Malet; su clima no era el mío. Me disgustaba a mí mismo, me encontraba solemne y fastidioso, y al reprocharme mis silencios, me encerraba en mí mismo.

Pero en casa de los Malet, lo mismo que en Gandumas, mi malestar era sólo superficial porque no me restaba la dicha, todavía tan poderosa en mí, de ver vivir a Odile. Cuando, a la mesa, me sentaba ante ella, no podía evitar contemplarla; resplandecía con su blancura luminosa, haciéndome pensar en un magnífico diamante brillando al claro de luna. En aquel tiempo, vestíase casi siempre de blanco y, en casa, rodeábase de flores blancas. Esto le sentaba muy bien. ¡Qué prodigiosa mezcla era de candor y misterio! Llegué a creer que vivía al lado de un niño, pero, algunas veces, cuando hablaba con otro

hombre, sorprendía en su mirada no sé qué reflejo de sentimientos que yo ignoraba; como si fueran el lejano rumor de un pueblo salvaje y apasionado.

CAPÍTULO OCTAVO

HE INTENTADO hacerle comprensible la entrada, la primera exposición, velada apenas por otros instrumentos más potentes, de los temas en torno a los cuales se ha compuesto la sinfonía inacabada de mi vida. Habrá usted descubierto ya al caballero y al cínico, y tal vez haya advertido en esa absurda historia del mueblista, que, por escrúpulo, no he querido omitir, el lejano y primer llamamiento de los celos. Sea ahora indulgente e intente no juzgarme, sino comprenderme. Debo hacer un penoso esfuerzo para contarle el resto de esta historia, y, no obstante, quiero ser exacto. Lo creo, precisamente porque me supongo curado y porque quiero hablar de mi locura con la objetividad de un médico que, habiendo sido víctima de un delirio, se esfuerza en describirlo.

Hay enfermedades que comienzan lentamente, manifestándose por medio de ligeros malestares relacionados entre sí: otras se producen en un momento a consecuencia de una fiebre violenta. Los celos fueron para mí una enfermedad repentina y terrible. Si, calmado ya hoy, trato de saber las causas, me parece que fueron muy diversas. En primer lugar, había un gran amor y el deseo natural de conservar para mí las menores partículas de esas materias preciosas que eran el tiempo de Odile, sus palabras, sus sonrisas y sus miradas. Pero este deseo no era lo esencial, porque, cuando podía gozar enteramente de la presencia de Odile —por ejemplo, estando solos en casa, una tarde, o cuando salíamos de viaje durante dos o tres días—, ella se lamentaba de que me ocupaba de mis libros o de mis pensamientos mucho más que de ella misma. Únicamente cuando estaba con los demás deseaba yo tenerla para mí solo, sentimiento en el cual dominaba el orgullo, un orgullo subterráneo enmascarado por la modestia y la reserva propias de la familia de mi padre. Quería reinar en el espíritu de Odile como el valle del Loue reinaba sobre las aguas, los bosques y la maquinaria por la que se deslizaba la blanca pasta de papel, sobre las casas de los campesinos y sobre los hogares de los obreros. Quería saber lo que ocurría en aquella pequeña cabeza, bajo aquellos cabellos rizados, como sabía, a diario, en los correspondientes estadillos que llegaban del Limousin, el número de kilos de Whatman de que se disponía y cuál había sido, durante la última semana, la producción diaria de la fábrica.

Sé, por el dolor que esta evocación despierta en mí, que allí estaba precisamente el punto neurálgico del mal, en una aguda curiosidad intelectual.

No podía admitir su incompreensión. Comprender a Odile era imposible y creo que ningún hombre —de haberla amado— hubiese podido vivir a su lado sin ese sufrimiento. Creo, incluso, que si ella hubiese sido distinta, jamás hubiera sabido lo que eran los celos —porque un hombre no nace celoso, posee tan sólo una especie de receptividad que lo hace para ser herido por este mal—, pero Odile, por su naturaleza misma y sin quererlo, excitaba constantemente mi curiosidad. Los acontecimientos, la historia de un día, que para mí, como para todos los míos, se dibujaban con toda precisión, y que bastaba contarlos escrupulosamente para que todas las frases, todos los elementos del relato, se ajustaran unos con otros con una perfección que no dejaba lugar a dudas, convertíanse, al atravesar el espíritu de Odile, en un paisaje vaporoso y confuso.

Yo no quisiera darle a usted la impresión de que ella disimulaba deliberadamente la verdad. Esto era mucho más complejo. Lo que ocurría era que para ella las palabras y las frases carecían de valor; del mismo modo que su belleza correspondía a la luz de un personaje soñado, su vida transcurría en un sueño. Ya le he dicho a usted que, sobre todo, vivía el momento presente. Inventaba el pasado y el porvenir en el momento en que tenía necesidad de ellos, y después, olvidaba lo que había inventado. Si hubiese pretendido engañar a alguien, se hubiera esforzado en coordinar sus intenciones, dándoles, cuando menos, una apariencia de verosimilitud, y no vi jamás que se preocupase por ello. En una misma frase llegaba a contradecirse. Un día, al volver de una breve estancia en la fábrica, en el Limousin, le pregunté:

—¿Qué hiciste el domingo?

—¿El domingo? No lo sé... ¡Ah, sí! Estuve muy cansada y pasé casi todo el día en cama.

Cinco minutos después, como habláramos de música, exclamó de pronto:

—¡Ah! Olvidé decirte que el domingo pasado oí en el concierto *La Valse* de Ravel, del que tanto me habías hablado. Me gusta mucho...

—Pero, Odile, ¿te das cuenta de lo que dices? Es una verdadera locura... Nadie como tú sabe exactamente si el domingo estuviste en cama o fuiste al concierto... y supongo que no pretenderás que crea ambas cosas.

—No te pido que lo creas. Cuando estoy tan cansada, no sé lo que hago... Ni siquiera lo que digo.

—Bueno, vamos a ver si concretas. ¿Qué hiciste el domingo? ¿Estuviste en cama o fuiste al concierto?

Permaneció silenciosa y confusa durante un instante y, después, dijo:

—No lo sé. Me haces perder la cabeza cuando asumes ese aire de inquisidor.

Tales conversaciones me dejaban de muy mal humor. Inquieto y agitado, no pudiendo pegar los ojos, dejaba pasar las horas intentando reconstruir con las más insignificantes palabras, que se le habían escapado, lo que había de verdadero en el empleo de aquel día. Pasé entonces revista a todas esas amistades que habían constituido, según sabía, la vida de relación de mi esposa antes de nuestro matrimonio. En cuanto a Odile, poseía la misma facilidad para olvidar escenas como aquélla como para todo lo demás. Si, por la mañana, la dejaba preocupada e inasequible, la encontraba alegre por la tarde. Llegué a decirle:

—Escúchame, amor mío, esto no es posible, habremos de pensar en separarnos. Yo no lo deseo, pero, de no ser así, tendrás que hacer un esfuerzo para ser de otro modo.

Por toda respuesta, Odile, vestida con un traje nuevo, me abrazaba al tiempo que me besaba, y me decía:

—¡Ah! ¿Sabes? Ha telefoneado Misa; tiene tres butacas para el *Œuvre* y podemos ir a ver *Casa de muñecas*.

Y yo, por debilidad y por amor, aceptaba esta inverosímil y consoladora evasiva.

Era demasiado orgulloso para poner en evidencia mi sufrimiento. Mis padres, sobre todo, debían ignorarlo a toda costa. Sólo dos personas, durante aquel primer año, me pareció que habían adivinado lo que me ocurría. La primera fue mi prima Renée, y esto me asombró, tanto más cuanto que la veía muy poco. Llevaba una vida independiente que durante mucho tiempo irritó a nuestra familia, al menos tanto como nuestro matrimonio. En Vittel, donde mi tío Pierre llevaba a efecto su anual cura de aguas, había encontrado a un médico parisiense acompañado de su señora, y se unió a esta pareja. Renée había sido siempre una muchacha muy rebelde y, desde su adolescencia, fue hostil a las costumbres de los Marcenat. En París, había adquirido el hábito de permanecer temporadas cada vez más largas en casa de sus nuevas amistades. El doctor Prud'homme era un hombre muy rico y no ejercía la carrera, pero, en cambio, se dedicaba a hacer investigaciones sobre el cáncer, en las que le ayudaba su mujer. Renée había heredado de su padre —con quién estaba en peores relaciones de las que se suponía— el gusto por las cosas bien hechas. Muy pronto había sido acogida por ese mundo de sabios y médicos en el que

sus amistades la habían introducido. A los veintiún años, le pidió la dote a su padre y la autorización de residir en París. Durante algunos meses, vivió sin relacionarse con nuestra familia. Pero los Marcenat estaban demasiado apegados a la ficción del amor indestructible que une a los padres con los hijos para que pudieran soportar durante mucho tiempo la realidad de la indiferencia. En cuanto a mi tío Pierre, se había convencido ya de la firmeza de las decisiones de su hija y había capitulado para restablecer la paz. De vez en cuando, le asaltaban aún sus crisis de furor, cada vez más breves; entonces, suplicaba a su hija que se casara: ella se negaba y amenazaba entonces con no poner nunca más los pies en Chardeuil. Mis tíos, enloquecidos, le prometían no volver a hablar de matrimonio.

Renée había asistido a mi boda y regalado a Odile un admirable ramillete de lirios blancos. Recuerdo que esto me sorprendió. Sus padres nos habían hecho ya un espléndido regalo. ¿Por qué esas flores? Meses más tarde, Odile y yo comimos con ella en casa de mi tío Pierre y, a mi vez, la invité a que comiera un día en nuestra casa. Fue muy amable con Odile y me interesó mucho el relato de sus viajes. Desde que había dejado de frecuentar la mayor parte de mis antiguos amigos, no había vuelto a oír conversación tan importante y llena de interés como la suya. Al marcharse, la acompañé a la puerta.

—¡Qué bonita es tu mujer! —me dijo con sincera admiración. Luego, me miró tristemente y añadió—: ¿Eres feliz? —con tal tono de voz que hacía suponer que ella no creía que lo fuese.

La otra mujer que, por un instante, descorrió el velo ante mis ojos fue Misa. Al cabo de algunos meses, su actitud se había hecho un poco extraña. Me pareció que entonces trataba más de ser amiga mía que de Odile. Una noche en que mi mujer, indispuesta, se había acostado —había tenido dos abortos sucesivos y se evidenciaba que no podía ser madre—, Misa, que había ido a verla, se sentó a mi lado en el diván situado al pie de madera del lecho, de modo que ella sólo podía ver nuestras cabezas. De pronto, Misa se acercó aún más a mí y me tomó la mano. Tanto me sorprendió esto que aún no puedo concebir cómo ocurrió. Odile no vio la expresión de mi cara. Me separé, turbado, de ella, y por la noche, al acompañar a Misa a su casa, obedeciendo a un brusco e involuntario impulso, la besé ligeramente. Ella no se resistió, y dije:

—No está bien. ¡Pobre Odile...!

—¡Ah, Odile! —murmuró ella, encogiéndose de hombros.

Esto me disgustó y, desde entonces, me mostré muy frío con respecto a Misa. Pero esto me inquietaba, porque me preguntaba a mí mismo si ese “¡Ah, Odile!” no significaba quizá: “Odile no merece que nadie se ocupe de ella”.

CAPÍTULO NOVENO

MISA se casó dos meses más tarde. Odile me dijo que no comprendía la elección que había hecho Misa. Mi mujer consideraba a Julien Godet como un hombre mediocre. Era un joven ingeniero recién salido de la Escuela Central y que, como decía el señor Malet, “no tenía posición”. Más parecía que Misa intentaba amar que amaba realmente. En cambio, él estaba muy enamorado. Mi padre, que desde hacía algún tiempo buscaba un director para una papelería anexa que había fundado cerca de Gandumas, en la Guichardie, tuvo la idea, cuando oyó hablar del matrimonio de Misa, de colocar en nuestra casa al marido de nuestra amiga. La idea me gustó a medias; yo había perdido la confianza en Misa, pero Odile, que estaba deseosa de hacer algo por ella, se lo agradeció a mi padre y transmitió inmediatamente el ofrecimiento.

—Ten en cuenta —le dije— que envías a Misa a vivir en el Limousin, privándote de ella en París.

—Lo sé, pero lo hago por ella y no por mí. Por otra parte, me veré con ella durante nuestras horribles permanencias en Gandumas, lo que tendrá para mí una gran importancia. Y si ella tiene necesidad de ir a París, podrá hospedarse en casa de sus padres o en nuestra casa... Además, es necesario que ese muchacho haga algo, y si no lo tomamos nosotros se irá con ella a Grenoble o Castelnau-dary.

Misa y su marido aceptaron en el acto, y Odile, en pleno invierno, se trasladó a Gandumas para buscarles una casa y recomendarles a la gente del pueblo. La cualidad de desvivirse generosamente por sus amigos era algo que todavía desconocía en Odile.

Creo que la partida de Misa fue una desventura para nosotros, porque tuvo el inmediato resultado de precipitar por completo a Odile hacia un grupo de amistades que me disgustaban. Antes de casarnos, Odile había salido frecuentemente con amigos jóvenes; la habían acompañado al teatro y había efectuado excursiones con sus hermanos y los compañeros de éstos. Ella misma me confesó todo esto lealmente durante nuestro noviazgo, añadiendo que le sería imposible renunciar a ello. En aquel instante, la deseé más que a nadie en el mundo; le contesté que esto me parecía natural y que nunca sería yo un obstáculo entre ella y sus amistades. ¡Qué injusto y absurdo es creer a los hombres capaces de cumplir lo que han prometido! Cuando hablé de aquel modo estaba muy lejos de imaginarme que sus miradas y sonrisas, a las que

amaba tanto, podían ser dirigidas a otro hombre. Quizá le sorprenda a usted saber que me disgustaba terriblemente la mediocridad de la mayor parte de las amistades de Odile. Esto debió de haber sido para mí un motivo de confianza; sin embargo, me sentía dolido. Cuando se ama a una mujer como yo amaba a la mía, todo cuanto se halla íntimamente relacionado con su imagen se encuentra a nuestros ojos adornado de las cualidades y virtudes imaginarias con que hemos investido a nuestro amor, y del mismo modo que la ciudad donde la conocimos nos parece más bella de lo que es en realidad, y el restaurante donde comimos en su compañía nos parece mejor que todos los demás, incluso un rival, a pesar de que lo detestemos, participa de esa misma aureola. Si el misterioso compositor que orchestra nuestra existencia nos hiciera escuchar aisladamente el tema del Rival, creo que sería el mismo que el del Caballero, pero en su versión irónica y deformada. Nosotros quisiéramos encontrar en ese enemigo a un adversario digno de nosotros, y así, entre todas las contrariedades que puede ocasionarnos una mujer, la del rival es la más grave. Si hubiera encontrado junto a Odile a los hombres más famosos de nuestro tiempo, me hubiese sentido celoso, pero no sorprendido; la veía rodeada de un grupo de jovencitos que, juzgados imparcialmente, eran mucho más mediocres que los demás, pero que, en realidad, no la merecían ni ella los había elegido siquiera.

—¿Por qué eres tan coqueta, Odile? —le preguntaba—. Puedo comprender que una mujer no agraciada quiera poner a prueba su poder. Pero tú... Es un juego en el que ganas en el acto; y esto es cruel, desleal... Además, ¡son tan extrañas tus predilecciones...! Por ejemplo, ves constantemente a ese Jean Bernier... Pero, ¿hay algo en él que pueda interesarte? Es tan feo y grosero...

—Me divierte.

—Pero, ¿cómo puede divertirti? Tú tienes sensibilidad, buen gusto... Sus ocurrencias son de esas que no he vuelto a oír desde que salí del cuartel y que no me atrevería a tener delante de ti...

—Sin duda, tienes razón; es feo, y quizás es vulgar (aunque yo no lo creo), pero me gusta verle.

—¿Le amas acaso?

—¡No! ¡Estás loco! Ni aun quisiera que me tocara. Me produce el mismo efecto que una babosa...

—Amor mío, tú no le quieres, pero él, sí; lo veo. Estás haciendo desgraciados a dos hombres: a él y a mí. ¿Por qué?

—Crees que todo el mundo está enamorado de mí... No soy tan bonita...

Decía esto con una sonrisa de coquetería tan encantadora que yo sonreía también y la besaba.

—Entonces, ¿le verás con menos frecuencia?

Y se ensombrecía.

—No creo haberte dicho esto.

—No lo has dicho, pero yo te lo pido... ¿Qué consigues con todo esto? Para mí sería una verdadera satisfacción. Por otra parte, tú misma has dicho que te es indiferente.

Parecía preocupada, preguntándose qué debía hacer, y decía luego con una sonrisa de desagrado:

—No sé, Dickie, pero creo que no puedo hacer otra cosa... Me divierte.

¡Pobre Odile! ¡Era tan sincera, tan infantil al pronunciar esta frase! Con mi vana y terrible lógica, le demostraba, entonces, que era fácil «hacer otra cosa...».

—Lo que te pierde —le decía— es que te aceptas a ti misma tal como eres, como si nuestro carácter fuera ya una cosa hecha. Pero se puede formar un carácter; por lo menos, rehacerlo...

—Rehaz, entonces, el tuyo.

—Estoy dispuesto a intentarlo. Pero ayúdame, intentándolo también por tu parte.

—No; te he dicho muchas veces que no puedo hacerlo. Además, no tengo ningún deseo de intentarlo.

Cuando pienso en aquel tiempo tan lejano ahora, me pregunto si un remoto instinto le dictaba esa actitud. Si ella hubiese cambiado como yo le pedía, ¿hubiese continuado amándola de esa forma? ¿Hubiese soportado la ininterrumpida presencia de ese fútil personajillo si la frecuencia de estas escenas no hubiesen hecho imposible el tedio para nosotros? Por otra parte, tampoco era cierto que ella no lo hubiese intentado. Odile no era mala. Cuando me sabía desdichado se sentía dispuesta a todo para que no lo fuera, pero su orgullo y su debilidad eran más fuertes que su bondad, y su vida continuaba siendo la misma.

Aprendí a distinguir lo que yo había llamado «aires de conquista», una alegría, un semitono más alto que su alegría normal, los ojos brillantes, el embellecimiento de su rostro y el vencimiento de su acostumbrada laxitud. Cuando le gustaba un hombre, lo sabía yo antes que ella. Era horrible... Y algunas veces, recordaba la frase de Florencia: “He sido demasiado tierna y acaso temáis, al desposarme, que mi conducta sea demasiado ligera...”.

Lo que más me entristece, como suele ocurrirme a menudo cuando recuerdo aquella desventurada época, es pensar que Odile, a pesar de su coquetería, me era fiel, y que, con un poco más de habilidad, hubiese podido conservar su amor. Pero no era fácil saber la forma de tratar a Odile; le molestaba la ternura y provocaba en ella pequeñas reacciones bruscas y hostiles; las amenazas hubieran determinado en ella acciones más violentas.

Uno de los rasgos más constantes de su carácter era su amor al peligro. Nada le gustaba tanto como navegar en un yate bajo vientos de tempestad, conducir un coche de carreras en un circuito difícil y saltar a caballo los más altos obstáculos. En torno a ella mariposeaba siempre un grupo de audaces jovenzuelos. Pero ninguno de ellos me parecía ser preferido por ella a los demás y siempre que me era dado comprender sus conversaciones, el tono de las amistades de Odile me parecía corresponder al de una camaradería deportiva. Tenía, además, ahora entre mis manos —le explicaré a usted por qué—, muchas de las cartas dirigidas por esos jóvenes a Odile; todas demostraban que ella les toleraba un tono de fútil enamoramiento, pero que no cedía a él.

“Extraña Odile —escribía uno de ellos—, a la vez tan casta y casquiveleta, demasiado casta para mi gusto”. Y otro, un joven inglés sentimental y religioso, decía: “Puesto que es cierto, querida Odile que nada podré conseguir de usted en este mundo, espero estar a su lado en el otro”. Pero le cuento ahora cosas que no supe hasta mucho más tarde, y en aquel tiempo, no me era posible creer en la inocencia de esa vida de libertad.

Para ser rigurosamente justo con ella, es necesario, también, que añada un pormenor que había olvidado. Al principio de nuestro matrimonio, intentó mezclarme con sus antiguas y nuevas amistades; gustosamente hubiera compartido sus amigos conmigo. A ese inglés del que le he hablado lo encontramos en Biarritz, en ocasión de nuestro primer veraneo. Distraía a Odile dándole lecciones de banjo, que era entonces un instrumento nuevo, y cantándole canciones negras. Al marcharnos, se empeñó en regalarle el banjo, lo que no dejó de disgustarme. Quince días más tarde, ella me dijo:

—Dickie, he recibido una carta del pequeño Douglas; está escrita en inglés. ¿Querías leérmela y ayudarme a contestarla? No sé qué demonio me inspiró. Con mal disimulada cólera le dije que esperaba que no le contestase, que Douglas era un pequeño cretino y que me molestaba...

Todo esto era falso. Douglas era un muchacho bien educado, encantador y, si no hubiese estado casado, me hubiera complacido su amistad. Pero había adquirido la costumbre de no escuchar nunca a mi mujer sin preguntarme qué

era lo que ocultaba. Siempre que hallaba un punto oscuro en sus frases, me componía una ingeniosa teoría para explicarme esa oscuridad. Experimentaba una alegría dolorosa, un voluptuoso sufrimiento, creyendo adivinar que me mentía. Mi memoria, es, generalmente, muy débil, pero cuando se trataba de las conversaciones de Odile, era de una prodigiosa claridad. Retenía siempre la más insignificante de sus frases; las comparaba cutre sí y tenía en cuenta su valor. Llegué a decirle:

—¡Cómo! ¿Has ido a probar a casa del modisto? Entonces, llevas ya cuatro pruebas. Estuviste en su casa el martes, el jueves y el sábado pasados.

Ella me miraba y sonreía sin inquietud alguna.

—Tienes una memoria diabólica... —me contestaba.

Me sentía a la vez avergonzado de ser un juguete en sus manos y orgulloso de descubrir sus juegos. Por otra parte, mis descubrimientos eran inútiles; no reaccionaba nunca, no quería reaccionar; y la misteriosa calma de Odile no precipitaba escena ninguna. Me sentía desgraciado y, al mismo tiempo, experimentaba un apasionado interés.

Lo que me impedía acabar brutalmente con todo esto y, por ejemplo, prohibir a Odile que viera a determinados amigos suyos, era descubrir los ridículos errores a los que me arrastraban mis desesperadas deducciones. Recuerdo, por ejemplo, que, durante algunas semanas, estuvo quejándose de dolor de cabeza y me dijo que deseaba pasar algunos días en el campo. Yo no podía abandonar París en esos momentos; en varias ocasiones, me negué a que se marchara. Observe usted que no me daba exactamente cuenta del egoísmo que representaba mi negativa a dar como cierta su enfermedad.

Por fin, se me ocurrió que sería mejor que consintiera, autorizándola para que se fuera a Chantilly como deseaba, y sorprenderla al día siguiente por la noche. Si no la encontraba sola —y estaba seguro de no encontrarla sola—, sabría, cuando menos, algo concreto y podría proceder, confundirla, y abandonarla —porque estaba seguro de que era esto lo que deseaba, y no era verdad—. Partió. Al día siguiente, alquilé un coche —previendo un drama, no quería que mi chófer fuera testigo— y partí, después de comer, hacia Chantilly. A mitad del trayecto, ordené al hombre que volviéramos a París, pero, a los tres kilómetros, dominado por la curiosidad, le hice reemprender el camino de Chantilly. En el hotel, pedí el número de la habitación de Odile. No quisieron dármelo, y esto me pareció natural. Tuve que mostrar mi documentación y, cuando demostré que era su marido, un botones me

acompañó hasta la puerta de su habitación. Estaba sola, rodeada de libros; había escrito muchas cartas. Pero, ¿habría tenido tiempo de preparar toda esa disimulación?

—¡Qué lejos te llevan tus pensamientos! —dijo ella con un tono de conmiseración—. ¿Qué es lo que has creído...? ¿Que estaba con un hombre...? Lo que no puedes comprender es que yo quiera estar sola para estar sola. Y si quieres que sea franca contigo, quiero, sobre todo, no verte durante unos días. Me cansan de tal modo tus temores y tus sospechas, que me veo obligada a tener cuidado de las frases que digo y a no contradecirme, como si fuera un acusado ante el juez de instrucción... Aquí, he pasado un día delicioso; he leído y soñado, he dormido y paseado por el bosque. Mañana, iré al castillo a ver las miniaturas... Si supieras, todo es tan sencillo...

Pero yo pensaba:

“Ahora, confiada en este éxito, ¿no hará venir a su amante sin riesgo alguno?”.

¡Ay, ese amante de Odile que intenté definirme cómo era! Iba formándolo con todo lo que hallaba de inexplicable en el espíritu y las conversaciones de mi mujer. Poseía ya una increíble sutileza en el análisis de las frases de Odile. Anotaba en favor del desconocido todas las agudas ideas que ella expresaba. Entre ella y yo se habían establecido extrañas relaciones. Le confesaba ahora todos mis pensamientos, incluso los que me eran más adversos. Me escuchaba con una atención casi indulgente, un poco irritada, pero halagada también por sentirse objeto de tal curiosidad e interés.

Continuaba no encontrándose bien y se acostaba ahora más temprano. Casi todas las noches, las pasaba sentado junto a su lecho. Veladas extrañas y muy dulces. Le hablaba de los defectos de su carácter y ella me escuchaba sonriendo. Luego, me tendía la mano y, abandonándola entre las mías, me decía:

—¡Pobre Dickie, cuánto sufrimiento por causa de una criatura mala, tonta, orgullosa y coqueta...! Porque yo soy todo eso, ¿no es verdad?

—No eres tan tonta —le decía yo—; no eres muy inteligente, pero tienes intuiciones asombrosas y un excelente buen gusto.

—¡Ah! —exclamaba ella—. Tengo buen gusto. Ya es algo. Escucha, Dickie, voy a leerte unos versos ingleses que he descubierto y que me gustan mucho.

Poseía un gusto natural muy delicado; rara vez le gustaba algo mediocre, pero incluso en la elección de los versos que me leía, sorprendí, con inquieto asombro, el gusto del amor, un profundo conocimiento de la pasión y, algunas

veces, el deseo de la muerte. Recuerdo, sobre todo, una estrofa que repetía frecuentemente:

*From too much love of living.
From hope and fear set free,
We thank, with brief thanksgiving,
Whatever Gods may be,
That no Ufe Uves for ever,
That dead men rise up never,
That even the weariest river
Winds somewhere safe to sea.^[3]*

—*The weariest river...* —solía decir—, el río más cansado... ¡Cuánto me gusta esto...! Yo soy, Dickie, el río más cansado... y me voy dulcemente al mar.

—No sabes lo que dices —le replicaba amigablemente—. Tú eres la misma vida.

—Esto es lo que parece —decía entonces Odile con una mueca cómicamente triste—, pero soy un río cansado.

Al dejarla, después de haber pasado a su lado una dulce velada, le decía:

—A pesar de todos tus defectos, te quiero, Odile.

—Yo también, Dickie —decía ella.

CAPÍTULO DIEZ

HACÍA tiempo que mi padre me hablaba de la necesidad de efectuar un viaje a Suecia para la buena marcha de la papeleta. En este país, comprábamos la pasta de madera a través de intermediarios. Cierto era que podíamos comprar en mejores condiciones tratando directamente con los productores de pasta, y él no gozaba de buena salud para efectuar un viaje como aquél. Me negué a partir si Odile no me acompañaba, pero ella no parecía tener prisa ninguna. Esta actitud me parecía sospechosa. Le gustaba viajar. Y le propuse que, si no quería atravesar Alemania y Dinamarca en ferrocarril, iríamos en barco desde El Havre o Boulogne, lo que para ella hubiera constituido una alegría.

—No —me dijo—, ve solo. Suecia no me tienta; hace allí demasiado frío.

—No lo creas, Odile; es un país adorable... Paisajes hechos como para ti; soledad, grandes lagos rodeados de abetos, viejos castillos...

—¿Tú crees? No, no tengo ganas de abandonar París en estos momentos... Pero, puesto que tu padre quiere que hagas este viaje, vete. Te hará bien ver otras mujeres distintas de mí. Las suecas son encantadoras: altas, rubias, pálidas; exactamente tu tipo. Engáñame...

Por último fue imposible demorar el viaje por más tiempo. Humildemente, confesé a Odile que me aterrorizaba dejarla sola en París.

—¡Qué tonto eres! —me dijo—. No saldré; te lo prometo, tengo muchos libros que leer, y pasaré las tardes haciendo compañía a mamá.

Partí inquieto y los tres primeros días fueron atroces para mí. Durante el largo viaje de París a Hamburgo, imaginé a Odile en su tocador, recibiendo a un hombre cuyo rostro me era imposible ver y que tocaba al piano, para ella, toda la música que a Odile le gustaba. La imaginé sonriendo y animada, con la cara poseída de aquella expresión de felicidad que antes me había sido reservada y que yo hubiese querido aprehender, encerrar y guardar celosamente para mí solo. ¿Quién, entre sus familiares, la había retenido en París? ¿Era el imbécil Bernier o Lansdale, el americano amigo de sus hermanos? En Malmoe, el nuevo tren barnizado y la novedad de los colores me arrancaron por último de las sombras de mis ensoñaciones. En Estocolmo recibí una carta de Odile. Sus cartas eran muy curiosas. Escribía como una chiquilla. Decía: *Estoy muy tranquila. No hago nada. Llueve. Leo. He vuelto a leer Guerra y Paz. He comido con mamá. Ha venido tu madre. Y*

continuaba así, con pequeñas frases que nada evocaban, pero que, no sé por qué razón, y tal vez a causa de su vaciedad y de su ingenua sencillez, producían en mí un efecto confortador.

Los días que siguieron no hicieron más que aumentar esta impresión de seguridad. Era extraño; amaba ahora a Odile mucho más que en París. La veía grave, lánguida, recostada en el diván y leyendo cerca de un jarro donde, sin duda, había un clavel magnífico o una rosa. Como a pesar de mi locura conservaba mi lucidez, me decía a mí mismo:

“¿Por qué no sufro? Debería ser desgraciado. No sé nada de ella. Está libre y me escribe lo que quiere”.

No me daba cuenta de que la ausencia, con todo y favorecer, como yo sabía, la cristalización del amor, adormece por un tiempo los celos, porque al apartar del espíritu todos esos pequeños hechos, todas esas observaciones sobre las cuales se ha acostumbrado a levantar sus peligrosos y terribles edificios, les obliga a mantenerse en calma, en estado latente. Los negocios que debía solventar me obligaron a viajar por la campiña sueca; me hospedaba en las casas de los terratenientes propietarios de grandes bosques; me ofrecían licores del país, caviar, salmón ahumado, y las mujeres tenían una especie de resplandor frío y cristalino. Llegué a vivir días enteros sin pensar en Odile ni en sus actos.

Recuerdo, sobre todo, una tarde. Había comido en el campo, en los alrededores de Estocolmo, y después de comer, mi huésped propuso efectuar un paseo por el parque. Nos abrigábamos con gruesas pellizas. El aire era helado. Gigantescos criados de cabello rubio abrieron una verja de hierro forjado y nos encontramos ante un lago de heladas aguas que brillaban débilmente al sol de medianoche. La mujer que me acompañaba era encantadora y alegre. Minutos antes había tocado al piano unos preludios con una alada gracia, tanto, que brotaron lágrimas de mis ojos. Durante un segundo, experimenté la impresión de una felicidad extraordinaria.

“Cuán bello es el mundo —pensé—, y qué fácil ser feliz”.

El regreso a París despertó a mis fantasmas. Los relatos que me hizo Odile de sus largas soledades estaban tan vacíos de pormenores que, para poblar aquellos vastos espacios desérticos, tenía que echar mano de las hipótesis más lamentables.

—¿Qué has hecho durante ese tiempo?

—Nada. He descansado, he soñado y he leído.

—¿Y qué has leído?

—Ya te lo escribí. *Guerra y Paz*.

—¡Pero no habrás tardado quince días en leer una novela!

—No, he hecho otras cosas; he arreglado mis armarios, he puesto en orden mis libros, he contestado cartas y he ido a la modista.

—¿Y a quién has visto?

—A nadie. Ya te lo conté. A tu madre, a la mía, a mis hermanos, a Misa... Además, he tocado un poco al piano.

Se animó algo y me habló de la música española, de Albéniz y de Granados, a quienes acababa de descubrir.

—Y, además, Dickie, he de llevarte a oír *El aprendiz de brujo*... Es una obra tan inteligente...

—¿Inspirada en la balada de Goethe? —pregunté.

—Sí —dijo Odile con animación.

La miré. ¿Cómo había conocido esta balada? Sabía que Odile no había leído jamás a Goethe. ¿Con quién había ido al concierto? Leyó la expresión de inquietud que se reflejaba en mi rostro.

—Lo decía el programa —me dijo.

CAPÍTULO ONCE

EL MARTES siguiente a mi regreso de Suecia, comimos en casa de tía Cora. Nos invitaba dos veces al mes, y era el único miembro de mi familia por quien Odile sentía alguna simpatía. Tía Cora, que consideraba a Odile como un gracioso ornato de su mesa y la trataba bondadosamente, me reprochó que me hubiese hecho tan silencioso después de mi matrimonio.

—Eres un tonto —me decía—, te preocupas demasiado de tu mujer; las parejas no son interesantes en una mesa excepto a partir del período de indiferencia. Odile es deliciosa, pero tú no estarás a punto hasta, tal vez, dentro de dos o tres años. En fin, ahora has vuelto de Suecia, y espero que te comportarás de una forma brillante.

El éxito de aquella cena no fue, sin embargo, exclusivamente mío, sino también de un muchacho a quien conocía mucho por ser amigo de André Halff, en cuya casa lo había encontrado en algunas ocasiones y que hablaba de él con una singular mezcla de cariño, temor e ironía. El almirante Garnier, jefe del Estado Mayor General de la Armada, lo había presentado en la casa de la avenida Marceau. Llamábase François de Crozant, era alférez de navío y acababa de llegar del Extremo Oriente. Aquella noche, nos describió los paisajes japoneses y habló de Conrad y de Gauguin con una poesía auténtica y tan viva que no pude por menos de admirarlo, a pesar de que no me inspiraba mucha simpatía. Al escucharlo, recordé los pormenores que André me había dado de él antes. Había estado en Oriente en distintas ocasiones y poseía, cerca de Tolón, una pequeña casa llena de objetos que había traído consigo en sus viajes. Sabía que era compositor y que había escrito una curiosa ópera sobre un tema de historia china. Sabía también, pero vagamente, que era muy conocido en los medios deportivos por haber batido en coche algunos *records* de velocidad y por haber sido uno de los primeros oficiales de Marina que había manejado el hidroavión.

Un hombre enamorado es un reactivo de extrema sensibilidad para los sentimientos de la mujer a quien ama. Yo no veía a Odile, que estaba colocada al otro extremo de la mesa y en el mismo lado que yo, pero sabía cuál era en aquel momento el aspecto de su fisonomía y con qué interés, demasiado vivo, debía de escuchar los relatos de François. Recuerdo muy bien aquella cena. Mis sentimientos eran los de un padre que ama por encima de todo a una hija única y se da cuenta de que ha llevado a ésta, por una serie

de inevitables y desafortunadas circunstancias, a un medio contaminado por una terrible epidemia, y anhela con un ardor desesperado salvarla antes de que se contagie. Si yo pudiera evitar que Odile, después de cenar, se encontrase en el mismo grupo que François, si nadie le contaba los pormenores, tan apropiados para retener su atención, que yo conocía sobre él, tal vez pudiese llevármela a medianoche, indemne aún del contagio más formidable de los microbios.

Tuve suerte, y no por una maniobra efectuada por mí, sino porque, inmediatamente después de cenar, Hélène de Thianges lo acaparó y lo condujo al salón chino, reservado siempre por tía Cora para las parejas deseosas de soledad. Entretanto, a propósito de François, tuve una curiosa conversación con una mujer muy linda, Yvonne Prévost, cuyo marido, marino también, era capitán de navío y colaborador del almirante en el Ministerio...

—¿Le interesa a usted Crozant? —me preguntó—. Lo he tratado mucho en Tolón, donde pasé toda mi vida de soltera, puesto que mi padre desempeñaba allí el cargo de prefecto de la Marina. Recuerdo que sus compañeros consideraban a Crozant como un hombre artificial, e incluso desleal, pero las mujeres andaban locas por él... Yo era muy joven, pero comprendía todo lo que se decía de él.

—Cuénteme, esto me interesa.

—¡Oh! No sé exactamente. Creo que era un hombre muy frívolo; daba la impresión de apasionarse por la mujer a quien amaba, y le hacía la corte incansablemente. Le escribía cartas y le enviaba flores, pero, de pronto, la abandonaba y comenzaba a preocuparse por otra sin que la primera hubiese podido comprender en ningún momento la causa de este cambio... Era un muchacho que se imponía una disciplina extraordinaria. Para mantener su fortaleza se acostaba todas las noches a las diez y se decía que, si llegaba esta hora y se hallaba en compañía de la mujer más bella del mundo, la ponía a la puerta de la calle... En el amor era duro y cruel, aparentaba que todo ello era un juego sin importancia, tanto para los demás como para él. Imagine lo que habrá hecho sufrir con un carácter como el suyo.

—Sí, lo comprendo bien. Pero, ¿por qué lo amaban?

—¡Vaya usted a saber...! Sin ir más lejos, tengo una amiga que lo amó y que me dijo: *Era horrible, pero durante mucho tiempo no pude curarme de esto. Era tan complejo, atractivo y exigente como brutal y seco; pero era, algunas veces, tan tierno y suplicante... He tardado muchos meses en descubrir que no podía hacer más que mi desgracia.*

—¿Y logró su amiga librarse de este amor?

—Sí, y ahora habla de él burlándose.

—¿Cree usted que en estos momentos ensaya sus sortilegios con Héléne de Thianges?

—¡Oh, claro! Pero esta vez, cuenta con un adversario superior a él. Por otra parte, una mujer como ella, joven y con una elevada posición, hará bien en guardarse. François arruina las vidas de las mujeres por cuyo destino pasa, porque no puede evitar hablar de sus amores a todo el mundo. En Tolón, cuando había realizado una nueva conquista, al día siguiente lo sabía toda la ciudad.

—¡Pero vuestro François es un hombre odioso!

—¡Oh, no! —exclamó—. Es encantador. Pero es como es.

Casi siempre somos artesanos de nuestra desgracia. Yo había obrado prudentemente prometiéndome no hablar de François a Odile. ¿Por qué, en el coche que nos llevó hasta casa, me lúe imposible no contarle esta conversación? Sin duda, porque creí interesarla, y porque este interés de Odile me satisfacía a mí y yo no podía resistir a este placer, y quizá también porque tenía la ilusión, tan absurda, sin embargo, de que esta severa crítica de François alejaría a Odile de él para siempre.

—¿Y es compositor? —preguntó Odile cuando terminé.

Imprudentemente, había yo invocado al demonio. No estaba en mis manos arrojarlo de nosotros. Hube de pasar el resto de la velada contando todo lo que sabía de él y de su extraña manera de vivir.

—Debe de ser interesante tratarlo. ¿No quieres invitarlo un día? —me preguntó Odile con aire indiferente.

—Con mucho gusto, si tenemos ocasión de hacerlo; pero creo que vuelve a Tolón. ¿Te ha gustado?

—No, me disgusta bastante esa forma suya de mirar a las mujeres, como si fueran transparentes.

Quince días después, lo encontramos en casa de tía Cora; le pregunté si había abandonado la Marina.

—No —me dijo con sus modales bruscos y casi insolentes—. He de pasar seis meses en el Servicio Hidrográfico.

En aquella ocasión, tuvo una conversación muy larga con Odile. Los veo aún sentados en el diván, inclinados uno hacia el otro y hablando animadamente.

Al regresar, Odile permanecía en silencio.

—Bien —le dije—. ¿Y el marino? ¿Qué piensas de él?

—Es interesante.

Y no hablamos más hasta llegar a casa.

CAPÍTULO DOCE

DURANTE varios martes, en casa de tía Cora, François y Odile, en cuanto se levantaban de la mesa, se refugiaban juntos en el salón chino. Naturalmente, sufrí mucho, pero me esforcé en que nadie lo supiera. No podía evitar hablar de François con las demás mujeres. Yo esperaba oír de ellas que les parecía un ser mediocre para contárselo inmediatamente a Odile. Pero, al contrario, casi todas lo admiraban. Incluso la razonable Héléne Thianges, a quien Odile llamaba Minerva a causa de su gordura, me dijo:

—Sí; le aseguro que es un hombre realmente seductor.

—Pero, ¿en qué? En vano intento escuchar con interés lo que dice; me parece que es siempre lo mismo. Habla de Indochina, de los pueblos conquistadores, de la vida «intensa», de Gauguin... La primera vez me pareció interesante. Después, he advertido que es un actor... Con oírlo una vez, basta.

—Es posible. En parte tiene usted razón. Pero, ¿cuenta unas cosas tan bellas! Las mujeres son como niñas grandes, Marcenat. Han conservado el sentido de lo Maravilloso. Por otra parte, el panorama de la vida real es tan limitado para ellas que desean constantemente escaparse a diario de una casa, de la cocina, de los invitados, de los niños... El parisiense, casado o soltero, forma también parte de esta máquina doméstica y mundana y nada nuevo o fresco nos proporciona, mientras que un marino como Crozant surge ante nuestros ojos de otra forma, y nos atrae.

—Pero, ¿no le parece a usted que esta actitud de Crozant es de un falso romanticismo insoportable? Usted alude a sus relatos... Yo tengo horror a esas aventuras... evidentemente inventadas por él.

—¿Cuáles?

—¡Oh! Las conoce usted perfectamente: la de la inglesa de Honolulu, lanzándose al agua cuando pasaba él; la de la rusa que le envió su fotografía enmarcada en una trenza suya. Me parece esto de muy mal gusto...

—Desconocía estas historias. ¿Quién se las ha contado? ¿Odile?

—No, todos, ¿por qué había de ser Odile...? Dígame, sinceramente, ¿no le parece esto chocante y desagradable?

—Si usted quiere, sí... De todos modos, tiene unos ojos que no se olvidan. Además, todo esto que usted dice no es exacto. Lo ve usted a través de una leyenda, pero hable con él; verá cuán sencillo es.

En la casa de la avenida Marceau, veía con frecuencia al almirante Garnier. Una noche, me las compuse para quedarme a solas con él y le interrogué sobre Crozant.

—¡Ah! —dijo—. Un auténtico marino... Uno de nuestros hombres del mañana.

Decidí luchar contra el sentimiento de repulsión que me inspiraba François de Crozant, verle con frecuencia e intentar juzgarlo imparcialmente. Fue muy difícil. Cuando le conocí en casa de Halff, se mostró muy despreciativo hacia mí y esta desagradable impresión la había experimentado de nuevo la primera noche de nuestro ulterior encuentro. Durante algunos días, pareció hacer un gran esfuerzo para vencer el fastidio que le inspiraba mi mutismo hostil y extravagante. Pero pensé, quizá con razón, que yo le interesaba ahora a causa de Odile, y esto no me acercaba a él, sino todo lo contrario.

Le invité a comer con nosotros. Deseaba encontrarle interesante; pero no lo conseguí. Era inteligente, pero con un fondo de timidez contra la que luchaba con una autoritaria violencia que me exasperaba. Me parecía mucho menos notable que mis viejos amigos André y Bertrand, y no podía comprender por qué Odile, que los había apartado tan desdeñosamente, demostraba con respecto a Crozant un interés tan continuado. En cuanto aparecía él, ella se transformaba, embelleciéndose más que nunca. Un día, François y yo tuvimos ante ella una conversación sobre el amor. Según creo, dije que la única cosa que puede hacer del amor un sentimiento magnífico, es la fidelidad, a pesar de todo y hasta la muerte. Odile dirigió a François una mirada que me pareció muy extraña.

—No comprendo del todo la importancia de la fidelidad —dijo con aquel tono machacón que daba siempre a sus ideas un aspecto abstracto y metálico—. Hay que vivir en el presente. Lo importante es conseguir de cada instante lo que pueda contener la intensidad. A esto solamente se llega de tres maneras: por el poder, por el peligro o por el deseo. Pero, ¿qué se gana deseando mantener por la fidelidad la ficción de un deseo desvanecido?

—Porque sólo existe la verdadera intensidad en lo que es duradero y difícil. ¿Recuerda los pasajes de las *Confesiones* dónde Rousseau dice que rozar las ropas de una mujer casta proporciona alegrías más intensas que poseer a una mujer fácil?

—Rousseau era un enfermo —dijo François.

—Me horroriza Rousseau —replicó Odile.

Los adivinaba unidos contra mí y comencé a defender a Rousseau con una torpe vehemencia, a pesar de que me era indiferente, y los tres comprendimos que en lo sucesivo no podríamos tener una conversación semejante sin arriesgarnos a que, bajo transparentes máscaras, se hiciera confidencial y peligrosa. Varias veces, François, hablando de su carrera, llegó a interesarme tanto que olvidé durante algunos minutos mis hostiles sentimientos. Cuando, después de cenar, caminaba a través del salón con sus oscilantes pasos de marino, y decía:

—¿Sabe usted, Marcenat, cómo pasé la noche de ayer? Estudiando en la biblioteca del almirante Mahan las batallas de Nelson, experimentaba, a pesar mío, el pequeño placer que en otro tiempo me había proporcionado la llegada de André Halff o de Bertrand.

—¿De veras? —preguntaba—. Pero, ¿esto lo hace usted por gusto o porque cree que ha de serle útil? Los métodos navales han debido de cambiar de entonces acá. Todas esas historias de abordajes, vientos favorables, posición mejor para dar bordadas, ¿tienen todavía algún valor?

—El caso es —dijo François— que las cualidades que dan victoria, tanto en tierra como en el mar, son las mismas hoy que en tiempos de Aníbal o de César. Considere usted a Abukir... ¿Qué es lo que les valió el éxito de los ingleses? En principio, la tenacidad de Nelson que, habiendo buscado la flota francesa por todo el Mediterráneo y no habiéndola encontrado, no abandonó la búsqueda; luego, la rapidez de su decisión cuando descubrió, por último, al enemigo anclado y el viento favorable. Pues bien, estas cualidades fundamentales, la tenacidad y la audacia, ¿cree usted que dejan de tener un valor porque el *Dreadnought* ha sustituido al *Victory*? En modo alguno. Por otra parte, los principios esenciales de toda estrategia son inmutables. Vea usted...

Tomaba un trozo de papel que había sobre mi mesa y sacaba un lápiz de su bolsillo.

—Las dos flotas... Esa flecha indica la dirección del viento... Aquí, estas rayas, los bajíos...

Me incliné sobre su hombro. Odile se había sentado a la misma mesa, con la barbilla apoyada en sus manos juntas. Admiraba a François y, de vez en cuando, me observaba bajo sus largas cejas levantadas.

“¿Escucharía ella de este modo mis explicaciones si le contara una batalla?”, me preguntaba.

Otro hecho que llamó mi atención en el curso de las visitas de François a nuestra casa, fue que Odile se desviviera contando anécdotas y exponiendo

las ideas que yo antes le había imbuido mientras fuimos novios. Nunca había vuelto a hablarme de ellas, creía que las había olvidado, y he aquí que mi pobre ciencia resucitaba para asombrar a otro hombre con la claridad masculina de un espíritu femenino. Oyéndola, recordé que antes ya había sucedido lo mismo con Denise Aubry y que, casi siempre, cuando tenemos gran cuidado en formar un alma, nuestro trabajo redundaba en beneficio de otro. Lo extraño de todo es que el principio de una verdadera relación entre ellos coincidió probablemente con un corto período, para mí, de relativa seguridad. François y Odile, que, desde hacía algunas semanas, se comprometían visiblemente a mis ojos y a los de mis amigos, adoptaron una asombrosa prudencia, mostrándose pocas veces juntos y nunca, en un salón, figuraban en el mismo grupo. Ella no me hablaba ya de él y, si por curiosidad, cualquier mujer pronunciaba ante ella el nombre de Crozant, respondía con un perfecto desinterés que, incluso a mí, durante algunas semanas, me engañó. Desgraciadamente, como decía Odile, tenía yo una diabólica intuición en todo cuanto a ella se refería, y no tardé mucho en hacerme los razonamientos que habían de desenmascarar esta actitud.

“Precisamente porque se ven con toda libertad a espaldas mías y no tienen gran cosa que decirse por la noche, se evitan y aparentan hablarse apenas”, me dije.

Había adquirido la costumbre de analizar las conversaciones de Odile con una tremenda clarividencia, y encontraba a François detrás de cada frase suya. Por parte del doctor Pozzi, había emparentado con Anatole France e iba a Villa Said todos los domingos por la mañana. Yo lo sabía. Pues bien, Odile, desde hacía algunas semanas, contaba las anécdotas más íntimas e interesantes del escritor. Una noche, al salir de una cena en casa de los Thianges, donde ella, que tenía la costumbre de mostrarse silenciosa y modesta, asombró grandemente a mis amigos al comentar con donosura las ideas políticas de France, le dije:

—¡Has estado muy bien! Jamás me habías hablado de todo esto. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Yo? —preguntó contenta e inquieta a la vez—. ¿He estado bien? No me he dado cuenta.

—No es un crimen, Odile, no tienes por qué defenderte. A todos les has parecido muy inteligente... ¿Quién te lo ha contado todo eso?

—No lo sé. El otro día tomando el té con alguien que conocía a Anatole France.

—¿Quién?

—Lo he olvidado... No le he dado ninguna importancia.

¡Pobre Odile! ¡Qué torpe era! Quería conservar su tono habitual y no decir nada que pudiera denunciarla y, no obstante, su amor afloraba en ella a cada frase. Esto me hacía pensar en esos prados inundados cuya apariencia permanece intacta, donde la hierba parece aún firme y vigorosa, pero donde cada paso revela el agua traidora que empapa ya todo el suelo. Atenta a las alusiones directas, no nombrando a François de Crozant, no se daba cuenta de las señales indirectas que se daban a conocer a través de sus conversaciones, destacando ese nombre a la vista de todos, como lo hubieran hecho grandes carteles luminosos. Para mí, que conocía tan bien los gustos de Odile, sus ideas y sus creencias, era a la vez fácil, interesante y penoso, observar aquellos rápidos cambios. No siendo piadosa, había sido, no obstante, creyente; iba a misa todos los domingos. Y ahora, decía:

—Soy como una griega del siglo IV antes de Jesucristo; soy una pagana.

Frases éstas que podía atribuir a François con la misma seguridad que si las hubiese firmado.

—¿Qué es la vida? —decía ella—. Cuarenta tristes años que pasamos sobre una partícula de barro. ¿Y deseas tú que se pierda un solo minuto molestándonos inútilmente?

Y yo pensaba:

“Filosofía de François y, por otra parte, filosofía vulgar”.

Algunas veces, me era necesario un instante de reflexión para darme cuenta de la relación que existía entre el movimiento de interés que me había sorprendido en ella de manera tan insólita y el objeto real de sus pensamientos. Por ejemplo, ella, que no leía jamás un periódico, advertía un título: *Incendio de bosques en el Mediodía*, y tomaba el periódico de mis manos.

—¿Te interesan los incendios de bosques, Odile? —le preguntaba.

—No —contestaba, devolviéndome el periódico—. Sólo quería saber dónde había ocurrido.

Recordaba, entonces, la pequeña casa que François poseía entre pinares en Beauvallon.

Como un niño que, jugando al escondite, coloca en medio de la habitación, sobre la alfombra, a los ojos de todos, el objeto que quiere esconder, y nos hace sonreír de ternura, Odile mostrábase casi encantadora a fuerza de tomar ingenuas precauciones. Cuando contaba algo referente a sus

amigos o nuestros padres, nombraba siempre al informador. Cuando éste era François, decía:

—Me han dicho... Me ha dicho no sé quién...

Llegó a poseer un asombroso conocimiento de datos referentes a la Marina. Sabía que Francia no tardaría en disponer de un nuevo crucero más rápido y de un nuevo tipo de submarino, y que la flota inglesa llegaría a Tolón. Los demás se maravillaban.

—Aún no lo han publicado los periódicos —decían.

Odile, asustada, se daba cuenta de que había hablado demasiado y se batía en retirada.

—No sé... Quizá no sea verdad...

Pero siempre era cierto.

Todo su vocabulario había pasado a ser el de François. El repertorio de éste, ese repertorio que me había hecho decir a Héléne de Thianges que su conversación era la de un actor, Odile lo repetía a su vez. Hablaba de «vida intensa», de la satisfacción de la conquista e incluso de Indochina. Pero a través del velado espíritu de Odile, los duros temas de François perdían la claridad de sus contornos. Yo los seguía perfectamente a través de ella, pero en Odile los veía deformados, lo mismo que un río, al atravesar un gran lago, pierde el rígido cauce que forman sus riberas y no es más que una sombra imprecisa mordiendo y envolviendo pequeñas ondas.

CAPÍTULO TRECE

TAL NÚMERO de pruebas llegaron a demostrarme, sin ningún género de dudas, que Odile era la amante de François, o, al menos, que lo veía subrepticamente. Y, no obstante, no podía decidirme a tener una explicación con ella. ¿Para qué? Revelaría a Odile tan minuciosas relaciones y tantas coincidencias verbales como mi implacable memoria había registrado. Ella se echaría a reír; me miraría con ternura y me oiría:

¡Qué divertido eres!

¿Y qué contestaría yo? ¿Podía amenazarla? ¿Es que deseaba romper con ella? Y, por otra parte, a pesar de las apariencias, ¿no podía engañarme? Cuando me mostraba sincero conmigo mismo, sabía bien que no me engañaba, pero la vida me era entonces insoportable y me entercaba durante varios días en una hipótesis inverosímil.

Era muy desgraciado. La conducta de Odile y el secreto de sus pensamientos se habían convertido para mí en una obsesión que no me abandonaba nunca. No trabajaba casi nada en el despacho de la calle de Valois; pasaba días enteros con la cabeza entre las manos, soñando y meditando. Por la noche, no podía dormir hasta las tres o las cuatro de la mañana, después de haberle dado vueltas en vano a mis problemas cuya solución era para mí clarísima.

Llegó el verano. Finalizó la estadía de François y se fue a Tolón. Odile parecía muy tranquila y nada triste, lo que me dio una cierta confianza. Ignoraba si él le escribía; en todo caso, yo no veía nunca sus cartas y sentía pasar con menos frecuencia aquella sombra inquietante en las frases de Odile.

No podía hacer uso de mis vacaciones hasta el mes de agosto, porque mi padre tenía que ir en julio a hacer una cura de aguas a Vichy, pero como Odile había estado muy delicada durante el invierno, se acordó que pasara el mes de julio en Trouville, en la villa Choin. Quince días antes de marchar, me dijo:

—Si no te importa, preferiría no hospedarme en casa de tía Cora e ir a una playa más tranquila. No me gusta la costa normanda; hay demasiada gente; sobre todo, en aquella enorme casa...

—¿Cómo es eso, Odile? ¿Te disgusta la gente ahora, habiéndome reprochado tantas veces la poca afición que yo le he tenido?

—Depende del estado de ánimo en que una se encuentre. En este momento, necesito calma y soledad... ¿Crees que pueda encontrar algún lugar

en Bretaña? No conozco del todo Bretaña, pero me han dicho que es muy bonita.

—En efecto, amor mío, pero está muy lejos y no podría ir a verte los domingos como hubiese podido hacer en Trouville. Por otra parte, en Trouville podrás disponer por completo de la casa. La tía Cora no irá hasta primeros de agosto... ¿Por qué cambiar?

Pero era evidente que deseaba ir a Bretaña e insistió tiernamente sobre este propósito hasta que cedí. No podía comprender. Había esperado que me pidiera que la dejara ir a un sitio cerca de Tolón. Esto hubiera sido muy sencillo porque el verano, aquel año, había sido muy caluroso y todo el mundo se quejaba de la humedad de Normandía. A pesar de la tristeza que me inspiró verla partir, experimenté cierto placer al comprobar que ella tomaba aquella dirección que me prestaba confianza. Muy triste, la acompañé hasta la estación. Aquel día, fue particularmente cariñosa conmigo. En el andén, me besó.

—No te aburras, Dickie, diviértete... Si quieres sal con Misa; estará contenta.

—Misa está en Gandumas.

—No, vendrá a París a casa de sus padres la semana próxima.

—Cuando tú no estés, no tengo ningún deseo de salir... Me quedaré solo en casa, muy triste porque te habrás ido.

—No es necesario —dijo, acariciándome la mejilla con maternal ademán—. No merezco que me concedas tanta atención. No soy interesante... Tomas la vida demasiado en serio, Dickie. Y no es más que un juego.

—No es un juego divertido.

—No —dijo. Y esta vez también ella con melancolía—: No es un juego divertido. Sobre todo, es difícil. Se hacen cosas que no se quisieran hacer... Creo que ha llegado el momento de despedirnos... Adiós, Dickie.

Me besó aún, me dedicó desde el estribo una de aquellas sonrisas que me ataban a ella e, inmediatamente, desapareció en el compartimiento. Odiaba los adioses asomada a la ventanilla y, en general, odiaba también todo enternecimiento. Más tarde, Misa me dijo que era dura. Esto no es completamente exacto. Al contrario, ella fue capaz de ser generosa y buena, pero estaba sojuzgada por deseos muy poderosos y, precisamente porque temía verse obligada a resistirse a sí misma por compasión, se negaba a abandonarse a ella. Era entonces cuando su rostro adquiría esa expresión hermética y como impermeable que sólo podía afearla.

CAPÍTULO CATORCE

AL DÍA siguiente, martes, cené en casa de tía Cora. Recibía hasta el mes de agosto, pero, en verano, era menor el número de comensales. Yo estaba sentado al lado del almirante Garnier. Me habló del tiempo y de una tormenta que, por la tarde, había inundado París. Después, me dijo:

—No hace mucho he hablado con su amigo François de Crozant... Quería estudiar las costas de Bretaña, y le he proporcionado una plaza temporal en Brest.

—¿En Brest?

Ante mí, jarros y flores parecieron dar vueltas; creía que iba a desvanecerme. Pero el instinto social es ya tan fuerte en nosotros, que estoy seguro de que llegaríamos a morir fingiendo indiferencia.

—¡Ah! —exclamé—. No lo sabía. ¿Hace tiempo?

—Unos días.

Continué con él una larga conversación a propósito del puerto de Brest, de su valor como base naval, de sus casas viejas y de Vauban. Mi pensamiento se movía sobre dos planos extraordinariamente distintos. En la superficie, formábanse frases triviales y correctas con las cuales mantenía en el espíritu del almirante la impresión de que estaba tranquilo y me sentía contento de aquella magnífica velada fresca y de esas últimas nubes que huían. Pero, en lo más íntimo de mí, y con una voz muriente y velada, me repetía:

“He aquí por qué Odile ha querido ir a Bretaña”.

La imaginaba paseándose con él por las calles de Brest, apoyada en su brazo, con aquella animación suya que yo conocía tan bien y que tanto amaba. Quizás estuviera una noche con él. Morgat, la playa que ella había elegido, no estaba muy lejos de Brest. Acaso, por el contrario, François iría a buscarla a la playa. Sin duda, dispondría de una lancha. Pasearían entre las rocas. Yo sabía de qué modo podía Odile embellecer la naturaleza en el curso de un paseo como éste. Lo que más me sorprendía y extrañaba era que, a pesar de mi sufrimiento, llegué a experimentar por último un duro goce intelectual. El resultado de los horribles problemas que me había planteado desde el momento en que se habían puesto en luego las acciones de Odile, la solución que aparecía a mis ojos con una asombrosa claridad desde que ella había hablado de irse a Bretaña, había sido: “François ya está allí”. Luego, él está allí. Tenía el corazón trastornado y el espíritu casi satisfecho.

De vuelta a casa, pasé toda la noche preguntándome qué iba a hacer. ¿Tomar el tren para Bretaña? Sin duda, llegaría a una pequeña playa donde encontraría a una Odile radiante y tranquila; parecería un loco y ni siquiera podría serenarme porque creería inmediatamente que François habría ido y ya se había marchado, lo que, por otra parte, era inverosímil. Lo que había de terrible en un sentimiento como el mío era que nada podía curarlo, porque todo hecho podía ser interpretado en un sentido desfavorable. Por primera vez, me pregunté entonces:

“¿He de abandonar a Odile? Puesto que su carácter y el mío son tales que jamás podría estar tranquilo, pues ella no quiere ni querrá hacer nada para acomodarse a mi modo de ser, ¿no sería mejor que cada uno de nosotros viviera como le viniese en gana? No tenemos hijos y sería fácil divorciarnos”.

Recordé, entonces, claramente aquel estado de felicidad mediocre y de confianza por el que había pasado antes de conocerla. En aquel tiempo, si bien mi vida no poseía demasiada grandeza ni intensidad, cuando menos, era natural y apacible. Pero, aun formando este proyecto de separación, sabía muy bien que no anhelaba realizarlo y que la idea de vivir sin Odile no era ni siquiera concebible.

Me volví de lado e intenté dormirme contando ovejas e imaginándome un paisaje. Todo es inútil cuando el espíritu está obsesionado. Había momentos en que me enfurecía contra mí mismo.

“¿Por qué amarla a ella y no a otra? —me decía—. ¿Es bella, acaso? Sí, pero también hay otras que tienen hermosas facciones y son más inteligentes. Odile tiene graves defectos. No dice la verdad y esto es lo que más odio en el mundo. ¿Entonces? ¿No puedo librarme de ella, romper este compromiso? —Y me repetía—: Tú no la quieres, tú no la quieres, tú no la quieres”.

Y yo sabía muy bien que no era verdad y que la amaba más que nunca y sin saber por qué.

En otros momentos, me reprochaba haberla dejado partir. Pero, ¿hubiese podido impedirlo? Se me aparecía como arrastrada mida por un sentimiento fatal y poderoso. Fugitivas imágenes de antiguas heroínas habían acudido entonces a mi espíritu. Me había dado cuenta de que a ella le dolía lo que estaba haciendo y que, sin embargo, no podía resistirse a ello. En aquella ocasión, hubiese podido tenderme sobre los raíles, y ella, para reunirse con Franjéis, hubiera pasado con el tren por encima de mí sin la menor sombra de piedad.

Por la mañana, intenté convencerme de que aquella coincidencia no probaba nada y que quizás Odile ignoraba incluso la presencia de François tan

cerca de ella. Pero sabía que esto era falso. Me dormí al alba y soñé que me paseaba por una calle de París, cerca del Palais-Bourbon. La calle estaba iluminada por un farol antiguo y veía a un hombre avanzar rápidamente ante mí. Reconocí la espalda de François, saqué un revólver de mi bolsillo y disparé sobre él. Cayó. Me sentí aliviado y lleno de vergüenza. Entonces, me desperté.

Al cabo de dos horas, recibí una carta de Odile:

Hace un tiempo magnífico. Los roquedales son muy bellos. He conocido en el hotel a una señora que te conoce; se llama señora Jouhan; tiene una casa en los alrededores de Gandumas. Tomo un baño diario. El agua es tibia. Hago excursiones por los alrededores. Me gusta mucho Bretaña. He dado alguna vuelta en barca. Espero que no te sentirás desdichado. ¿Te diviertes? ¿Cenaste en casa de tía Cora el martes último? ¿Has visto a Misa?

Y terminaba:

Te quiero mucho. Te abrazo, amor mío.

La escritura era un poco mayor que su caligrafía natural. Se id vertía con claridad que se había propuesto llenar cuatro páginas para no apenarme y que, al mismo tiempo, le había costado mucho llenarlas. Pensé que había escrito apresuradamente porque él la estaba esperando. Ella le habría dicho: *Es preciso que escriba a mi marido*. E imaginando la cara de mi mujer, en el momento en que pronunciaba estas palabras, no podía evitar encontrarla muy bella y desear vivamente su retorno.

CAPÍTULO QUINCE

MISA me telefoneó la semana siguiente de la partida de Odile.

—Sé que te has quedado solo —me dijo—. Odile se ha ido. Yo también estoy sola. He venido a casa de mis padres porque tenía que hacer algunos recados y tomar un poco el aire de París, pero están ausentes y tengo la casa para mí sola. Ven a verme.

Pensé que, en compañía de Misa, quizás olvidara un poco los terribles y vanos pensamientos entre los que me debatía, y quedé en visitarla aquella misma noche. Me abrió la puerta ella misma; los criados habían salido. La encontré muy linda; vestía una ligera bata de seda rosa copiada de un modelo que Odile le había prestado. Me di cuenta de que había transformado su tocado que era ahora muy semejante al de Odile. El tiempo había cambiado después de la tormenta y ahora, al anochecer, era muy fresco. Misa había encendido un fuego de leños en la chimenea y se había sentado en un montón de cojines ante el hogar. Me senté a su lado y comenzamos a hablar de nuestras familias, del horrible verano, de Gandumas, de su marido y de Odile.

—¿No sabes nada de ella? —me preguntó—. No me ha escrito; se ha portado muy mal conmigo...

Le dije que había recibido dos cartas.

—¿Ha encontrado allí conocidos? ¿Ha ido a Brest?

—No —le dije—. Brest está más lejos del lugar donde ella se encuentra.

Pero me pareció extraña la pregunta. Misa llevaba en el brazo un brazalete de cuentas verdes y azules. Le dije que me gustaba y le tomé la mano para verlo más de cerca. Ella se inclinó hacia mí. Le rodeé la cintura con mi brazo y ella me dejó hacer. La sentí desnuda bajo la bata rosa. Me miró con ansiedad, interrogadora. Me incliné hacia ella, encontré sus labios y sentí bajo mi pecho, como el día que habíamos peleado, la doble y firme resistencia de sus senos. Se dejó caer hacia atrás y allí, ante el fuego, sobre el montón de cojines, fue mi amante. No experimenté ningún sentimiento amoroso, pero la deseé. Y me dije:

“Si no la tomo, pareceré estúpido”.

Nos encontramos sentados ante unos leños agonizantes. Tenía su mano en la mía, y me miraba con una actitud feliz y triunfante. Yo me sentía triste y deseaba morir.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—Pienso en la pobre Odile...

Su actitud se hizo hostil y dos rígidas arrugas se formaron en su frente.

—Escucha —me dijo—, te amo y no quiero que digas ahora cosas ridículas.

—¿Por qué ridículas?

Vaciló y me miró largo rato antes de responder.

—O no comprendes nada —me dijo—, o aparentas no comprender.

Supuse todo lo que iría a decirme y sabía que hubiese sido necesario detenerla, pero quería saber.

—Es cierto —le dije—, no comprendo.

—¡Ah! —exclamó—, creo que lo sabes, pero que amas demasiado a Odile para abandonarla, incluso para hablarte de ello. He pensado muchas veces que es necesario decírtelo todo... Pero soy la amiga de Odile; es difícil para mí... ¡Pero, tanto peor! Ahora, te amo a ti mil veces más que a ella...

Me dijo que era la amante de François, que hacía seis meses que lo era y que ella misma, Misa, había obedecido a la súplica de Odile de enviarme sus cartas para que los sobres, con matasellos de Tolón, no me extrañaran.

—Comprenderás cuán penoso ha sido esto para mí... tanto más cuanto que te amaba... ¿No te has dado cuenta de que te amo hace tres años...? Los hombres no comprenden nada. En fin, ahora ya está. Verás cuán feliz te hago. Te lo mereces. ¡Y te admiro tanto...! Tienes un carácter admirable...

Me abrumó de cumplidos durante varios minutos. Yo no experimentaba placer alguno escuchándola, y pensaba:

“¡Cuán falso es todo esto! No soy tan bueno como aparento. No puedo vivir sin Odile. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué tengo a esta mujer abrazada por la cintura?”.

Pero estábamos sentados muy cerca el uno del otro, como dos felices amantes y yo la odiaba.

—Misa, ¿cómo has podido traicionar la confianza de Odile? Es abominable lo que has hecho.

Me miró con estupor.

—¡Ah! —exclamó—. Ha sido más fuerte que nada... ¡Y eres tú quién la defiende!

—Sí, no me parece bien lo que has hecho, ni aun cuando lo hayas hecho por mí. Odile es amiga tuya...

—Lo era. No la quiero.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te quiero a ti.

—Pero deseo que no me quieras... Amo a Odile tal como es —y miré a Misa con desdén; ella temblaba—, y cuando quiero decirte por qué la amo, no me es posible hacerlo... Creo que porque no me aburre nunca, porque es para mí la vida y la felicidad.

—¡Qué original eres! —dijo con amargura.

—Quizá.

Reflexionó un instante. Después, dejó caer su cabeza sobre mi hombro y me dijo con una pasión que hubiera debido de conmoverme si hubiese sido menos apasionado y menos ciego:

—Pues bien, yo te quiero y te haré feliz aun a pesar tuyo... Te seré fiel y devota... Julien está en Gandumas; no me molesta. Incluso, si quieres, puedes ir a verme allí, puesto que, todas las semanas, pasa dos días en la Guichardie... Verás, has perdido ya la costumbre de la felicidad; yo te la devolveré.

—Te lo agradezco —dije fríamente—; ya soy muy feliz.

Esta escena continuó durante una buena parte de la noche. Nuestra actitud seguía siendo la de dos enamorados y sentía crecer en mí, con ella, un incomprensible y salvaje rencor. Sin embargo, nos separamos cariñosamente, besándonos.

Me juré no volver a verla y, sin embargo, fui a menudo a su casa mientras duró la ausencia de Odile. Misa poseía una audacia increíble y se entregaba a mí en el salón de sus padres, donde, a cada momento, podía presentarse una doncella y sorprendernos. Me quedaba a su lado hasta las dos o las 11 es de la madrugada, casi siempre silencioso.

—¿En qué piensas? —me decía constantemente, intentando una sonrisa agradable.

Y yo pensaba:

“Cuán falsa es con Odile”.

Pero respondía:

—En ti.

Ahora, recuerdo tranquilamente estas cosas, y me doy cuenta de que Misa no era una mala mujer. Pero entonces, la traté muy duramente.

CAPÍTULO DIECISÉIS

POR FIN, una tarde, Odile regresó. Fui a esperarla a la estación. Me había prometido no decirle nada. Sabía perfectamente lo que sería una conversación así con ella. La llenaría de reproches, ella negaría. Le diría lo que me había contado Misa; día diría que me mentía. Y yo sabía que Misa había dicho la verdad. Todo en vano. Yendo por el andén, bajo el olor del carbón y del aceite, entre desconocidos, me repetía:

“Puesto que no soy feliz más que a su lado y puesto que sé que no he de romper con ella, vale más gozar del placer de verla y evitar que se encolerice”.

Y luego, en otros momentos, me decía:

“¡Qué cobardía! Me bastarían ocho días de energía para obligarla a que cambiara o para acostumbrarme a pasar sin ella”. Un empleado colocó la tablilla *Rápido de Brest*, y me detuve.

“En fin —me dije—, todo esto es demasiado estúpido. Supongamos que en mayo de 1909, en Florencia, te hubieses hospedado en otro hotel. Durante toda tu vida hubieras ignorado la existencia de Odile Malet. Sin embargo, hubieses vivido y ido dichoso. ¿Por qué, pues, no volver a empezar en el preciso instante en que te encuentras, suponiendo que ella no exista?”.

Vi entonces a lo lejos la humareda de una locomotora y la curva de un tren deformándose hasta donde yo estaba. Todo me pareció irreal. Ni siquiera podía imaginarme la cara de Odile. Avancé un poco. Las cabezas se asomaban a las ventanillas. Los hombres saltaban del tren en marcha. Se formó, luego, una multitud que se dirigía a la salida. Los maleteros arrastraban sus carretillas. De pronto, vi a lo lejos la silueta de Odile, y, algunos segundos más tarde, se halló a mi lado. Cerca de ella estaba un maletero sosteniendo su maleta gris. Tenía buen aspecto y vi que estaba contenta.

Al subir al coche, me dijo:

—Dickie, vamos a pararnos y compraremos champaña y caviar y nos prepararemos una pequeña cena como hicimos el día que regresamos de nuestro viaje de bodas.

Esto puede parecerle a usted una gran hipocresía, pero era necesario conocer muy bien a Odile antes de juzgarla. Sin duda, había vivido plenamente algunos días en compañía de François; pero ahora estaba

dispuesta a encontrar agradable el instante presente y a hacerlo tan bello para mí como le fuera posible. Me vio triste y que ni siquiera le sonreía. Desesperada, dijo:

—¿Qué es lo que tienes todavía, Dickie?

Mis propósitos de silencio no eran nunca sólidos, y ante ella se desbordaron los pensamientos que deseé ocultar.

—Me han dicho que François está en Brest.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El almirante Garnier.

—¿Que François está en Brest? ¿Y qué? ¿Y eso qué valor tiene para ti?

—Tiene el valor de que está muy cerca de Morgat y que a él le hubiese sido muy fácil haber ido a verte.

—Muy fácil. Tan fácil que, si quieres saberlo, fue a verme. ¿Te disgusta?

—No me lo escribiste.

—¿Estás seguro? Sin embargo, creí... En todo caso, si no te lo escribí fue porque consideré que no tenía importancia. Y así es.

—No para mí. También me han dicho que mantenía contigo una correspondencia subrepticia.

Esta vez Odile se turbó y pareció casi enloquecida; era la primera vez que veía aquella expresión en ella.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Misa.

—¡Misa! Es una miserable. Miente. ¿Acaso te ha enseñado las cartas?

—No. Pero, ¿por qué quieres que haya inventado esto?

—Yo qué sé... Por celos.

—Esto es una bobada, Odile.

Llegamos a casa. Odile tuvo para los criados una sonrisa encantadora. Se dirigió a su habitación, se quitó el sombrero, se miró al espejo para componer sus cabellos y, al verme tras ella con los ojos fijos en su imagen, me sonrió también a mí.

—¡Vaya con Dickie! —exclamó—. No puedo dejarte solo ocho días sin que veas visiones. Eres un ingrato. He pensado en ti constantemente y voy a demostrártelo. Dame la maleta.

La abrió y sacó de ella un pequeño paquete que me entregó. Eran dos libros, dos ediciones antiguas de *Réveries d'un promeneur solitaire* y la *Chartreuse*.

—Gracias, Odile. Extraordinario... ¿Cómo las has encontrado?

—Recorriendo las calles de Brest. Quería traerte algo.

—Así, pues, ¿fuiste a Brest?

—Naturalmente, estaba muy cerca. Había un servicio de embarcaciones y hace diez años que tenía deseos de conocer Brest... Bien, ¿no me besas por mi pequeño regalo? Yo que esperaba haber tenido tanto éxito... No tienes idea de lo que me han costado... Son ediciones raras, Dickie. He invertido en ellas todas mis pequeñas economías.

Entonces, la besé. Ante ella, experimentaba sentimientos tan complejos que ni yo mismo los comprendía. La detestaba y la adoraba. La creía inocente y culpable. La violenta escena que había preparado se convertía en una conversación amistosa y confidencial. Durante toda la velada hablamos de la traición de Misa como si las revelaciones que ella me había hecho —y que, sin duda alguna, eran verdad— concernieran, no a Odile ni a mí mismo, sino a un matrimonio amigo, cuya felicidaduviésemos que proteger.

—Espero —dijo Odile— que no vuelvas a verla.

Se lo prometí.

Jamás he sabido lo que, al día siguiente, pasó entre Odile y Misa. ¿Se dieron explicaciones por teléfono? ¿Fue Odile a ver a Misa? Yo sabía que ella era clara y brutal. Esto formaba parte de este valor casi insolente que encantaba y sorprendía a la vez mi reserva hereditaria y silenciosa. Por mi parte, no volví a ver a Misa; no oí hablar de ella y conservé de aquellas breves relaciones un recuerdo parecido al que deja un sueño.

CAPÍTULO DIECISIETE

CUANDO las sospechas penetran en un espíritu, estallan como minas en serie y destruyen un amor por explosiones sucesivas. La noche de su regreso, la gentileza de Odile, su habilidad y el placer que yo había experimentado volviendo a verla, habían podido retardar la catástrofe. Pero, a partir de ese momento, supimos uno y otro que vivíamos en una zona minada y que un día habíamos de saltar. No podía hablar a Odile, ni aun cuando la amase tanto, sin usar un tono de amargura, por ligera que ésta fuese. Incluso en mis más insignificantes frases, lo mismo que nubes en la lejanía, hallábanse los callados reproches. A la filosofía optimista y alegre que había sido la mía durante los primeros meses de nuestro matrimonio, había sucedido un pesimismo melancólico. La naturaleza que yo había amado tanto desde que Odile me la descubrió, no cantaba para mí más que motivos menores y tristes. Incluso la belleza de Odile no me era tan perfecta y llegué a descubrir en sus rasgos las señales de la falsedad. Pero todo esto era furtivo; cinco minutos más tarde, volvía a ver aquella frente lisa y aquellos ojos cándidos y la amaba de nuevo.

A principios del mes de agosto, partimos para Gandumas. La soledad, el alejamiento y la ausencia completa de cartas recibidas y llamadas telefónicas me confortaron y me dieron algunas semanas de espera. Los árboles, los soleados prados y las umbrías pendientes cubiertas de abetos ejercían un gran poder sobre Odile. La naturaleza le ofrecía placeres casi sensuales de los que participaba su compañero, incluso si éste era yo. La soledad de dos, cuando no se prolonga hasta la saciedad y el hastío, permite una lenta elevación de sentimientos y de confianza que acercan grandemente a aquellos que la gustan juntos.

En el fondo —decía Odile para sí—, él es amable.

Y yo me sentía muy cerca de ella.

Recuerdo, sobre todo, una tarde. Estábamos solos en una terraza desde donde admirábamos un inmenso horizonte de colinas y bosques. Veo aún el erial cubierto de brezos, de la pendiente opuesta a nosotros. Ocultábase el sol; había una gran calma y una dulce paz. Las aventuras humanas parecían minúsculas. De pronto, hablé con Odile de mil cosas tiernas y humildes, pero que las decía ya —es curioso— un hombre resignado a perderla.

—¡Cuán bella hubiera podido ser nuestra vida, Odile...! Te he querido tanto... ¿Te acuerdas del tiempo en que estuvimos en Florencia, cuando no podía permanecer un minuto sin mirarte...? Estoy aún tan cerca de ser así, amor mío...

—Me gusta mucho que me hables de esta forma... Yo también te he amado mucho. ¡Dios mío, y cómo he creído en ti...! Le decía a mi madre: *He encontrado al hombre que me atará... para siempre*. Y después, me he desengañado.

—Por mi causa... ¿Por qué no me cuentas eso?

—Bien lo sabes, Dickie... Porque es imposible. Porque me has colocado demasiado alta. Tu error, Dickie, ha sido pedir demasiado a la mujer. Esperas demasiado de ella. Y ella no puede... Pero, de todos modos, estoy contenta de saber que te acordarás de mí cuando ya no me tengas...

Dijo estas palabras con un tono de profecía dolorosa que me causó una profunda impresión.

—Pero te tendré siempre.

—Tú sabes que no.

Llegaron entonces mis padres.

A menudo, durante aquellos días, acompañé a Odile a mi observatorio, y pasaba largos ratos en su compañía contemplando el minúsculo torrente al fondo de la umbría garganta. A ella le gustaba mucho este lugar; allí, me habló de su juventud, de Florencia, de nuestros sueños a orillas del Támesis, y yo la abrazaba sin que ella se resistiera. Parecía contenta.

“¿Por qué no admitir —pensaba yo— que comenzamos constantemente existencias nuevas y que en cada una de ellas el pasado no es más que un sueño? ¿Acaso soy en este momento el mismo hombre que en este mismo lugar abrazó hace tiempo a Denise Aubry? ¿Acaso Odile, desde que está aquí, ha olvidado a François?

Pero mientras intentaba reconstruir así a toda costa mi felicidad, sabía que esta felicidad era irreal y que, sin duda, el aire de soñadora beatitud que adquiriría Odile debíase seguramente a que pensaba que François la quería.

Había en Gandumas una persona que comprendía con singular lucidez lo que ocurría entonces en mi matrimonio: era mi madre. Le he dicho a usted ya que era buena, me veía enamorado y jamás quiso revelarme sus sentimientos con respecto a mi mujer. La víspera de nuestra partida la encontré por la

mañana, en la huerta, y me preguntó si quería dar un paseo con ella. Miré la hora; Odile aún tardaría en estar preparada, y respondí:

—Sí, me distraerá bajar hasta el valle: no he dado nunca con usted este paseo desde que tenía doce o trece años.

El recuerdo la conmovió y se hizo más confidencial que de costumbre. Al principio, me habló de la salud de mi padre; tenía arteriosclerosis y el médico estaba muy preocupado. Después, mirando las piedras del camino, me dijo:

—¿Qué ha habido entre tú y Misa?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque desde que estás aquí no has ido a verla ni una sola vez... La última semana, les invité a comer y ella rehusó; esto no había sucedido nunca. Me doy cuenta de que ha sucedido algo.

—Sí, ha habido algo, mamá, pero no puedo contárselo... Misa no se ha portado bien con Odile.

Mi madre anduvo algún rato en silencio y luego, a media voz y como a pesar suyo, me dijo:

—¿Estás seguro de que no ha sido Odile quién se ha portado mal con Misa? Escucha, no quiero en modo alguno interponerme entre tu mujer y tú, pero es necesario que te diga, por lo menos una vez, que todo el mundo te censura, incluso tu padre. Eres demasiado débil con ella. Sabes cuánto detesto los chismes; quiero creer que todo lo que se cuenta es falso, pero, si es así, deberías conseguir de ella que no diera lugar a que se diga nada.

Yo la escuchaba haciendo saltar con mi bastón las puntas de las hierbecillas. Sabía que tenía razón y que había callado durante mucho tiempo. Pensé, también, que sin duda Misa le había hablado, y que quizá se lo había contado todo. Mi madre se había relacionado mucho con Misa desde que ésta vivía en Gandumas y la tenía en muy alta estima. Sí, indudablemente, sabía la verdad. Pero al oír este ataque contra Odile, ese ataque justo y mesurado, mi reacción fue la del Caballero y defendí enérgicamente a mi mujer. Afirmé tener en ella una confianza que no poseía, concediendo a Odile virtudes que le negaba cuando hablaba con ella.

El amor crea extrañas solidaridades y aquella mañana me pareció que era mi deber hacer, junto con Odile, frente a la verdad. Según creo, experimenté también el deseo de convencerme a mí mismo de que ella me amaba todavía. Cité a mi madre todos aquellos rasgos que podían demostrar que Odile me amaba: los dos libros que había comprado en Brest con tanto sacrificio; la gentileza de sus cartas y su actitud desde que estábamos en Gandumas. Me

mostré tan apasionado que según creo, quebranté la convicción de mi madre, pero, ¡ay!, no la mía, que era ya demasiado firme.

Y no hablé a Odile de esta conversación.

CAPÍTULO DIECIOCHO

A PARTIR de nuestro regreso a París, la sombra de François volvió a flotar en torno nuestro, imprecisa, pero siempre presente. Desde nuestra ruptura con Misa, ignoraba de qué modo se comunicaba él con Odile. Lo ignoro aún, pero me di cuenta de que mi mujer había adquirido la costumbre de correr al teléfono cada vez que éste sonaba, como si temiese que interrumpiera yo una comunicación que debía serme velada. Sólo leía libros que se refirieran al mar y caía en una voluptuosa languidez contemplando los más insignificantes grabados, con tal de que éstos representasen olas o naves. Una noche, llegó un telegrama a su nombre. Lo abrió y dijo:

—No es nada.

Y lo rompió en pequeños pedazos.

—¿Cómo nada, Odile? ¿Qué es lo que ocurre?

—La modista, que no tenía preparada la prueba.

Sabía por el almirante Garnier, a quien había interrogado, que François estaba en Brest. Hubiese debido de tranquilizarme, pero no podía y tenía razón para no estarlo.

—Y si me dijeras la verdad, la verdad con respecto a todo el pasado... Intentaría olvidar y nos dirigiríamos confiados hacia una nueva vida completamente límpida.

Ella sacudía la cabeza sin malicia, sin rencor, pero con desesperación. No negaba ahora la existencia de ese pasado aun cuando no se decidiese a su confesión, pero ésta era silenciosa, implícita.

—No, Dickie, no puedo, yo sé que es inútil. Todo esto es tan confuso ahora, tan embrollado... No tengo fuerzas para ordenarlo todo... Además, no sabría cómo explicar por qué he hecho o dicho ciertas cosas... No lo sé... No, no hay nada que hacer... Renuncio.

Por otra parte, estas tiernas conversaciones casi siempre concluían como hostiles interrogatorios. Cualquier palabra suya bastaba para causarme extrañeza; me parecía tener una pista y no escuchaba más, la pregunta llegaba hasta mis labios, la retenía un instante ahogándola, y la dejaba escapar. Odile, siempre que podía, intentaba tomarse aquella escena alegremente, pero, al verme serio, concluía por encolerizarse.

—¡Ah, no, no y no! —decía—. Una tarde contigo se convierte para mí en una sesión de tortura. Prefiero irme. Si me quedo aquí, me volvería loca...

Entonces, me calmaba el terror de perderla. Me excusaba con ella, sólo a medias sinceramente, y me daba cuenta de que cada una de aquellas disputas soltaba un poco más una atadura ya frágil. ¿Qué era, sin embargo, lo que la retenía a mi lado si no teníamos hijos? Una gran piedad hacia mí, según creo, e incluso un poco de amor, porque los sentimientos se superponen algunas veces sin anularse y, sobre todo entre las mujeres, existe el curioso deseo de conservarlo todo.

Por otra parte, las ideas religiosas de Odile, rara vez manifestadas, muy debilitadas por la influencia de François, pero todavía vivas, le inspiraban horror al divorcio. Tal vez, ya que no a mí, se sintiera ligada a nuestra vida en común por un amor infantil a los objetos. Amaba aquella casa que ella misma había amueblado con tanto gusto. En su tocador, encima de una pequeña mesa, se hallaban sus libros favoritos y aquel jarrón de cristal veneciano que contenía siempre una flor, una sola, pero siempre muy bella. Cuando se refugiaba en aquella soledad, se sentía al abrigo de mí y de sí misma. Le costaba salirse de este escenario. Abandonarme para vivir al lado de François significaba para ella vivir en Tolón o en Brest durante la mayor parte del año: era renunciar a la mayor parte de sus amigas. Mucho menos que yo, Franjéis no se bastaría a llenar su vida. Me doy cuenta ahora de que precisamente esto era lo que necesitaba Odile, el movimiento a su alrededor y el curioso espectáculo de todas esas diversas almas que los hombres rendían en homenaje a ella.

Pero tampoco comprendía estas cosas. Sufría sintiéndose separada de François; creía que podría encontrar la felicidad si pudiera reunirse con él. François tenía para ella el prestigio de una persona a quien se ha visto poco y que, por no haber sido agotada por el trato, parece rica en inéditas posibilidades. Yo había sido para ella ese personaje mítico y seductor de los tiempos de Florencia y del viaje a Inglaterra. No había podido sobrevivir a la imagen ficticia que ella había hecho de mí. Estaba condenado. Le había llegado ahora el turno a François. También él iba a pasar por las pruebas del conocimiento. ¿Las resistiría?

Creo que si él hubiese vivido en París, sus relaciones con Odile se hubiesen desarrollado casi como todas las enfermedades de este tipo y se hubiera terminado todo sin otro incidente que el descubrimiento por parte de Odile del error cometido por ella al juzgar las cualidades de François. Pero él estaba lejos y ella no podía pasar sin él. ¿Cuáles eran los sentimientos que experimentaba? Lo ignoro. Era imposible que no se sintiera conmovido por la

conquista de un ser tan bello. Al mismo tiempo, si era tal como me lo habían descrito, la idea del matrimonio no debía de seducirle.

He aquí todo lo que yo supe: pasó por París alrededor de Navidad, abandonando Brest entonces para regresar a Tolón. Pasó en París dos días, durante los cuales la conducta de Odile fue de una imprudencia loca. Una mañana, antes de que me fuera al despacho, le avisó él su llegada por medio de una llamada telefónica. Inmediatamente, supe que era él cuando vi la expresión de asombro que se reflejó en la cara de Odile mientras hablaba. Jamás había conocido en ella aquella actitud sumisa, tierna y casi suplicante. Ciertamente ignoraba que, sosteniendo el receptor en la mano y tan lejos de su amante, se traicionaba ante mis ojos con aquella sonrisa tan deliciosa y tan pura.

—Sí —decía—, estoy contenta de oírte... Sí... Sí, pero... Sí, sí, pero... —me miró desconcertada y añadió—: Escucha, vuelve a llamarme dentro de media hora.

Le pregunté con quién había hablado, pero adoptó un aire indiferente y no me contestó, como si no me hubiese entendido. Arreglé mis cosas con objeto de volver a tiempo para almorzar en casa. La doncella me entregó, entonces, una hoja de papel en la que Odile había escrito:

Si vuelves, no te preocupes por mí. Me veo obligada a comer fuera de casa. Hasta la noche, amor mío.

—¿Hace mucho rato que ha salido la señora? —pregunté con extrañeza.

—Sí —dijo la doncella—, alrededor de las diez.

—¿Con el coche?

—Sí, señor.

Comí solo. Después, me sentí tan mal que decidí no volver a la calle de Valois. Quería ver a Odile en cuanto llegara; y estaba decidido a pedirle que eligiera entre nosotros. Pasé una tarde horrible. Hacia las siete, sonó el teléfono.

—¿Oiga? —dijo la voz de Odile—. ¿Es usted, Juliette?

—No —dije—. Soy yo, Philippe.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Conque has vuelto? Escucha, iba a preguntarte si te parecería mal que cenara aquí.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Dónde? ¿Por qué? Ya has comido fuera de casa.

—Sí, pero, escucha, estoy en Compiégne. Te hablo ahora desde Compiégne y, de todos modos, será demasiado tarde cuando llegue para cenar.

—¿Y qué haces en Compiégne? Ya es de noche.

—He ido a pasear por el bosque. El frío seco que hace aquí es delicioso. No creí que comieras hoy en casa.

—Odile, no quiero discutir por teléfono, pero todo esto es absurdo. Ven.

—Pues bien, mañana haré lo mismo. No puedo encerrarme por más tiempo en París.

De nuevo vi en ella la apariencia de implacable resolución que me había sorprendido cuando tomó el tren para Brest y hecho pensar que, si me hubiese tendido sobre los raíles, no hubiera abandonado su propósito por el hecho de tener que pasar por encima de mí.

Fue ella misma quien, al día siguiente, llena de tristeza, me pidió que consintiera en el divorcio y que la dejara vivir con sus padres hasta el momento en que pudiera casarse con François.

Estábamos los dos en su tocador, antes de comer. Me resistí un poco; sabía, desde mucho tiempo, que esto debía acabar así, e incluso su actitud, durante el paso de François por París, me había llevado a pensar que era mejor no verla. Sin embargo, fue muy mezquinó el primer sentimiento que asaltó mi espíritu: pensé que nunca un Marcenat se había divorciado y que, al día siguiente, iba a sentirme muy humillado al contar este drama a mi familia. Me avergoncé de tal modo por haber pensado de esta forma que inmediatamente hice cuestión de honor no ver otra cosa que el interés de Odile. No tardó la conversación en alcanzar un gran tono moral y, como sucedía siempre entre nosotros cuando éramos sinceros, se hizo afectuosa. Nos anunciaron la comida y bajamos los dos al comedor. Sentados uno frente a otro, apenas hablamos a causa de la presencia del criado. Yo contemplaba los platos, los vasos, todos aquellos objetos marcados por el gusto de Odile. Luego, la miré a ella y pensé que era quizá la última vez que tenía ante mí aquel rostro que había podido contener tanta felicidad. Me miró también, y con sus ojos fijos en los míos estaba pálida y pensativa. Quizá, como yo, quería fijar en su memoria para mucho tiempo aquellos rasgos que no volvería a ver. El criado, indiferente y circunspecto, movíase silencioso ante la mesa y el trinchante. La idea de que él lo ignoraba todo, creaba entre Odile y yo una muda complicidad. Después de comer, la acompañé a su alcoba y hablamos larga y gravemente de lo que iba a ser nuestra vida. Me dio algunos consejos. Me dijo:

—Debes volver a casarte. Estoy segura de que para otra mujer serás un marido perfecto... Yo no he nacido para ti... Pero no te cases con Misa; esto

sería para mí muy duro y, además, es mala. Mira, una mujer ideal para ti sería tu prima Renée.

—No sabes lo que dices; no me casaré nunca.

—Sí, sí, es necesario... Y entonces, cuando te acuerdes de mí, no lo hagas con demasiado rencor. Te quiero, Dickie, y sé muy bien cuánto vales. Te aseguro que no te he hecho nunca muchos cumplidos porque soy tímida, y porque no me gusta hacerlos... Pero frecuentemente te he visto hacer cosas que ningún hombre hubiese hecho en tu lugar. He pensado: “Dickie es todo un hombre”. Incluso quiero decirte algo que quizá te satisfará: en muchos aspectos, eres superior a François, sólo que...

—¿Qué? —pregunté.

—Sólo que... me es indispensable. Después de haber pasado algunas horas con él, he experimentado la sensación de sentirme fuerte, de vivir más y mejor. Quizás esto no sea cierto, y hubiese podido ser más feliz a tu lado. Pero estas cosas no pueden evitarse. No ha sido culpa tuya, Philippe. No es culpa de nadie.

Cuando nos separamos, muy avanzada la noche, me ofreció espontáneamente los labios.

—¡Ah! —me dijo—, cuán desgraciados somos.

Algunos días después, recibí una carta suya, una carta benévola y triste. Decía que me había amado durante mucho tiempo y que no había tenido otro amante distinto de François.

Tal es la historia de mi matrimonio. Ignoro si he sabido, al contársela a usted, hacer a la pobre Odile toda la justicia que quería. Hubiese deseado hacerle sentir su encanto, su misteriosa melancolía y sus profundas puerilidades. En torno a nosotros, entre mis amigos y mis padres, después de su partida, todos la juzgaron, naturalmente, con severidad. Yo, que la conocí bien, tanto como era posible conocer a aquella chiquilla silenciosa, pienso que jamás mujer alguna fue menos culpable que la mía.

CAPÍTULO DIECINUEVE

DESPUÉS de la marcha de Odile, mi vida fue muy desgraciada. La casa me parecía tan triste que me angustiaba permanecer en ella. Algunas veces, por la noche, entraba en la alcoba de Odile, me sentaba en una butaca al lado de su lecho, como lo había hecho cuando ella estaba acostada, y pensaba en nuestra vida. Me asaltaban vagos remordimientos; sin embargo, no tenía nada concreto que reprocharme. Me había casado con Odile porque la amaba y en un momento en que mi familia deseaba para mí matrimonio más brillante: le había sido fiel hasta la noche de mi visita a Misa, y mi breve traición había sido ocasionada por la suya. Sin duda, había sido celoso, pero ella nada había hecho para no desvirtuar la confianza de un marido que la amaba y se sentía celoso. Yo sabía que todo esto era verdad, pero me sentía responsable. Comencé a ver una verdad para mí muy nueva con respecto a las relaciones que debían existir entre los hombres y las mujeres: veía a ellas como seres inestables, siempre a la busca de una fuerte dirección que fijara sus pensamientos y deseos errantes; quizás esta necesidad creara para el hombre el deber de ser una infalible brújula y un punto fijo. No basta un gran amor para retener eternamente al ser amado si no se sabe, al mismo tiempo, llenar toda la vida de éste con una riqueza incesantemente renovada. ¿Qué podía encontrar Odile en mí? Todas las noches, llegaba de ese despacho donde siempre había visto a las mismas personas, estudiando las mismas cuestiones y me sentaba en una butaca, contemplando a mi mujer y me sentía feliz viéndola bella. ¿Cómo hubiera podido conocer la felicidad por esa inmóvil contemplación? Las mujeres se dejan atraer naturalmente por los hombres cuya vida está siempre en movimiento y que las arrastran a este movimiento, que les dan una misión y exigen mucho de ellas... Contemplaba el pequeño lecho de Odile. ¿Qué no hubiera dado yo ahora por ver de nuevo en él su cuerpo y su rubia cabeza? ¡Y qué poco había hecho en ese tiempo en que me hubiese sido posible conservarla! En lugar de intentar comprender sus gustos, los había condenado; había querido imponerle los míos. El silencio, casi terrorífico, que me envolvía ahora en aquella casa vacía, era el castigo por una actitud que careció de malicia, pero también de todo acto de grandeza de alma. Debí marcharme, abandonar París, pero me era imposible decidirme a hacerlo. Hallaba una dolorosa felicidad en asirme a los menores objetos que

me recordaban a Odile. Al menos, en aquella casa, por la mañana, apenas despierta, me parecía oír una voz clara y dulce que decía:

—Buenos días, Dickie.

Aquel mes de enero fue un mes de primavera. Los árboles desnudos destacábanse sobre un cielo perfectamente azul. Si Odile hubiese estado allí, se hubiera puesto, como decía, «un pequeño traje sastre», rodeado su cuello con un *renard* gris y hubiese salido muy temprano.

—¿Sola? —le habría preguntado por la noche.

—¡Ah! —me hubiera contestado—, no lo sé.

Y ante este absurdo misterio hubiese experimentado una angustia que ahora echaba de menos.

Pasé muchas noches intentando comprender cuándo había comenzado el mal. Cuando regresamos de Inglaterra, fuimos perfectamente felices. Quizás hubiese bastado para evitarlo, en una primera discusión, una frase pronunciada en un tono distinto, con una dulce firmeza. Nuestro destino estaba determinado por un ademán, una palabra; al principio, el más pequeño esfuerzo hubiese bastado para detenerlo; luego, se puso en movimiento un gigantesco mecanismo. Me daba cuenta ahora de que los actos más heroicos no hubiesen podido hacer renacer en Odile el amor que me había tenido.

Antes de su marcha, convinimos en la forma de plantear nuestro divorcio. Acordamos que le escribiría una carta ofensiva que le permitiera tomar esta decisión contra mí.

A los pocos días, fui llamado al Palacio de Justicia para una conciliación. Fue horrible ver de nuevo a Odile en un escenario semejante. Aguardaba una veintena de parejas; los hombres, separados de sus mujeres por una reja, con objeto de evitar desagradables escenas. Se injuriaban a distancia; algunas mujeres lloraban. Mi vecino, un chófer, me dijo:

—Consuela ver que somos muchos.

Odile me hizo un pequeño ademán con la cabeza, muy dulce, muy afectuoso y supe que la amaba todavía.

Por último, llegó nuestro turno. El juez era un hombre benévolo, de barba gris. Le dijo a Odile que se tranquilizara, y nos habló de nuestros recuerdos comunes, de los lazos matrimoniales. Luego, nos instó a que, por última vez, intentáramos reconciliarnos. Yo dije:

—Desgraciadamente, no es posible.

Odile miraba fijamente ante sí. Parecía sufrir.

“Quizá sienta un poco... —pensaba yo—. Quizá no lo ama tanto como creo... Quizá la ha decepcionado”.

Luego, como quiera que tanto ella como yo callábamos, oí decir al juez.

—Entonces, tengan la bondad de firmar este proceso verbal.

Odile y yo salimos juntos.

—¿Quieres que te acompañe un rato? —le pregunté.

—Sí —dijo—. Hace muy buen tiempo. ¡Qué invierno tan magnífico!

Le recordé que se había dejado en casa muchas cosas que le pertenecían y le pregunté si debía mandárselas a casa de sus padres.

—Como quieras. Pero ya sabes que puedes quedarte con lo que desees. No necesito nada. Por otra parte, no viviré mucho tiempo, Dickie: pronto te librarás de mi recuerdo.

—¿Por qué dices eso, Odile? ¿Estás enferma?

—¡Oh!, no, no es eso. Tengo la impresión... Sobre todo, sustitúyeme pronto; si estás seguro de que puedes ser feliz, esto me ayudará a que yo también lo sea.

—Yo nunca podré ser feliz sin ti.

—Al contrario, verás cuán pronto te consuelas de haberte librado de una mujer insoportable... No lo digo en broma; tú sabes cuán insoportable soy... ¡Qué bonito es el Sena en este tiempo!

Se detuvo ante una tienda. En el escaparate había algunas cartas de navegar. Yo sabía que a ella le gustaban mucho.

—¿Quieres que te las compre?

Me miró con tristeza y ternura, y dijo:

—¡Cuán bueno eres! Sí, hazlo. Será éste el último regalo que tendré de ti.

Entramos para comprar los dos mapas. Luego, llamó a un taxi para llevárselos, se quitó el guante para darme a besar su mano, y me dijo:

—Gracias por todo...

Luego, subió al coche y ya no se volvió.

CAPÍTULO VEINTE

NO FUE mi familia un gran consuelo para mí en la gran soledad en que me encontraba sumido. En el fondo, mi madre se sentía contenta de que me hubiese desembarazado de Odile. No lo decía, porque se daba cuenta de mi sufrimiento y porque en casa de mis padres se hablaba muy poco, pero me daba cuenta de ello y esto me hacía muy difícil la conversación con ella. Mi padre estaba muy enfermo; había tenido una congestión cerebral a consecuencia de la cual se le había paralizado la mano derecha y tenía una ligera deformación en la boca que ensombrecía un poco su bello semblante. Se sabía condenado y se había vuelto muy silencioso y grave. No quise volver a casa de tía Cora, cuyas cenas evocaban para mí demasiados recuerdos tristes. La única persona a quien podía ver entonces sin que me disgustara ni me fastidiase era a mi prima Renée. La encontré, un día, en casa de mis padres. Me demostró mucho tacto y no me habló de mi divorcio. Trabajaba en la preparación de su licenciatura. Se hablaba de que no quería casarse. Su conversación, muy interesante, fue la primera cosa que me apartó de ese perpetuo análisis de dificultades sentimentales en que me consumía. Había entregado su vida a la investigación, a una carrera. Parecía tranquila y contenta. ¿Era posible en ella la renuncia al amor? Por lo que a mí atañía no podía concebir aún otra forma de emplear mi vida que en la devoción a una Odile, pero me daba cuenta de que la presencia de Renée era un sedante para mí. Le pregunté si quería almorzar conmigo y aceptó. La vi con frecuencia. Al cabo de algunos encuentros me familiaricé con ella y le hablé de mi mujer con gran sinceridad, intentando explicarle lo que había amado en ella.

—Cuando te concedan el divorcio, ¿volverás a casarte? —me preguntó.

—Nunca —le dije—. ¿Y tú? ¿No has pensado nunca en casarte?

—No —dijo—, ahora, tengo una carrera; llena toda mi vida. Soy independiente y no he encontrado a un hombre que me guste.

—¿Y todos tus médicos?

—Son camaradas.

Hacia fines de febrero, quise pasar algunos días en la montaña, pero me hizo volver un telegrama en el que me anunciaron que mi padre había tenido una nueva congestión. Al entrar en su habitación, lo encontré agonizante. Mi madre lo cuidaba con una devoción admirable. Recuerdo que, durante la última noche, cuando ya él había perdido el conocimiento, la vi de pie al lado

del cuerpo inerte, enjugando su frente, humedeciendo aquellos pobres labios torcidos; me asombró la serenidad que conservaba en medio de un inmenso dolor y me dije que debía esta calma al sentimiento de la perfección de su vida. Una vida como la de mis padres me parecía muy bella y casi imposible de comprender. Mi madre no había perseguido ninguno de los placeres que anhelaba Odile y la mayor parte de las jóvenes a quienes yo conocía; desde muy joven, había renunciado al romanticismo y a los cambios en la vida. Ahora, hallaba su recompensa. Efectué, entonces, una dolorosa marcha hacia atrás en mi propia vida. Hubiera sido dulce imaginar, al fin de este difícil viaje, a Odile de pie a mi lado, enjugando mi frente ya húmeda por los sudores de la agonía, una Odile de cabellos blancos, dulcificada por la edad, habiendo dejado muy atrás las tormentas de su juventud. ¿Estaré solo algún día ante la muerte? Mi deseo es que esto ocurra lo antes posible.

No tuve noticia alguna, ni aun indirecta, de Odile. Me había dicho que no me escribiría porque suponía que mi dolor había de calmarse más pronto con un silencio absoluto. Ella había cesado ya de ver a nuestros amigos comunes. Y suponía que había alquilado un pequeño hotelito cerca del de François, pero no estaba seguro. Por mi parte, me había decidido a abandonar nuestra casa, demasiado grande para mí solo y que tenía para mí demasiados recuerdos. Hallé un pequeño y agradable piso en la calle Duroc, en un viejo hotel, y me esforcé en amueblarlo tal como le hubiera gustado a Odile. ¿Quién sabe? Quizás un día, dolida y desgraciada, acudiese a pedirme amparo. Con el traslado encontré numerosas cartas escritas por sus amigas. Las leí. Tal vez hice mal, pero no pude resistir el vivo deseo de saber. Ya le he dicho a usted que eran cartas afectuosas, pero inocentes.

Pasé el verano en Gandumas y en una soledad casi completa. No podía hallar un poco de calma excepto cuando me tendía sobre la hierba, lejos de la casa. Entonces, me parecía que se habían roto todos los lazos que me unían a la sociedad, y que, por unos instantes, volvía a establecer contacto con necesidades más profundas y verdaderas. ¿Valía tanto sufrimiento una mujer...? Los libros volvían a sumirme en mi sombría meditación; no buscaba en ellos más que mi dolor y escogía, casi a pesar mío, aquellos que podían hacerme recordar mi triste historia.

En el mes de octubre, volví a París. Algunas jóvenes adquirieron la costumbre de visitarme en mi casa de la calle Duroc, atraídas, como todas las mujeres, por la soledad de un hombre. No quiero hablarle a usted de ellas; no hicieron más que pasar por mi vida. Lo que debo hacer constar ante usted es que, sin ninguna clase de esfuerzo, y no sin sorpresa, recobraba la actitud de

mi juventud. Me comportaba lo mismo que con mis amantes en el tiempo anterior a mi matrimonio; las asediaba por juego, divertido al comprobar el efecto de una frase o de una actitud audaz. Ganada la partida, las olvidaba y buscaba otra para volver a empezar.

Nada hace a un hombre tan cínico como un gran amor no compartido, pero nada también le concede mayor modestia. Me sorprendía saberme amado. Lo cierto es que una pasión sentida intensamente por un hombre atrae a las mujeres hacia él en el momento en que menos las desea. Obsesionado por otra, se convierte, aun cuando sea sentimental y afectuoso, en un hombre indiferente y casi brutal. Siendo desgraciado, llega a dejarse tentar por un amor que se le brinda. En cuanto ha gustado éste, se cansa de él. Sin quererlo, sin saberlo, juega el juego más terrible. Se hace peligroso y vence porque ha sido vencido. Tal era mi caso. Jamás había estado más convencido de mi falta de atracción, jamás había deseado gustar tan poco y jamás había recibido tan evidentes pruebas de devoción y de amor.

Pero mi espíritu estaba demasiado turbado para que me satisficieran estos éxitos. Si consulto mis notas de aquel año de 1913, en medio de las visitas anotadas en aquellas páginas, no hallo más que recuerdos de Odile.

Al azar tomo éstos para usted:

20 de octubre. *Sus exigencias. Cuánto mejor se ama a los seres difíciles. Cuán agradable era componer para ella, con un poco de inquietud, un ramillete de flores silvestres, azuliñas, heliantes y margaritas, o una sinfonía en blanco de yaros y tulipanes blancos...*

Su humildad: “Bien sé yo cómo me desearías... muy grave, muy pura... una gran burguesa francesa... y, sin embargo, sensual, pero contigo solamente... Habrá que lamentarlo por ti, Dickie, yo no seré nunca de este modo”.

Su orgullo modesto. “No obstante, tengo pequeñas cualidades... He leído más que la mayor parte de las mujeres... Sé de memoria muchos buenos poemas... Sé arreglar las flores... Me visto bien... Y te quiero, sí, señor; quizá no lo creas, pero te amo mucho”.

25 de octubre. *Debería de existir un amor tan perfecto que fuera posible, desde el primer instante, poder compartir todos*

los sentimientos con la persona amada. En aquel tiempo en que le conocía mal, había días en que casi sentía agradecimiento a François por ser tan semejante a lo que podía amar Odile... Pero los celos eran demasiado fuertes y François, demasiado imperfecto.

28 de octubre. Amar en otras lo poco de ti que ellas contienen.

29 de octubre. A veces, te sentías cansada de mí, y me gustaba también ese cansancio tuyo.

En otras páginas, encuentro esta breve nota: *He perdido más de lo que poseía.* Esto expresa muy bien lo que ocurría en mí. Presente Odile, por mucho que la amara, observaba en ella defectos que la alejaban un poco de mí. Y estando ausente, volvía a ser la diosa; la adornaba con virtudes que ella no había poseído jamás, y habiéndola modelado por último según la idea eterna de Odile, podía ser para ella el Caballero. Lo que había hecho de nuestro noviazgo un conocimiento superficial y la deformación del deseo, el olvido y el alejamiento lo hacían ahora a su vez, y amaba a la Odile infiel y lejana como nunca había sabido amar a la Odile cercana y cariñosa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

HACIA fines de año, supe el matrimonio de Odile con Franjéis. Fue para mí un doloroso momento, pero la certidumbre de que el mal carecía ya de remedio en lo sucesivo, me ayudó pronto a recuperar el valor de vivir.

Desde la muerte de mi padre, transformé mucho el sistema administrativo de las papeleras. Me ocupaba menos de ellas, y disponía de mayores ratos de ocio. Esto me había permitido volver a tratarme con mis amigos de juventud, que se habían alejado de mí durante mi matrimonio, y en particular, con André Halff, que figuraba ahora en el Consejo de Estado. Veía también, algunas veces, a Bertrand, que, como teniente de caballería, estaba de guarnición en Saint-Germain y venía a París a pasar los domingos. Intenté reemprender mis lecturas y los estudios que había abandonado desde años atrás. Seguí los cursos de la Sorbona y del Colegio de Francia. Descubrí, también, que había cambiado mucho. Y me sorprendía comprobar hasta qué punto los problemas que antes habían llenado mi vida me eran ahora por completo indiferentes. ¿Hubiese podido preguntarme realmente si era materialista o idealista? Toda mi metafísica me parecía un juego pueril.

Aún más que a mis amigos, veía entonces, como ya he dicho, a algunas mujeres jóvenes. Dejaba mi despacho por la tarde, a las cinco. Frecuentaba la sociedad más que antes y comprobaba, incluso con melancolía, que buscaba ahora —quizá para encontrar en ella su recuerdo— los placeres que tanto le había costado a Odile imponerme. Muchas de las mujeres que había conocido en la casa de la avenida Marceau, al saberme solo y libre, me invitaban. El sábado, por la tarde, a las seis, iba a casa de Héléne de Thianges, que recibía semanalmente ese día. Maurice de Thianges, diputado por el Eure, reunía a sus amigos políticos. Al lado de éstos, veíanse escritores, amigos de Héléne, y grandes hombres de negocios, porque Héléne era hija de un industrial, el señor Pascal-Bouchet, a quien veía algunas veces en la casa, recién llegado de Normandía, los sábados por la tarde, con su segunda hija, Françoise. Una gran intimidad unía a los componentes de aquella tertulia. Me gustaba sentarme allí, al lado de alguna joven, y hablar con ella sobre los sentimientos. Mi desengaño me hacía sufrir aún, pero llegué a pasar días enteros sin pensar en Odile ni en François. Algunas veces, oía hablar de ellos. Como Odile se llamaba ahora señora de Crozant, había muchos que ignoraban que había sido mi mujer y que, habiéndola encontrado en Tolón, donde se había hecho

famosa como la mayor beldad de la capital, contaban cosas sobre ella. Héléne de Thianges intentaba entonces hacerlos callar o apartarme de ellos, pero yo prefería escuchar.

Por lo general, se creía que su matrimonio no marchaba muy bien. Yvonne Prévost, que pasaba frecuentes temporadas en Tolón y a quien le pedía yo que me contara francamente lo que supiera, me decía con reticencia:

—Es muy difícil de contar; los veo poco... Mi impresión es que desde el momento en que se casaron, uno y otro sabían perfectamente que cometían un error. Y, sin embargo, ella le ama... Perdóneme que le diga esto, Marcenat, pero usted me lo ha pedido. Ella lo ama mucho más que él a ella, pero es muy orgullosa para demostrarlo. Comí un día con ellos. La conversación era penosa... ¿Comprende? Ella decía esas cosas tan lindas y a veces un poco ingenuas que usted admiraba tanto, y François no podía soportarlas. Es tan brutal, algunas veces... Le aseguro que me dio mucha pena... Veíase que ella intentaba hablarle, que quería hablarle a toda costa de temas que le interesaban..., naturalmente no hablaba bien y François respondía con cierto tono molesto y despreciativo: *Sí, Odile, sí...* Roger y yo estuvimos muy violentos.

Todo el invierno de 1913 a 1914 transcurrió para mí entre ligeras intrigas femeninas, viajes de negocios emprendidos sin una verdadera necesidad y en estudios jamás profundizados. No quería tomarme nada en serio; acercábame con precaución tanto a las ideas como a las cosas, estando siempre dispuesto a perderlas para evitarme el sufrimiento si las perdía. Alrededor del mes de mayo, Héléne de Thianges pudo recibir en su jardín.

Las invitadas se sentaban en cojines, sobre el césped, y los hombres, en la hierba. El primer sábado de junio encontré en su casa a un grupo muy divertido de escritores y políticos, rodeando al abate Cénival. El pequeño perro de Héléne se había sentado a sus pies y ella había dicho con voz grave:

—Señor abate, ¿tienen alma los animales? Porque si no la tienen, no comprendo cómo este perro que tanto ha sufrido...

—Sí, señora —dijo el abate—, ¿por qué no han de tenerla...? Tienen un alma muy pequeña.

—Esto no es muy ortodoxo —dijo alguien—, pero es interesante.

Yo estaba sentado un poco apartado del grupo junto a una americana, Béatrice Howell, y ambos escuchábamos la conversación.

—Yo —me dijo— estoy segura de que los animales tienen un alma... En el fondo, no hay gran diferencia entre ellos y nosotros. Después de comer, he

paseado un rato por el Jardín de Aclimatación. Adoro a los animales, Marcenat.

—Yo también —le dije—, ¿quiere usted que paseemos juntos por el jardín algún día?

—Con mucho gusto... ¿Qué es lo que le decía? ¡Ah, sí! Estuve esta tarde contemplando las focas. Me gustan porque brillan como trozos de caucho mojado. Giraban en redondo en el agua, y sacaban la cabeza cada dos minutos para respirar. Las compadecí, y me dije: “¡Pobres animales, qué vida tan monótona la suya!”. Y después, he pensado: “¿Y nosotros? ¿Qué es lo que hacemos? Damos vueltas en redondo bajo el agua durante toda la semana, y el sábado, alrededor de las seis, sacamos la cabeza en casa de Héléne de Thianges, el martes, en casa de la duquesa de Rohan o de Madeleine Lemaire, y el domingo, en casa de la señora Martel...”. Es exactamente lo mismo. ¿No le parece?

En ese instante, vi entrar al comandante Prévost y a su esposa; su aire preocupado me sorprendió: caminaban sin poder disimular su inquietud, como si la grava del jardín fuera frágil. Héléne se levantó para saludarlos. Yo la contemplé porque me gustaba su graciosa animación cuando recibía a sus invitados.

—Parece usted —le decía siempre— una mariposa blanca que se posa apenas sobre las cosas.

Los Prévost empezaron a hablar con ella y vi que su rostro se ensombrecía. Miró en torno suyo con cierto malestar y, al verme, desvió la mirada. Su grupo se alejó algunos pasos.

—¿Conoce usted a los Prévost? —pregunté a Béatrice Howell.

—Sí —dijo—, he estado en su casa de Tolón. Tienen una casa antigua encantadora... Me gustan los barrios de Tolón. El mar y sus viejas casas francesas... Es un conjunto muy bello.

Algunos invitados se habían unido ahora a Héléne y a los Prévost. El grupo hablaba en voz alta y me pareció oír mi nombre.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté a Béatrice—. Vayamos a verlo.

La ayudé a levantarse y a sacudirse algunas briznas de hierba que se habían adherido a su traje. Héléne de Thianges nos vio y acudió a nuestro encuentro.

—Le ruego que me perdone —dijo a Béatrice—, quisiera hablar unas palabras con Marcenat... Estoy desolada —me dijo— de tener que ser la primera persona en comunicarle una desagradable noticia... En fin, los

señores Prévost acaban de comunicarme que su esposa..., que Odile se ha matado esta mañana en Tolón, disparándose un tiro de revólver.

—¿Odile? —dije—. ¡Dios mío! ¿Por qué?

Imaginé el cuerpo exánime de Odile con la herida sangrante aún, y una frase suya comenzó a dar vueltas en mi cerebro: «Bajo la influencia de Marte, fatalmente condenada...».

—No se sabe —dijo Hélène—. Váyase sin despedirse de nadie. Cuando sepa algo, yo misma le telefonearé.

Al azar, me dirigí hacia el Bois. ¿Qué había pasado? Mi pobre chiquilla, ¿por qué no me llamó si se sentía desgraciada? Con qué loca alegría hubiese corrido en su ayuda, la hubiera llevado a mi casa y la habría consolado. En cuanto vi a François, comprendí que sería el hado adverso de Odile. Volví a experimentar la impresión de ser un padre que ha llevado a su hijo torpemente a un lugar contaminado. Entonces, había sentido la necesidad de salvarla lo antes posible... Y no la había salvado... Odile, muerta... Las mujeres que paseaban a mi lado me miraban con inquietud. Quizás hablaba en voz alta... Tanta belleza, tantos encantos... Me sentí al lado de su lecho, sosteniendo su mano entre las mías, cuando me recitaba:

From too much love of living.

From hope and fear set free...

—*The weariest river*, Dickie —me decía con voz cómicamente doliente.

Y yo respondía:

—No hables de estas cosas, amor mío, me harás llorar.

Odile, muerta... Desde que la conocí, la había mirado con supersticioso temor. Demasiado bella... Un día, en Bagatelle, un viejo jardinero nos dijo a Odile y a mí:

—Cuanto más bella es la rosa, antes se marchita.

Odile, muerta. Y pensaba que, si hubiese podido verla un cuarto de hora antes y morir inmediatamente después con ella, hubiese aceptado en seguida.

No sé cómo volví a casa, ni cómo me acosté. Al amanecer, me dormí y soñé que comía en casa de tía Cora. Estaba allí André Halff, Hélène de Thianges, Bertrand y mi prima Renée. Busqué a Odile por todas partes. En fin, después de una larga inquietud, la encontré tendida en un diván. Estaba pálida y parecía muy enferma, y pensé: “Sí, sufre mucho, pero no está muerta”. ¡Qué pesadilla tan horrible he tenido!

CAPÍTULO VEINTIDÓS

MI PRIMERA intención fue dirigirme a Tolón al día siguiente por la mañana, pero durante ocho horas tuve fiebre y deliré. Bertrand y Andrée me cuidaron solícitamente. Hélène vino varias veces a traerme flores. Cuando recobré mi equilibrio, le pregunté con ansiedad qué era lo que había sabido. Lo que le habían contado, como lo que yo mismo oí en seguida, estaba en contradicción. La verdad parecía ser que François, acostumbrado a una gran independencia, se había cansado del matrimonio. Odile le había decepcionado. Mimada por mí, se había mostrado dulcemente exigente en el momento en que ya François la amaba con menos intensidad. Él había creído que era inteligente, y no lo era, cuando menos en el vulgar sentido de la palabra. Yo lo sabía, pero me tenía sin cuidado. Él había querido imponerle una disciplina de espíritu y de conducta. Odile y François se habían enfrentado violentamente. Mucho más tarde, hace casi seis meses, una mujer me hizo algunas confidencias con respecto a Odile y François. *Es muy bella —le había dicho él— y, realmente, la he querido mucho. Pero su primer marido la había malogrado. Era de una coquetería insoportable. Es la única mujer que me ha hecho sufrir. Me he defendido. La he disecado moralmente... La he tenido desnuda y abierta sobre la mesa... He visto todos los engranajes de sus pequeñas mentiras... Le he demostrado que los veía... Y ella creyó que podía volver a cautivarme con sus encantos... No tardó en comprender que estaba vencida. Lamento, naturalmente, lo que ha ocurrido, pero no tengo ningún remordimiento. No pude hacer nada.*

Cuando tuve conocimiento de esta conversación, François me produjo horror. Sin embargo, algunos momentos lo admiré. Había sido más fuerte que yo, y quizá más inteligente; más fuerte, sobre todo, porque yo había comprendido, como él, a Odile, pero la diferencia entre nosotros consistía en que yo no había tenido el valor de decírselo. ¿Había sido mejor el cinismo de François que mi debilidad? Pensando en ello largamente, tampoco yo tenía nada que reprocharme. Es fácil vencer a las personas y conducir las a la desesperación. Ahora, aun después del fracaso, continúo creyendo que es más bello intentar amarlas a pesar de ellas mismas.

Por lo demás, nada de esto explica claramente el suicidio de Odile. Lo que sí es cierto es que François no se hallaba en Tolón el día en que se mató. Durante la guerra, Bertrand se encontró con un muchacho que, la víspera del

suicidio, había comido con Odile, con otras tres amigas y tres oficiales de Marina. La conversación había sido muy alegre. Bebiendo champaña, Odile había dicho a sus compañeras de mesa:

—¿Sabéis? Me mataré mañana al mediodía.

Había estado muy tranquila durante toda la velada y el desconocido había observado —porque se lo contó a Bertrand— el luminoso resplandor de su belleza.

Estuve un mes enfermo. Luego, me marché a Tolón. Pasé allí varios días cubriendo de flores la tumba de Odile. Una tarde, en el cementerio, una anciana se dirigió a mí y me dijo que había sido la camarera de la señora Crozant y que me había reconocido por haber visto mi fotografía en un cajón de su ama. Me contó, entonces, que durante las primeras semanas, Odile, a pesar de mostrarse muy contenta públicamente, se desesperaba en cuanto se hallaba sola. *Algunas veces —me dijo la mujer—, cuando entraba en su alcoba, me encontraba a la señora sentada en una butaca, con la cabeza entre las manos... Parecía como si mirase a la muerte.*

Hablé largo rato con ella y observé con placer que había adorado a Odile.

Como nada podía hacer en Tolón, decidí irme a vivir a Gandumas a principio de julio. Allí, intenté trabajar y leer. Di largos paseos por los brezales, consiguiendo recuperar el sueño a fuerza de fatiga.

Continué soñando con Odile casi cada noche. Frecuentemente, me veía en una iglesia, en un teatro; a mi lado no había nadie. De pronto, me preguntaba: “¿Dónde está Odile?”. Y la buscaba. Veía pálidas mujeres desmelenadas, pero ninguna se parecía a ella. Y me despertaba.

No trabajaba. Ni siquiera iba a la fábrica. No quería ver a ningún ser humano. Amaba mi tristeza. Cada mañana bajaba solo a la ciudad; desde la iglesia, llegaba hasta mí el sonido del órgano, tan leve, tan fluido que se mezclaba con el aire y parecía un murmullo. Imaginaba a Odile a mi lado, con el vestido claro que llevaba el día en que, por primera vez, habíamos paseado juntos ante los negros cipreses florentinos. ¿Por qué la había perdido? Busqué la palabra o el ademán que habían convertido ese gran amor en esta historia tan triste. No lo encontraba. En todos los jardines había rosas que ella hubiese amado.

Durante uno de estos paseos a Chardeuil, un sábado de agosto, oí el redoblar del tambor y pregonar al guardia rural:

—Movilización de los ejércitos de mar y tierra.

ISABELLE

CAPÍTULO PRIMERO

PHILIPPE, he venido esta tarde a trabajar en tu despacho. Al entrar en él apenas pude creer que tú no estuvieras. Permaneces tan vivo en mí, Philippe... Te veo en esta butaca, con un libro en las manos, encogidas las piernas e inclinado el busto. Te veo sentado a la mesa, cuando tu mirada parecía perderse y no escuchabas lo que te decía. Te veo recibiendo a tus amigos y dando vueltas sin parar, entre tus largos dedos, a una goma y un lápiz. Me gustaron mucho estos ademanes tuyos.

Han pasado ya tres meses desde aquella terrible noche.

—Isabelle, me ahogo —dijiste—, creo que me estoy muriendo. Oigo todavía esa voz que no era la tuya. ¿Podré olvidarla? Lo que más horrible me parece es que, sin duda, morirá todo este dolor mío. Tú sabes cuán triste estaba cuando me dijiste con tu terrible sinceridad:

—Ahora, ya he perdido a Odile para siempre. Ni siquiera recuerdo sus rasgos.

La quisiste mucho, Philippe. Acabo de leer ese largo relato que me enviaste en tiempos de nuestro matrimonio, y he sentido envidia de ella. Esto, cuando menos, quedará de Odile. De mí, nada. Y, sin embargo, también a mí me has querido. Tengo ante mí tus primeras cartas, las escritas en 1919. Sí, entonces me querías; me querías casi demasiado. Recuerdo que te dije, un día:

—Me quieres por trescientas cuando no valgo ni cuarenta, Philippe, y esto es horrible. Cuando te des cuenta de tu error, creerás que valgo diez o cero.

Tú eras así. Me contaste que Odile te decía:

—Esperas demasiado de las mujeres; las colocas demasiado altas, y esto es peligroso.

La pobrecilla tenía razón.

Desde hace quince días, me resisto a un deseo que se hace cada vez más intenso. Me gustaría, para mí misma, fijar mi amor como tú fijaste el tuyo para mí. ¿Crees tú, Philippe, que sabré, aunque torpemente, contar nuestra historia? Sería necesario hacer esto como tú lo hubieras hecho. Me doy cuenta de que será difícil. Frecuentemente, se experimenta la tentación de enternecerse ante uno mismo y pintarnos como hubiésemos querido ser. Yo, sobre todo. Éste era uno de los reproches que me hacías.

—No tengas piedad de ti —me decías.

Pero tengo tus cartas, aquel cuaderno de tapas encarnadas que ocultabas con tanto cuidado, y aquel pequeño Diario que comencé a escribir y que tú me pediste que no lo hiciera. Si lo intentara... Me siento en tu sitio. La imagen de tu mano se agarra a este cuero verde manchado de tinta. Un terrible silencio me rodea. Si lo intentara...

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CASA de la calle Ampère. Las macetas en sus macetones envueltos en paño verde. El comedor de estilo gótico; el bufete, cuyas gárgolas avanzan como un altorrelieve; los sillones en cuyo respaldo está esculpida la cabeza de Quasimodo, tan dura. El salón de damasco rojo, las butacas recargadas de dorado. Mi habitación de soltera, pintada de un blanco que había sido virginal y que ahora se había ensuciado. El cuarto de estudio, cuarto de trastos donde las noches de gala cenaba con mi institutriz. A menudo, la señorita Chauvière y yo teníamos que esperar hasta las diez. Un criado sudoroso, arisco y fatigado, nos traía, en una fuente, un potaje viscoso, de helado tundido. Me parecía que aquel hombre comprendía tan bien como yo el desairado y casi humillante papel que en aquella casa representaba la hija única.

¡Ah, cuán triste ha sido mi infancia! *Eso crees*, decía Philippe. No, no me equivoco. Yo era muy desgraciada. ¿A causa de mis padres? Frecuentemente se lo he reprochado. Ahora, sosegada por un dolor más fuerte, contemplando el pasado con ojos más tranquilos, reconozco que creyeron obrar bien. Pero su método era severo y peligroso y me parece que los resultados lo condenan.

Digo «mis padres» y debí decir «mi madre», porque mi padre, muy atareado, no deseaba de su hija nada, excepto que fuese invisible y silenciosa. Durante mucho tiempo, su alejamiento le dio un gran prestigio a mis ojos. Le consideré un aliado natural contra mi madre porque, dos o tres veces, le había oído responder con divertido escepticismo, cuando ella le denunciaba mi mal carácter:

—Me haces pensar en mi jefe, el señor Delcassé; se coloca detrás de Europa y dice que la hace avanzar... Tú crees que se puede formar a un ser humano. Y no es así. Creemos ser actores y no somos más que espectadores.

Mi madre le lanzaba miradas de reproche y me señalaba con ademán inquieto. No era mala, pero sacrificaba mi felicidad y la suya al temor de peligros imaginarios.

—Tu madre sufre solamente la hipertrofia de la prudencia. Era exacto. Consideraba toda vida humana como un combate para el cual se ha de ser aguerrido.

—Una niña mimada es una mujer desgraciada —decía—; un niño no debe acostumbrarse a creerse rico. Dios sabe lo que la vida le reserva. —Y también —: Hacer un cumplido a una muchacha es hacerle un mal servicio.

Me repetía que estaba muy lejos de ser bella y que me costaría mucho gustar. Sabía que esto no me hacía llorar, pero para ella la infancia era lo que la vida terrenal es a los ojos de los que temen el infierno. Era preciso conducir mi alma y mi cuerpo hacia una salvación temporal, ante la que el matrimonio era una especie de Juicio Final.

Por otra parte, quizás esta educación hubiera sido muy inteligente si yo hubiese poseído, como ella, un alma fuerte, confianza en mí y una gran belleza. Pero, naturalmente tímida, me hice adusta por temor. Desde los once años, huía de la compañía de la gente y buscaba refugiarme en mis libros. Sobre todo, me gustaban apasionadamente los de Historia. A los quince años, mis heroínas predilectas eran Juana de Arco y Carlota Corday; a los dieciocho, Luisa de la Vallière. Hallaba una extraña felicidad leyendo los sufrimientos de la carmelita y el suplicio de Juana de Arco. Me parecía que yo también hubiese sido capaz de un valor físico ilimitado. Mi padre tenía un gran desprecio al miedo y me había obligado, muy pequeña ya, a permanecer sola en el jardín, por la noche. También había querido que durante mis enfermedades fuese tratada implacablemente, sin enternecimientos. Me había acostumbrado a considerar las visitas al dentista como las etapas de una santidad heroica.

Cuando mi padre abandonó el Quai d'Orsay y fue nombrado ministro de Francia en Belgrado, mi madre tomó la costumbre de cerrar, varios meses por año, el hotelito de la calle Ampère y de enviarme entonces a Lozère, a casa de mis abuelos. Allí, todavía era más desdichada. No me gustaba el campo. Prefería los monumentos a los paisajes, y las iglesias, a los bosques. Cuando releí mi Diario de soltera, tuve la impresión de volar en un avión muy lento por encima del desierto del tedio. Me parecía que no terminaría nunca de tener quince, dieciséis y diecisiete años. Mis padres, que, honradamente, creían educarme bien, mataban en mí el instinto de la felicidad. El primer baile, que para tantas mujeres constituye un recuerdo tan alegre y magnífico, aparece en mi memoria unido a penosos y tenaces sentimientos de humillación. Era en 1913. Mi madre había hecho confeccionar mi vestido a su camarera. El traje era de mal gusto y yo lo sabía, pero mi madre experimentaba un gran desprecio por el lujo.

—Los hombres no se fijan en el traje —decía—; no se ama a una mujer por lo que lleva encima.

En sociedad, tuve poco éxito. Era una muchacha torpe que tenía una inmensa necesidad de ternura. Se me consideraba dura, torpe y presumida. Era dura porque pasé mi vida conteniéndome; torpe, porque la libertad de

movimiento o la soltura en la conversación siempre me había sido negada; y presumida, porque, demasiado tímida, demasiado modesta para hablar con gracia de mí misma o de temas divertidos, me refugiaba en temas graves. En los bailes, mi seriedad un poco pedante apartaba de mí a los jóvenes. ¡Ah, de qué forma llamaba a aquel que había de arrancarme de esta esclavitud, de esos largos meses pasados en Lozère, sin ver a nadie, sabiendo por la mañana que nada ocurriría durante el día, excepto un paseo de una hora con la señorita Chauvière! Y yo imaginaba que ese alguien sería bello y encantador. Siempre que en la Opera representaban *Sigfrido*, suplicaba a la señorita Chauvière que consiguiera autorización para llevarme a ella porque, a mis ojos, yo era una valquiria cautiva que sólo podía ser liberada por un héroe.

Mi exaltación subterránea, que había adquirido forma religiosa en el momento de mi primera comunión, halló, durante la guerra, una nueva salida. Desde el mes de agosto de 1914, pedí —puesto que tenía el título de enfermera— ser enviada a un hospital de sangre. Mi padre se hallaba entonces desempeñando su cargo muy lejos de Francia, y mi madre encontrábase ausente con él. Mis abuelos, trastornados por la declaración de guerra, me dejaron marchar. En Belmont, la ambulancia en que empecé a prestar servicio había sido instalada por la baronesa de Choin. La enfermera que dirigía el hospital se llamaba Renée Marcenat. Era una muchacha muy bella, inteligente y orgullosa. Inmediatamente, se dio cuenta de que había en mí una fuerza contenida, pero real, y, a pesar de mi juventud, hizo de mí su ayudanta.

Allí, supe que podía gustar. Renée Marcenat dijo un día delante de mí a la baronesa de Choin:

—Isabelle es mi mejor enfermera; sólo tiene un defecto: es demasiado bonita.

Estas palabras me produjeron un extraordinario placer.

Un alférez de Infantería, a quien habíamos curado de unas heridas leves, me pidió, cuando abandonó el hospital, permiso para escribirme. Los peligros a los cuales le sabía expuesto me impulsaron a responderle con un tono más emocionado del que yo deseaba. Se enterneció y, de carta en carta, me convertí en novia suya. No podía creerlo. Esto me pareció irreal, pero, en aquel tiempo, la vida era inverosímil y todo se hacía rápidamente. Consultados mis padres, me contestaron que lean de Cheverny era de buena familia y que aprobaban mi noviazgo. Pero yo no sabía nada de Jean. Era alegre y apuesto. Vivimos solos cuatro días en un hotel de la plaza de l'Etoile. Más tarde, mi marido se reincorporó a su regimiento y yo volví al hospital. Ésta fue toda mi vida conyugal. Jean contaba con obtener un nuevo permiso

en aquel invierno, pero murió en Verdón, en febrero de 1916. Creí, entonces, que de veras le había amado. Cuando me enviaron sus papeles y una pequeña fotografía mía, encontrada entre ellos, lloré mucho y sinceramente.

CAPÍTULO TERCERO

EN EL momento del armisticio, mi padre acababa de ser nombrado embajador en Pekín. Me pidió que le acompañara y me negué. Me había acostumbrado demasiado a la independencia para soportar aún la esclavitud familiar. Mis medios me permitían vivir sola. Mis padres me autorizaron a transformar en un pequeño departamento el segundo piso de su hotel y asocié mi existencia a la de Renée Marcenat. Finalizada la guerra, mi amiga había ingresado en el Instituto Pasteur, en cuyo laboratorio trabajaba. Prestaba allí grandes servicios y no le costó mucho emplearme con ella.

Le había tomado mucho cariño a Renée. La admiraba. Se comportaba con una autoridad que despertaba mi envidia. Sin embargo, la adivinaba vulnerable. Quería dar la impresión de que había renunciado a casarse, pero en el tono con que me hablaba de uno de sus primos, de Philippe Marcenat, creí adivinar que lo deseaba como marido.

—Es un hombre muy extraño —decía— que parece distante cuando no se le conoce bien, pero que, en realidad, es de una sensibilidad casi impresionante... La guerra le ha hecho un bien separándolo de su vida habitual. Ha nacido tanto para dirigir una fábrica de papel como yo para ser actriz...

—¿Y por qué? ¿Hace otra cosa tal vez?

—No, pero lee mucho; es muy culto... Es un hombre muy interesante, te lo aseguro. Te gustará mucho.

Yo estaba convencida de que ella lo amaba.

Muchos hombres rondaban entonces en torno mío. Las costumbres de la posguerra eran muy libres. Yo estaba sola. Había hallado en ese mundo de médicos y jóvenes sabios algunos hombres que me habían interesado. Pero yo no podía llegar a creerlos cuando decían que me querían. Me obsesionaba el «tú eres desgraciadamente fea» de mi madre, a pesar de los mentís por que había pasado durante mi carrera de enfermera. 1.ª desconfianza en mí misma era muy grande. Pensaba que querían casarse conmigo por mi fortuna o hallar en mí una amante de unas cuantas noches, cómoda y poco exigente.

Renée me transmitió una invitación a una cena de la baronesa de Choin. Frecuentemente, iba ella a su casa los martes.

—No me gusta —le dije—. Me horroriza la sociedad.

—No, verás que ella, reúne casi siempre a gente muy interesante. Por otra parte, el martes próximo irá también Philippe, mi primo, y si te aburres, podremos formar un grupo aparte de tres.

—Entonces, sí —le dije—, me gustará mucho conocerle.

Y era verdad. Renée había despertado en mí el deseo de conocer a Philippe Marcenat. Cuando me contó la historia del matrimonio de Philippe, recordé haber conocido a su mujer y haberla encontrado muy bella. Decíase que la amaba todavía, e incluso Renée, aun cuando era evidente que no había admirado todas las acciones de su prima, reconocía que era imposible hallar un rostro más perfecto.

—Lo único que no puedo perdonarle —decía— es su comportamiento con respecto a Philippe, que es, contrariamente a ella, la lealtad personificada.

Pedí muchos detalles sobre este matrimonio e incluso leí, durante la guerra, algunos párrafos de las cartas de Philippe a Renée y me había gustado aquel tono melancólico.

Me disgustó la morada de la baronesa de Choin, con sus numerosos lacayos. Al entrar en el salón, vi inmediatamente a Renée, de pie al lado de la chimenea, y a su lado, a un hombre muy alto, con las manos en los bolsillos. Philippe Marcenat no era un hombre apuesto, pero su amabilidad lo hacía atractivo. Al serme presentado, por primera vez en la vida, no me sentí tan tímida ante un extraño. Vi, con placer, que me habían destinado en la mesa un sitio a su lado. Después de comer, nos acercó a ambos una maniobra instintiva.

—¿Quiere usted que podamos hablar tranquilamente? —me preguntó—. Acompáñeme, conozco muy bien esta casa.

Me llevó a un salón chino. El recuerdo que surge ahora de aquella conversación no es más que un intercambio de relatos de nuestra infancia. Sí, desde aquella noche, Philippe me contó su vida en el Limousin y nos divirtió encontrar nuestras juventudes y familias tan semejantes. La casa de Gandumas estaba amueblada como el hotelito de la calle Ampère. La madre de Philippe, como la mía, decía también:

—Los hombres no se fijan en el traje.

—Sí —dijo Philippe—, esta herencia campesina y burguesa que es la de tantas familias de Francia, es demasiado fuerte y, en cierto sentido, muy bella también, pero yo he perdido la fe.

—Yo, no —le contesté riendo—. Hay cosas que yo no *puedo* hacer... En este momento, a pesar de que vivo sola, no podría comprar flores o bombones para mí. Esto me parecería inmoral y no me produciría placer alguno.

Me miró con asombro.

—¿De veras? —dijo—. ¿No puede usted comprar flores?

—Puedo hacerlo cuando se trata de una comida o de un té. Pero para mí, por el simple placer de mirarlas, no, no puedo.

—Pero, ¿a usted le gustan?

—Sí, demasiado... En fin, me conformo sin ellas.

Me pareció ver en sus ojos una mirada irónica y triste y hablé de otras cosas. Y sin duda esta segunda parte de nuestra conversación fue la que interesó a Philippe, porque encuentro esta nota en su cuaderno de tapas encarnadas:

"23 de marzo de 1919. Cena en casa de tía Cora. Pasé toda la velada con la señora de Cheverny, la linda amiga de Renée, sentados en el diván del salón y, sin embargo... Tal vez se debiera esto, simplemente, a que estaba vestida de blanco... Dulce, tímida... Me ha costado mucho hacerla hablar. Pero luego, ha adquirido confianza.

"—Esta mañana, me ha ocurrido algo que..., no sé cómo decirlo..., me ha indignado. Una mujer a quien apenas conocía, que ni siquiera es amiga mía, me ha telefoneado para decirme: *Cuidado cómo te comportas, Isabelle; hoy almorzaré contigo*. ¿Cómo puede mentirse de este modo y buscarse, además, un cómplice? Me parece esto una acción muy baja.

"—Hay que ser indulgente; muchas mujeres llevan una vida difícil.

"—Son difíciles porque quieren. Creen que si no se envuelven en una atmósfera de misterio, se morirán de fastidio... Y esto no es verdad. No siempre se tiene necesidad de rozar nuestra sensibilidad con otra. ¿No lo cree usted así?

"Renée vino a sentarse a nuestro lado, y dijo:

"—¿Se puede interrumpir este devaneo?

"Luego, como calláramos uno y otro, se levantó riendo y se marchó. Su amiga quedóse pensativa unos momentos y dijo, luego:

"—En fin, ¿no le parece a usted que el solo amor que merece ser vivido es la confianza total entre dos seres, puro cristal a través del cual puede mirarse sin observar una sola mancha?

"Inmediatamente, debió de pensar que me habría entristecido y enrojeció. Ciertamente, su frase me había herido un poco. Me dirigió, entonces, algunas palabras amables, pero con una torpeza un poco extraña. Momentos después volvió con el doctor Maurice de Fleury. Conversación sobre las secreciones de las glándulas endocrinas.

”—No hay más remedio —dijo—; el médico que no receta está perdido.

”Conversaciones técnicas divertidas. Admiré el talento preciso de Renée. Una magnífica mirada de adiós de su amiga”.

Es cierto. También recuerdo yo la frase que había herido a Philippe. También yo pensé en ello al volver y, a la mañana siguiente, escribí algunas líneas a Philippe Marcenat para decirle cuánto sentía haberme comportado torpemente la víspera al expresar mis sentimientos y mi simpatía, porque, desde hacía mucho tiempo, a través de Renée, sentía una gran amistad por él. Añadía que me consideraría feliz, puesto que él estaba solo, si me visitaba alguna vez. Me contestó:

Su carta, señora, me ha confirmado lo que su rostro me había hecho saber ya. Usted posee esa bondad delicada que da tanto encanto al espíritu. Desde el primer momento en que la vi, me habló de mi tristeza y de mi soledad con una simpatía tan sencilla, tan evidentemente espontánea, que inmediatamente experimenté un sentimiento de confianza hacia usted. Acepto con agradecimiento la amistad que me ofrece. No creo que usted pueda imaginar hasta qué punto me será preciosa.

Invité a Philippe y a Renée a que almorzaran conmigo en mi casa de la calle Ampère. Luego Philippe nos pidió que fuéramos a su casa las dos. Admiré vivamente el pequeño departamento en que nos recibió. Recuerdo, sobre todo, dos admirables Sisley —paisajes del Sena de un color azul lavanda— y sobre la mesa, unas flores de apagados tonos. La conversación fue fácil, divertida y seria a la vez. Era evidente que formábamos un pequeño grupo que había de experimentar un gran placer hallándose reunido.

Luego, fue Renée quien, a su vez, nos invitó a su casa. Aquella noche, él se ofreció a llevarnos al teatro al día siguiente, y tomamos la costumbre de salir con él dos o tres veces por semana. Me divertía ver que Renée, en el curso de nuestros paseos, se esforzaba en demostrar que formaba con Philippe una pareja perfecta y que yo era la invitada. Acepté esta actitud, pero sabía, sin que él me lo hubiera dicho nunca, que Philippe prefería estar a solas conmigo. Una noche, Renée, que estaba enferma, no pudo acompañarme y salí con él. Durante la cena, me habló —y muy bien por cierto— de su matrimonio. Comprendí, entonces, que todo lo que Renée me había dicho de Odile, con todo y ser verdad, era inexacto. Al oír hablar a Renée de Odile, había imaginado a una mujer muy bella, pero muy peligrosa también. Al oír a Philippe, me pareció ver a una frágil muchacha que no había podido o sabido

comportarse mejor. Philippe me interesó mucho aquella noche. Admiré el recuerdo tan tierno que conservaba de una mujer que le había hecho sufrir tanto. Por primera vez, se me ocurrió que tal vez él pudiese ser el héroe que yo había estado esperando.

A fines de abril, salió para un largo viaje. No se encontraba muy bien; tosía mucho y los médicos le habían aconsejado un clima más seco. Recibí una carta de Roma:

Cara signara, le escribo ante mi ventana abierta; el cielo es azul y no se ve nube alguna: en el Foro, las columnas y los arcos triunfales surgen de un vapor arenoso y dorado. Todo es de una increíble belleza.

Luego, una carta de Tánger:

Primera escala de un viaje de ensueño sobre un mar apacible, gris perla y violeta. ¿Tánger? Un poco de Constantinopla, de Asnières y de Tolón. Es sucio y noble a la vez, como lodo el Oriente.

Después, un telegrama fechado en Orán:

La espero a comer el jueves, a la una, en mi casa. Respetuosos saludos, Marcenat.

Aquella mañana, cuando vi a Renée en el laboratorio, le dije:

—Así, ¿el jueves almorzamos en casa de Philippe?

—¿Cómo? —me preguntó—. ¿Ya ha venido?

Le mostré el telegrama; su rostro adquirió una dolorosa expresión que jamás había visto en ella. Pero se repuso en seguida.

—Bien —dijo—. Almorzaréis solos porque yo no he sido invitada.

Me sentí muy desconcertada. Más tarde, supe por el mismo Philippe que la causa principal de su partida había sido poner fin a su intimidad con Renée. Su familia los consideraba novios y esto le había exasperado. Por otra parte, Renée desapareció de su vida sin una queja. Continuó siendo nuestra amiga, una amiga cualquiera, un poco amargada. A través de ella había aprendido a admirar a Philippe. A partir de este instante, aceptó con cruel tristeza todo lo que podía empequeñecerlo. Philippe decía:

—Es muy humano.

Pero yo era menos indulgente.

CAPÍTULO CUARTO

DURANTE todo el verano, Philippe y yo nos veíamos continuamente. Él se ocupaba de sus asuntos, pero siempre disponía a diario de algunas horas de libertad, y sólo iba a Gandumas una vez al mes. Casi todas las mañanas, me telefoneaba y organizábamos para las tardes, si hacía buen tiempo, un paseo, o cenábamos juntos por la noche, o íbamos a un teatro. Para una mujer, Philippe era un amigo exquisito. Parecía adivinar mis deseos para satisfacerlos inmediatamente. Recibía flores de él, un libro del que habíamos hablado u otras cosas que él había admirado durante nuestros paseos. He dicho que había admirado *él*, porque los gustos de Philippe eran muy diferentes de los míos, y únicamente obedecía a los suyos. En ello había un misterio que yo en vano intentaba comprender. Cuando estábamos juntos en un restaurante, en cuanto entraba una mujer, emitía un juicio sobre sus trajes, la particular característica de su elegancia o sobre el carácter que parecía revelar. Con una especie de terror me daba cuenta de que sus impresiones eran casi siempre contrarias a las que yo sentía. Siguiendo mi método habitual, buscaba reglas que me permitieran pensar «como Philippe» para «proceder como Philippe». Pero era inútil. Le decía:

—Esto es muy bonito, ¿no te parece?

—¡Cómo! —decía Philippe con disgusto—, ¿ese traje color salmón? ¡Qué va!

Admitía que él tenía razón, pero no comprendía por qué.

Si se trataba de libros o de obras teatrales, era poco más o menos lo mismo. Desde nuestras primeras conversaciones, me di cuenta de que le extrañaba que considerase a Bataille como un buen autor dramático y a Rostand como un gran poeta.

—Bueno —decía—, *Cyrano* me divirtió mucho e incluso me entusiasmó durante mi juventud. Está bien escrito, pero no a la altura de las obras maestras.

Me parecía injusto, pero no me atrevía a defender mis sentimientos porque me daba miedo chocarle. Los libros que me daba para leer —Stendhal, Proust y Mérimée— me disgustaron al principio, pero no tardaron en gustarme, porque vi por qué le gustaban a él. Nada era tan fácil como comprender los gustos de Philippe; era uno de esos lectores que se buscan a sí mismos en los libros. A menudo, hallaba los suyos cubiertos de notas

marginales que descifraba con dificultad y que me ayudaban a seguir su pensamiento a través del autor. Me interesaba apasionadamente por todo lo que me revelaba su carácter. Lo que más me asombraba era que se tomase tanto trabajo para formarme y distraerme. Sin duda, tenía yo muchos defectos, pero ninguna vanidad; me consideraba tonta, pero bonita. Me preguntaba sin cesar qué era lo que él podía encontrar en mí. Era evidente que le gustaba verme y que deseaba gustarme. No usaba con él coquetería alguna. El respeto a los derechos de Renée me había impedido al principio imaginar siquiera una intimidad con Philippe; era, pues, él quien me había elegido. ¿Por qué? Tenía el sentimiento, agradable e inquietante a la vez, de que veía en mí un alma más bella y rica que la que poseía.

“No se parece a Odile y, sin embargo... Tal vez se debiera esto, simplemente, a que estaba vestida de blanco...”.

En realidad, no me parecía a Odile, pero existen impresiones misteriosas y fugitivas que no son precisamente las que ejercen menor influencia en nuestras vidas.

Es un error decir que el amor es ciego; la verdad es que el amor es indiferente a los defectos o a las debilidades que ve demasiado bien, cuando cree hallar en una persona lo que le importa más que todo y que a menudo es indefinible. Philippe, en el fondo de su corazón y quizá sin confesárselo, sabía que yo era una mujer apacible, tímida y poco interesante, pero tenía necesidad de mi presencia. Esperaba de mí hallarme dispuesta a abandonarlo todo para acompañarle. Yo no era ni su mujer ni su amante, y, sin embargo, parecía exigirme una escrupulosa fidelidad. Tal como acostumbraba después de la guerra, salí varias veces con otros amigos. Se lo dije. Le vi tan disgustado que renuncié a seguir haciéndolo. Me telefoneaba ahora todas las mañanas, a las nueve. Si, por haber tardado en comunicarme con él o por haber llegado demasiado tarde a su despacho, me telefoneaba cuando yo había salido ya de casa para el Instituto Pasteur, le encontraba tan agitado por la noche que terminé abandonando el laboratorio para que siempre estuviese seguro de encontrarme. Así, poco a poco, se iba anexionando mi vida.

Se acostumbró a ir a verme, después de comer, a la calle Ampère. Cuando hacía buen tiempo, salíamos juntos.

Yo conocía muy bien París y me gustaba enseñarle los viejos edificios, las iglesias y los museos. A él le divertía mi erudición tan precisa.

—Tú —me decía riendo— sabes todas las fechas de nacimiento y muerte de todos los reyes de Francia y los números de teléfono de todos los escritores importantes.

Pero le gustaban aquellos paseos. Ahora, sabía lo que le gustaba a él: la mancha de una flor en una pared gris, un rincón del Sena visto apenas a través de una ventana de la isla de Saint-Louis, o un jardín oculto tras una iglesia. Por la mañana, iba sola frecuentemente a explorar el terreno para estar luego segura por la tarde de llevarle a un lugar de su gusto. Íbamos también, alguna vez, a los conciertos. En música, nuestros gustos eran casi los mismos. Esto me chocó porque mis predilecciones musicales no habían sido formadas a lo largo de mi educación sino por los violentos sentimientos que experimenté. Llevamos así una vida íntima y, en ciertos aspectos, casi conyugal, pero jamás me había dicho Philippe que me amaba, incluso repetía con frecuencia que no me quería, lo que favorecía nuestra amistad. Un día en que nos encontramos casualmente en el Bois, en donde efectuábamos un paseo matinal, me dijo:

—Siento tal placer viéndote, que me parece volver a vivir impresiones de mi adolescencia. A los diecisiete años, buscaba por las calles de Limoges a una mujer que se llamaba Denise Aubry.

—¿La amaste?

—Sí. Y me cansé de ella como tú te cansarías de mí si no me dosificara a mí mismo la felicidad.

—Pero, ¿por qué? ¿Acaso no crees en el amor compartido?

—Aun cuando compartido, el amor es terrible. Cierta día una mujer me dijo esta frase que me pareció muy justa: *Un amor que «marcha» muy bien, es decir, tal cual, es difícil; pero cuando no es así, es el infierno*. Y es verdad.

No respondí. Estaba decidida a dejarme llevar por él y hacer lo que deseara. Algunos días más tarde, fuimos juntos a la Opera a ver *Sigfrido*. Fue un gran placer para mí escuchar esta obra al lado de quién se había convertido en mi héroe. Durante los *Murmullos de la selva*, abandoné mi mano, sin darme cuenta, en la de Philippe. Él volvió la cabeza, y me miró interrogante y feliz. Al volver, en el coche, tomó a su vez una de mis manos, la llevó a sus labios y la conservó entre las suyas. Cuando el coche se detuvo ante la puerta, me dijo:

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches, mi buen amigo —le respondí con emocionada alegría.

Al día siguiente, por la mañana, recibí una carta suya que había escrito durante la noche:

Isabelle, ese sentimiento único y exigente, no es solamente amistad...

Me recordó algunas frases de su infancia romántica; me habló de la mujer a quien había llamado «La reina»; y después, de la «Amazona», que le había obsesionado siempre:

Este tipo de mujer que me exaltaba entonces continúa siendo el mismo para mí. Había de ser frágil, desgraciada, frívola y, sin embargo, inteligente. Puedes darte cuenta de que una mujer como Renée no puede asociarse a ella. En cambio, en el preciso minuto en que conocí a Odile, me di cuenta de que era ella a quien había esperado siempre. ¿Qué contarte de esto? Contienes un poco de esa esencia misteriosa que constituye para mí toda la vida y sin la cual hubiese deseado morir. ¿Amor? ¿Amistad? ¡Qué importa la palabra! Es un sentimiento tierno y profundo, una gran esperanza, una inmensa dulzura. Amor mío, siento deseos de tus labios y de tu nuca, donde mis dedos acariciarían tus cabellos recién cortados.

PHILIPPE

Por la noche, salí con él. Se acordó que iríamos juntos a escuchar un concierto de música rusa y que nos encontraríamos en la sala Gaveau. Al llegar, le dije sonriendo:

—Buenas noches... He recibido tu carta.

Él me contestó con cierta frialdad:

—¡Ah, sí!

Y habló de otras cosas. Pero en el coche, de regreso ya, le ofrecí los labios y la nuca que tanto había deseado.

Al domingo siguiente, en el bosque de Fontainebleau, me dijo:

—Tú que eres una wagneriana sabrás darte cuenta exacta de que hay aquí un lugar, cerca de Barbizón, que recuerda la subida del Walhalla. Son inmensas rocas amontonadas bajo los pinos que se elevan hasta el cielo. Es, a la vez, caótico y gigantesco, y, al mismo tiempo, perfectamente ordenado. En fin, enteramente *Crepúsculo de los dioses*. Sé muy bien que no te gustan los paisajes; pero te gustará éste porque es un pequeño teatro.

Me había puesto un traje completamente blanco para identificarme mejor con una walquiria. Philippe lo elogió. A pesar de mis esfuerzos, era muy raro que le gustasen mis trajes. Casi siempre los observaba con aire crítico y no decía nada. Aquel día, me di cuenta de que le gustaba mirarme. El bosque me pareció tan bello como había dicho. A través de las enormes rocas cubiertas de musgo elevábase un sinuoso sendero. Para ayudarme a escalar las rocas, Philippe me tomó varias veces el brazo, y sus manos me tomaron para hacerme saltar. Nos tendimos sobre la hierba y apoyé mi cabeza en su hombro. Los pinos crecían en círculo en torno a nosotros como un pozo vertical y sombrío cuyo brocal contenía el cielo azul.

CAPÍTULO QUINTO

ME PREGUNTÉ si Philippe pensaba hacer de mí su esposa o su amante. Incluso me gustaba esta incertidumbre. Philippe sería el árbitro de mi destino; era preciso que la solución viniera por sí sola. Y yo esperaba con confianza.

Algunas veces, una indicación más precisa parecía aflorar bajo sus palabras. Philippe decía:

—Tengo que hacerte conocer Brujas; es un lugar delicioso... y jamás hemos hecho el menor viaje juntos.

La idea de viajar con él me encantaba; le sonreía tiernamente; pero en días sucesivos, ya no me habló de este viaje.

El mes de julio fue calurosísimo. Todos nuestros amigos se dispersaban yéndose de vacaciones; yo no tenía deseos de abandonar París si había de alejarme de Philippe. Un día, me llevó a cenar a Saint-Germain. Permanecimos largo rato en la terraza. París extendíase a nuestros pies, negro océano en el que se reflejaban las titilantes estrellas de los cielos. Las parejas reían en las sombras. Cantaban voces en las alamedas. Un grillo cercano, en la hierba, parecía arrullarnos. De regreso, en el coche, me habló de su familia y dijo varias veces:

—Cuando vayas a Gandumas... Cuando conozcas bien a mi madre...

La palabra *matrimonio* jamás había sido pronunciada.

Al día siguiente, por la mañana, partió para Gandumas y pasó allí quince días, durante los cuales me escribió mucho. Antes de volver, me envió un largo relato, del cual ya he hablado, en el que me contaba su vida con Odile. Todo aquello me interesó mucho y me sorprendió. Descubrí un Philippe ansioso y celoso que no había imaginado jamás; un Philippe cínico también tras ciertas crisis. Comprendí que había querido aparecer a mis ojos tal como era para evitar toda sorpresa desagradable. Pero este relato no me asustó. ¡Qué me importaban a mí sus celos! Yo no tenía la intención de engañarle. ¿Qué me importaba que algunas veces quisiera divertirse con mujeres jóvenes? Yo estaba dispuesta a aceptarlo todo.

Todo en sus conversaciones y modo de proceder dejaba ahora adivinar que estaba decidido a casarse conmigo. Me sentía feliz y, sin embargo, una ligera inquietud turbaba un poco mi felicidad: una cierta desazón que había advertido en él algunas veces cuando me escuchaba o me veía moverme de un

lado a otro, y que me parecía ahora más viva y más frecuente. A veces, en el curso de algunos de nuestros encuentros, que habían comenzado en una perfecta comunión espiritual, había experimentado la sensación de ver de pronto, a causa de una palabra mía, que su actitud se hacía triste y pensativa. Silenciosa a mi vez, trataba entonces de recordar lo que había dicho. Todas mis frases me parecían inocentes. Intentaba comprender qué era lo que le había chocado, y no lo conseguía; las reacciones de Philippe me parecían misteriosas e imprevisibles.

—¿Sabes lo que deberías hacer, Philippe? Decirme todo lo que te disgusta de mí. Yo sé que hay ciertas cosas... ¿Me equivoco?

—No —dijo—, son cosas sin importancia.

—Me gustaría mucho conocerlas y tratar de corregirlas.

—Bien —contestó—, la próxima vez que me vaya fe las escribiré.

A fin de mes, estando en Gandumas por dos días, me envió la siguiente carta:

Gandumas, por Chardeuil (Haute-Vienne).

Lo que me gusta de ti: Lo que no me gusta de tí:

Tú.

Nada

“Sí, en cierto modo, esto es verdad, pero no del todo. Sería preferible acaso registrar los mismos rasgos en las dos columnas, porque hay pormenores que me gustan como fragmentos de ti, pero que no me gustarían en otra persona.

”Veamos, pues”.

Lo que me gusta de ti:

Tus ojos negros, tus
largas cejas, la línea de
tu cuello y tus hombros:
tu cuerpo.

Lo que no me gusta de tí:

La rigidez un poco torpe de
tus ademanes. Tu actitud de
niña a la que se pilló en una
travesura

Lo que me gusta de ti:

Sobre todo, una mezcla de
valor y debilidad, de audacia
y de timidez, de pudor y de

Lo que no me gusta de ti

Sobre todo, la
resistencia a aceptar la
vida tal como es; un
idealismo de revista

pasión. Hay en ti algo de heroico: aunque está muy bien escondido bajo una ausencia de voluntad hacia las pequeñas cosas. Pero existe.

Tu aspecto de niña.

Tus trajes deportivos.

Tu pequeña alma concienzuda, tu simplicidad. Tus libros y tus cuadernos, tan sumamente cuidados.

Tu discreción.

Tu modestia.

anglosajona; un sentimentalismo un poco irritante... Tu severidad para con las debilidades de los demás.

Tu aspecto de señora de edad.

Tu traje amarillo; los adornos de tus sombreros (una pluma azul); tu vestido de puntilla ocre: todo lo recargado, lo que altera la línea.

Tu economía; tu prudencia casera y sentimental.

Tu falta de locura.

Tu falta de orgullo.

”Podría continuar escribiendo aún largo rato en la columna de la izquierda. Todo lo que escribo en la de la derecha es inexacto. Al menos habría que añadir:

Lo que me gusta en ti:

Lo que no me gusta en ti.

“Porque todo esto forma parte de ti y no deseo transformarte, sino en ciertas pequeñas cosas que aparecen colocadas sobre tu «yo» real. Ve, por ejemplo... Pero tengo que trabajar un poco. La casa Hachette me pide que le fabrique un papel especial para una publicación nueva y acaba de entrar el encargado para someter una «composición» a mi juicio. ¡Cuánto me cuesta apartarme de una carta destinada a ti! Todavía una frase más:

Lo que me gusta de ti:

Esa durable y voluptuosa ensoñación en la que caigo cuando pienso en ti.

Cuenta Chamfort que una dama decía al caballero de B.: “Lo que me gusta de usted...”. “¡Ah —interrumpió el caballero—, si usted lo supiera estaría perdido...!”.

”Lo que me gusta de ti, Isabelle...”

Philippe.

También a mí me hizo pensar mucho esta carta. Recordaba las miradas críticas de Philippe. Desde hacía tiempo, había observado que concedía una singular importancia, no sólo a la menor de mis conversaciones, sino también a mis trajes, mis sombreros y a todos los pormenores de mi tocado, y esto me había entristecido, humillándome casi. Con sorpresa, reconocía ahora en mí algo de la manera de pensar de mi madre y su instintivo desprecio por el lujo. Descubrir que a Philippe, a mi héroe, le preocupaban todas estas cosas, me asombraba. Comprendía que fuese distinto de mí, pero me parecía indigno de él que pensara tanto tiempo en cosas tan pequeñas. Sin embargo, él era así y yo quería gustarle. Yo había, pues, hecho esfuerzos para parecerme a aquella que creía deseaba. No lo había logrado exactamente y lo que más me inquietaba era que no veía con claridad lo que quería. ¿Mi economía? ¿Mi falta de locura? Sí, era verdad. Procedía con mesura y prudencia.

“¡Qué extraño! —me decía a mí misma—. Durante toda mi infancia fui una criatura romántica, en rebeldía contra un medio austero y razonable; y ahora, Philippe me contempla como un espectador y parece descubrir en mí huellas hereditarias que creí no tener”.

Leía y releía, defendiéndome a pesar mío: *Tu actitud de niña a la que se pilla en una travesura...* Pero ¿cómo, Philippe, no había de tener yo esa actitud de niña gruñona? Había sido educada severamente, con una severidad que tú no serías capaz de imaginar. No podía salir de casa sin que me acompañara la señorita Chauvière o mi madre. Tu Odile, Philippe, había pasado su infancia al lado de unos padres indiferentes que la dejaban en plena libertad... Tú has sufrido las consecuencias... ¿Mi sentimentalismo un poco irritante...? ¡Es que ha sido tan poco sentimental todo lo que me ha rodeado...! Pido al amor un clima tibio, acariciador, que la familia me ha negado... ¿Mi modestia? ¿Mi falta de orgullo...? ¿Cómo podía estar segura de mí cuando, durante toda mi infancia, se me decía que era imperfecta y mediocre...?

Cuando volvió Philippe, intenté repetirle esta apasionada defensa, pero él sonrió y se mostró tan tierno que inmediatamente olvidé su carta. La fecha de nuestro matrimonio fue fijada y entonces, me sentí dichosa por completo.

Mis padres vinieron para asistir a la ceremonia. Les gustó Philippe. Por su parte, se sintió complacido ante la distante ironía de mi padre y me dijo que la

austera severidad de mi madre estaba llena de una poesía «muy Marcenat». A mi familia le extrañó que no efectuáramos un «viaje de bodas». Yo lo había deseado: ver Italia o Grecia en compañía de Philippe hubiese sido para mí un inmenso placer, pero me había dado cuenta de que él no lo deseaba, y no insistí. Comprendía lo que experimentaba él en aquellos momentos, pero mis padres daban gran importancia a la observación del «protocolo de la felicidad»; y mi madre, el día de la boda, predijo a mi matrimonio un peligroso porvenir.

—No des a tu marido la impresión de que le amas demasiado —me dijo—, o estás perdida.

—Soy yo quien ha de velar por mi felicidad.

CAPÍTULO SEXTO

LOS TRES primeros meses de vida conyugal constituyeron para mí el más armonioso de los recuerdos. Placer perfecto de vivir con Philippe. Paulatino descubrimiento del amor. Inteligencia de los cuerpos. Delicadeza de su bondad, de sus atenciones. Todo me parecía fácil y encantador a tu lado, Philippe. Hubiese querido apartar de tu memoria todos los recuerdos melancólicos, darte todas las alegrías, sentarme a tus pies, besar tus manos. Me sentía tan joven... Mi infancia se perdía en el pasado, olvidaba mi duro trabajo de la guerra y mi desorden de mujer sola; la vida era bella.

Pasamos los tres primeros meses en Gandumas, que me gustó mucho. Había deseado conocer aquella casa y el parque donde Philippe había crecido. Philippe, niño; Philippe, muchacho; y pensaba en esto con una ternura a la vez voluptuosa y maternal. Mi suegra me mostraba fotografías, cuadernos escolares y rizos de cuando era niño. Me pareció una mujer razonable e interesante. Teníamos muchos gustos comunes y el mismo temor tierno e inquieto ante un Philippe que no era enteramente el que ella había educado. Decía que la influencia de Odile sobre él había sido profunda y no muy buena.

—Nunca, antes de su matrimonio —decía ella—, lo hubiese visto inquieto y nervioso. Era un espíritu firme y equilibrado; se interesaba mucho por sus lecturas y su trabajo y se parecía en todo a su padre, que era, antes que nada, esclavo de su deber. Bajo la influencia de su mujer, Philippe se hizo mucho más... difícil. Se ha vuelto superficial, pero su naturaleza continúa siendo la misma. En fin, no me sorprendería que, al principio, te extrañara un poco.

Hice que me hablara de Odile. No le había perdonado que hiciera desgraciado a Philippe.

—Pero mi madre —le dije— la adoraba, la quiere aún. Esto significa que había algo en ella.

—Yo creo —contestó mi suegra— que será mucho más feliz contigo y tengo que agradecerte esto.

Tuvimos varias conversaciones dignas de haber sido escuchadas por un observador, por el papel que desempeñaba yo defendiendo a esa Odile mítica creada por Philippe y que él me había transmitido.

—Me sorprendes —decía mi suegra—. Pretendes conocerla mejor que yo y jamás hablaste con ella... No, te lo aseguro; no tengo para aquella criatura

más que un sentimiento de piedad, pero hay que decir la verdad y te la describo como la he visto.

El tiempo pasaba con una rapidez que poseía, no obstante, un gran encanto. Parecía como si mi vida hubiera comenzado el día de mi matrimonio. Philippe había de marcharse por la mañana a la fábrica, y elegía para mí unos cuantos libros. Algunos de ellos, los filosóficos sobre todo, eran muy herméticos para mí, pero cuando trataban del amor, los leía con gusto. En un pequeño cuaderno, copiaba las frases que Philippe había escrito con lápiz, al margen.

Hacia las once, me iba al parque. Me gustaba mucho acompañar a mi suegra por la ciudad-jardín que ella, en recuerdo de su marido, había construido en los declives que daban al valle del Loue. Era un grupo de casas bien acondicionadas, que Philippe encontraba feas, pero que eran cómodas y confortables. En el centro de esa ciudad, la señora Marcenat había creado un interesante conjunto de instituciones colectivas. Me mostró su escuela doméstica, la enfermería y el asilo. Yo la ayudaba, y mi experiencia de la guerra me servía de mucho. Por otra parte, la organización y el orden me habían interesado siempre.

Encontraba la misma satisfacción en ir con Philippe a la fábrica. En pocos días, me puse al corriente de su trabajo, lo que me divertía. Me gustaba sentarme frente a él, ante su mesa llena de papeles de todos los colores, leer las cartas de los administradores de periódicos y editores y escuchar a sus obreros. Algunas veces, cuando habían salido todos los empleados, me sentaba en las rodillas de Philippe, que me abrazaba entonces mirando inquieto a la puerta. Veía, con alegría, que tenía una constante necesidad de mi cuerpo; cuando me hallaba a su lado, rodeaba mi cuello o mi talle con sus brazos; descubría que en él el ser más verdadero era el amante, y yo también hallaba en mí una deliciosasensualidad que había ignorado siempre y que iluminaba ahora toda mi vida.

Me gustaba ese Limousin un poco salvaje que sentía impregnado de Philippe. El único lugar que rehuía allí era ese famoso observatorio que se hallaba en el parque donde había estado primero con Denise Aubry y después, con Odile. Comencé a experimentar unos extraños y póstumos celos. Algunas veces, quería saber. Interrogaba a Philippe con respecto a Odile con una aspereza casi cruel. Pero estos estados de humor eran fugitivos. Mi única inquietud era descubrir que Philippe no se sentía feliz como yo. Me amaba, no puedo dudarlo, pero no sentía como yo un maravilloso agradecimiento a esa vida nueva.

—Philippe —le decía algunas veces—, gritaría de felicidad.
—¡Qué niña eres, Dios mío! —me respondía.

CAPÍTULO SÉPTIMO

A PRINCIPIOS de noviembre, regresamos a París. Le había dicho a Philippe que deseaba conservar las habitaciones que había ocupado hasta entonces en la casa de mis padres.

—Tienen toda clase de ventajas. No pagamos alquiler, disponemos de muebles y son lo suficientemente grandes para los dos. Mis padres no nos molestarán porque no viven en París, excepto unas semanas al año. Si más tarde vuelven a Francia y se instalan en la calle Ampère, será entonces cuestión de buscar otra cosa.

Philippe se negó.

—¡Qué extraña eres, Isabelle! —me dijo—. Yo no podría vivir en esa casa; es fea y está mal decorada. En techos y paredes hay unos inverosímiles relieves de yeso. Tus padres no nos consentirían nunca que transformásemos esas habitaciones. Te aseguro que sería un gran error vivir allí... Me encontraría a disgusto en tu casa.

—¿Incluso conmigo, Philippe...? ¿No te parece que lo importante en la vida son las personas y no los decorados?

—Naturalmente; estas cosas están muy bien para dichas, e incluso pueden parecer justas y verdaderas... Pero si empezamos otra vez con tu superficial sentimentalismo, estamos perdidos... Si me preguntas: “¿Incluso conmigo?”, me veré obligado a decirte: “No, amor mío”, pero esto no será verdad. Sé que me disgusta esa casa.

Cedí, pero quise llevarme a la casa que había alquilado Philippe los muebles que me pertenecían y que me habían dado mis padres.

—¡Pobre Isabelle! —dijo Philippe—. ¿Qué es lo que tienen esos muebles para que valga la pena conservarlos...? Quizás esos taburetes blancos, para el cuarto de baño, una mesa para la cocina, si quieres, y algún armario ropero. Todo lo demás es horrible.

Me sentí desolada. Sabía perfectamente que aquellos muebles eran feos, pero los había visto siempre y no me disgustaban; al contrario, me sentía a gusto entre ellos y me parecía una locura comprar otros. Sabía que mi madre, a su regreso, me recriminaría severamente y que en el fondo de mi corazón había de darle la razón.

—¿Qué quieres que hagamos entonces con esos muebles, Philippe?

—Venderlos.

—Sabes que los pagarán muy mal; en cuanto uno tiene que prescindir de algo, todos dicen que no vale nada.

—Sin duda. Pero no tienen ningún valor. Ese comedor de falso estilo Enrique II... Es sorprendente, Isabelle, que muestres un apego tan grande a esos horrores que ni siquiera han sido elegidos por ti.

—Sí, quizás estoy equivocada, Philippe; haz lo que te parezca.

Esta pequeña escena se repitió tan a menudo con respecto a los objetos más insignificantes que incluso acabé por tomármelo a broma. Pero en el cuaderno de Philippe hallo estas palabras:

“Dios mío, cierto que todo esto no tiene ninguna importancia. Isabelle es perfecta en otras cosas: en su abnegación, en su deseo de hacer felices a todos los seres que la rodean... Ha transformado, en Gandumas, la vida de mi madre... Quizá precisamente por no poseer gustos tan destacados parece siempre preocupada en adivinar los míos para satisfacerlos. Ante ella no es posible expresar el menor deseo, sin que, al día siguiente, aparezca con un paquete conteniendo lo que yo quiero. Me mimó como se mima a un niño, como mimé a Odile. Pero me doy cuenta, con tristeza y horror, que tanta amabilidad me aleja constantemente de ella. Me lo reprocho y lucho contra eso, pero no puedo hacer nada... Hubiese querido... ¿Qué? ¿Qué ha sucedido? Ha sucedido lo que, según creo, sucede siempre en mí: he querido encarnar en Isabelle a mi Amazona, a mi Reina y también, en cierto modo, a Odile, que, en mi recuerdo, se confunde ahora con la Amazona. Sin embargo, Isabelle no es ese tipo de mujer. Le he confiado un papel que ella no puede representar. Lo grave es que lo sé, que intento amarla tal como es ella y que comprendo que es digna de ser amada y que sufre.

”Pero, ¿por qué, Dios mío, por qué? Poseo esa felicidad tan rara que se llama un gran amor. Me he pasado la vida deseando el romanticismo e invocando lo romántico para mí; lo tengo y no lo quiero. Amo a Isabelle y experimento cerca de ella un tierno, pero invencible fastidio. Ahora comprendo cuánto he debido aburrir antes a Odile. Tédio que nada tiene de hiriente para Isabelle, como no lo tuvo para mí, porque no lo causa la mediocridad del ser que nos ama, sino simplemente porque este ser, satisfecho con la presencia del ser amado, no busca ni tiene razón para buscar la forma de llenar la vida y hacer vivir cada minuto... Anoche, estuvimos Isabelle y yo en la biblioteca. No tenía deseos de leer, me hubiese gustado salir, ver caras nuevas, moverme. Isabelle, contenta, apartaba de vez en cuando la vista de su libro y me sonreía”.

¡Oh!, Philippe querido, silencioso Philippe, ¿por qué no has hablado? Yo sabía tan bien esto que anotas a escondidas... No, tú no me hubieras hecho daño diciéndome estas cosas; ni contrario, quizá me hubieses curado. Quizá, si nos lo hubiésemos dicho todo, hubiéramos podido reunirnos. Sé que era imprudente cuando te decía:

—Cada minuto es precioso para mí... Ir en coche contigo, buscar tus ojos, sentados a la mesa, oír la puerta cuando llegabas...

Cierto es que yo entonces sólo tenía una idea fija: estar a tu lado. Mirarte y oírte me bastaba. No tenía ningún deseo de ver caras nuevas; me tenían sin cuidado, pero si hubiese sabido que tú tenías tan viva necesidad de ellas, quizás yo hubiera sido diferente.

CAPÍTULO OCTAVO

PHILIPPE había querido presentarme a sus amigos. Me sorprendió ver que tenía tantos. No sabía por qué había imaginado que su vida era más recoleta. Todos los sábados pasaba la tarde en casa de la señora de Thianges, que parecía ser su gran confidente y por cuya hermana, la señora Antoine Quesnay, sentía una gran simpatía. Aquella reunión era muy agradable, pero me asustaba un poco. A pesar mío, me acercaba a Philippe. Me di cuenta de que le irritaba hallarme siempre en el mismo grupo que él, pero no podía evitar seguirle a todas partes.

Todas las mujeres me acogieron con gran gentileza, pero yo no daba pie a intimar con ellas. Tenían una soltura y confianza en sí mismas que me asombraba y molestaba. Sobre todo, me sorprendía su intimidad con Philippe. Había entre ellas y él una camaradería de la que jamás había visto ejemplo alguno en mi familia. Philippe salía con Françoise Quesnay cuando se encontraba sola en París, o con Ivonne Prévost, esposa de un marino, o con una muchacha que se llamaba Thérèse de Saint-Cast, que escribía versos y me era antipática. Estas salidas parecían muy inocentes. Philippe y sus amigas iban a ver exposiciones de pintura y, algunas veces, por la noche, al cine, y los domingos por la tarde, a oír un concierto.

Al principio, me invitó siempre a que le acompañara y algunas veces lo hice. Pero esto no había sido agradable para mí. Philippe mostraba aquellos días una animada alegría que nunca le conocí conmigo. El espectáculo de su gozo me hacía daño. Particularmente, me molestaba interesándose por tantas mujeres. Creo que hubiese soportado mejor una pasión única e irresistible. Esto, sin duda, hubiese sido terrible y mucho más peligroso para mi matrimonio, pero, al menos, el mal hubiera sido tan grande como mi amor. Lo que me resultaba penoso era ver a mi héroe conceder tanta importancia a seres amables quizá, pero que a mí me parecían muy mediocres. Un día, me atreví a decirle:

—Philippe, quisiera comprenderte. ¿Qué placer encuentras viendo a Yvonne Prévost? No es tu amante, me lo has dicho y lo creo, pero, ¿qué representa ella entonces para ti? ¿Te parece inteligente? A mí me aburre más que nada.

—¿Yvonne? No, no es aburrida. Pero hay que hacerla hablar lo que sabe. Es hija y esposa de marinos; conoce muy bien los barcos y el mar. En la

primavera última, pasé algunos días en el Mediodía con ella y su marido; navegamos en una embarcación a vela; fue muy divertido... Además, es muy alegre, está bien formada y da gusto mirarla. ¿Qué más se puede desear?

—¿Para ti? Mucho más... Comprende, amor mío, que a mí me pareces digno de mujeres más interesantes; sin embargo, prefieres muchachas listas, pero triviales.

—¡Qué injusta y severa eres! Héléne y Françoise, por ejemplo, son dos mujeres interesantes. Además, son dos antiguas amigas mías. Antes de la guerra, cuando estuve enfermo, Héléne se portó admirablemente conmigo. Fue a cuidarme y quizá me salvó... ¡Qué extraña eres, Isabelle! ¿Qué es lo que deseas? ¿Qué prescindas de la humanidad entera para estar solamente a tu lado? Pero al cabo de dos días, estaría aburrido... y tú también.

—¡Oh, no! Yo, no. Yo estoy dispuesta a encerrarme contigo en una cárcel hasta que me muera. Pero tú no lo soportarías.

—Tú, tampoco, mi pobre Isabelle. Deseas esto porque no te encuentras en esa situación. Si te hiciera llevar una vida así, me tendrías horror.

—Inténtalo, y verás. Escucha, se acercan las Navidades. Vámonos juntos, solos, y me volveré loca de alegría. Sabes que no hemos hecho viaje de bodas.

—Con mucho gusto. ¿A qué lugar del mundo quieres que vayamos?

—¡Oh, me da lo mismo! No importa dónde, puesto que iré contigo.

Convinimos en que iríamos a pasar algunos días a la montaña e inmediatamente escribí a Saint-Moritz para que nos reservaran habitaciones.

La idea de este viaje bastó para hacerme feliz. Pero Philippe estaba sombrío.

“Sentimiento de irónica tristeza —anotaba él— al comprobar que las situaciones relativas de dos seres humanos son poco numerosas. En esta comedia del amor, representamos por turno el papel más animado o el menos animado. Todas las réplicas cambian entonces de labios, pero continúan siendo las mismas. Me veo, ahora, de regreso de una larga jornada pasada fuera de casa, forzado a explicar detalladamente todo cuanto he hecho, hora tras hora. Isabelle hace esfuerzos para no mostrarse celosa, pero conozco demasiado bien el mal para vacilar ante su diagnóstico. ¡Pobre Isabelle! Lo siento por ella, pero no puedo curarla. Cuando pienso en la auténtica inocencia, en el vacío laborioso de los minutos que tan misteriosos le parecían, no puedo evitar pensar en Odile. ¡Qué no hubiera yo dado antes para

que Odile concediera tanta importancia a mis actos! ¡Mas, ay, bastaba que yo lo hubiese deseado para que ella no le concediera absolutamente ninguna!

”Cuanto mayor es la intimidad de Isabelle y mía más descuido la gran diferencia entre sus gustos y los míos. Sucede que por la tarde le propongo salir, conocer un restaurante nuevo, ir al cine o a un café concierto. Y acepta ella con tal tristeza que me canso de antemano.

”—Puesto que no tienes deseos de salir, quedémonos los dos en casa.

”—Si no te importa, me gustaría más quedarme —decía consolada.

”Cuando salíamos con algunos amigos, la falta de costumbre de mi mujer me helaba. Y me parece que yo soy el único responsable de ello.

”—¡Qué raro! —le decía—. Eres totalmente incapaz de divertirme una hora.

”—¡Me parece tan falto de interés todo esto! —decía—. Tengo la impresión de que estamos perdiendo el tiempo cuando tengo tan bellos libros que leer o trabajo atrasado en casa. Pero si a ti te distrae, estoy dispuesta a salir.

”—No —le contestaba malhumorado—, no tengo el menor interés”.

Algunos meses más tarde, encuentro esto:

Tarde de estío. He conseguido, Dios sabe cómo, llevar a Isabelle a la feria de Neuilly. En torno a nosotros, los organillos interpretan canciones negras, se oyen los disparos del tiro al blanco; en el aire flota el aroma caliente de los barquillos. Una multitud densa y lenta nos arrastra. No sé por qué me siento feliz; me gusta ese ruido, esta multitud. Me parece hallar en todo esto una sombría e intensa poesía. Pienso: “Estos hombres y estas mujeres son arrastrados hacia la muerte por un movimiento rápido y, sin embargo, pasan unos breves minutos tratando de rodear con un aro el cuello de una botella, o hacer aparecer un negro de un mazazo. En el fondo, sin duda, tienen razón. Para esa nada que nos espera ni Napoleón ni Richelieu emplearon mejor sus vidas que esa muchacha y ese soldado”.

“Había olvidado a Isabelle, que estaba cogida a mi brazo. De pronto, me dijo:

”—Vámonos, cariño; esto me fatiga mucho.

”Llamé un taxi, y mientras hendíamos lentamente la multitud, pensé: «Con Odile, una tarde así hubiera sido encantadora y alegre. Su rostro hubiese resplandecido con la mirada de sus días felices. Hubiese jugado a todos los juegos y se hubiera sentido muy contenta ganando un jarro de borde dorado.

¡Pobre Odile, que tanto amó la vida y que la conoció tan poco; en cambio, seres nacidos para morir, como Isabelle y yo, continuamos, sin desearlas, nuestras monótonas existencias!».

”Isabelle, que pareció adivinar mi pensamiento, me tomó la mano.

”—¿Estás indispuesta? —le pregunté—. ¿Cómo es que te has cansado tanto?

”—No, no es eso —me contestó—, pero una feria como ésta me fatiga más que cualquier cosa.

”—Te aburre, ¿verdad, Isabelle? ¡Qué lástima, tanto como a mí me gusta!

”Entonces, bruscamente y, sin duda porque un organillo interpretaba cerca de nosotros una canción de antes de la guerra, las frases que Odile me había dicho tiempo atrás, paseándose por aquella misma feria, resonaron en mi memoria. Entonces, ella me había reprochado mi aburrimiento. ¿Había, pues, cambiado de un modo tan radical? Como una casa, abandonada por aquellos que la han construido y decorado, y comprada luego por nuevos inquilinos, conserva el perfume e incluso el espíritu de los primeros, así, impregnado de Odile, mostré en lo sucesivo un alma que no era la mía. Mis verdaderos gustos, mi espíritu inquieto de Marcenat, estaban más cerca de Isabelle que de mujer alguna, y era extraño pensar que yo lamentaba en ella aquella noche esa severidad e incluso ese disgusto ante la distracción que había sido mi propio carácter y que otra mujer había borrado para siempre de mi espíritu”.

CAPÍTULO NOVENO

SE ACERCABA el momento de nuestra partida a la montaña. La semana que lo precedió, en casa de Héléne de Thianges, Philippe halló a un matrimonio al que había conocido en Marruecos, a los Villier. Busco la palabra para describir a la señora Villier, y no la encuentro. Arrogante, sin duda..., pero también victoriosa, sí, sobre todo, esto: victoriosa. Bajo una masa de cabellos rubios, su perfil era puro, precioso. Hacía pensar en un animal magnífico. Se dirigió a nosotros en cuanto nos vio entrar.

—El señor Marcenat y yo —me dijo— hicimos una bella excursión al Atlas... ¿Se acuerda usted de Said, Marcenat...? Said —añadió, dirigiéndose a mí— era nuestro guía, un árabe de ojos brillantes.

—Era un poeta —dijo Philippe—. Cuando iba con nosotros en el coche nos contaba la agilidad de los *rumís* y la belleza de la señora Villier.

—¿No llevará usted a su esposa a Marruecos este año?

—No —contestó Philippe—, hacemos un pequeño viaje. Nos vamos a la montaña. Esto no le tienta a usted, ¿verdad?

—¿Lo dice usted en serio? Porque imagínese que mi marido y yo tenemos un gran deseo de pasar las Navidades y el Año Nuevo entre la nieve. ¿A dónde van ustedes?

—A Saint-Moritz —dijo Philippe.

Yo estaba furiosa; le hice signos que él no advirtió. Concluí levantándome y diciendo:

—Debemos marcharnos, Philippe.

—¿Nosotros? ¿Por qué?

—He citado en casa al gerente para esta noche.

—¿Un sábado?

—Pensé que sería más cómodo para ti.

Me miró con sorpresa, pero no dijo nada y se levantó.

—Si el viaje le gusta —dijo a la señora Villier—, telefonéeme. Creo que nos entenderemos. Será muy divertido hacer este viaje dos matrimonios juntos.

Cuando salimos, me dijo bruscamente:

—¿Por qué diablos has dado una cita para un sábado a las seis? ¡Vaya ocurrencia! Sabes que es el día de recibo de Héléne y que me gusta estar en su casa hasta tarde.

—No he citado a nadie, Philippe. Sólo quería que nos fuéramos.

—¡Sí que has tenido una idea! —dijo estupefacto—. ¿Te encuentras mal?

—No, lo que ocurre es que no quiero que nos acompañen los Villier en nuestro viaje. No te comprendo, Philippe; tú sabes que para mí el encanto de estas vacaciones es poder pasarlas sola a tu lado, y en cambio, tú invitas a gentes a quienes apenas conoces, que viste una sola vez en Marruecos.

—¡Qué vehemencia la tuya! ¡Eres una Isabelle nueva! No, los Villier no son gente que conozca apenas. He pasado quince días en su compañía. He pasado veladas magníficas en su jardín de Marrakech. No puedes imaginar la perfección de una casa como la de ellos; las fuentes, los surtidores, los cuatro cipreses, el olor de las flores... Solange Villier tiene un gusto exquisito. Había decorado magníficamente todo aquello; sólo divanes marroquíes y espesas alfombras. No, realmente he tenido mayor intimidad con los Villier que con los amigos de París a quienes veo tres veces cada invierno en determinadas cenas.

Philippe posó su mano sobre la mía y me dijo riendo:

—Perfectamente, señora, tendrá usted su viaje.

Al día siguiente, cuando tomábamos juntos nuestro café después de comer, la señora Villier telefoneó a Philippe. Comprendí, por las respuestas, que ella había hablado a su marido, que él había aprobado el proyecto de que ambos nos acompañaran en nuestro viaje a Suiza. La falta de insistencia de Philippe llegó a desanimar a la señora Villier. Pero su última frase fue ésta:

—Bien, entonces nos sentiremos encantados de encontrarles a ustedes allí. Colgó el auricular y me miró un poco molesto.

—Tú eres testigo de que he hecho todo lo que he podido.

—Sí, pero, ¿qué? ¿Irán? ¡Ah, Philippe, es demasiado!

—¿Y qué querías que hubiese hecho? No puedo comportarme como un grosero.

—Pero hubieses podido encontrar un pretexto cualquiera. Decir que íbamos a otro sitio.

—Hubieran hecho lo mismo. En fin, no hagas una montaña de todo esto. Son muy amables, ya lo verás, y te alegrarás de tenerlos como compañeros.

—Entonces, escucha, Philippe. Haz una cosa: vete solo con ellos. Ya no me gusta el viaje.

—¡Estás loca! Ellos no comprenderán nada de todo esto. Además, me parece muy poco amable por tu parte. Yo no había tenido ninguna intención de abandonar París; fuiste tú quien lo quiso. Acepté para complacerte, ¡y ahora pretendes que me vaya solo!

—Solo, no. Con tus queridos amigos...

—Isabelle, estoy cansado ya de esta ridícula escena —dijo Philippe con una violencia que jamás había observado en él—. No he cometido ninguna indelicadeza para contigo. No he sido yo quien ha invitado a los Villier. Fueron ellos los que se invitaron. Por otra parte, me son completamente indiferentes. Nunca le he hecho la corte a Solange... Ya estoy cansado —continuó martilleando las palabras y paseándose por el comedor, a grandes pasos—. Te veo tan celosa, tan inquieta, que no me atrevo a iniciar un ademán o comenzar una frase... Nada empequeñece la vida como estas cosas, te lo aseguro.

—Lo que empequeñece la vida —le dije— es compartirla con ludo el mundo.

Me oía a mí misma con asombro; me encontraba irónica y hostil. Estaba a punto de irritar al único ser en el mundo que me interesaba, y no podía impedirlo.

—¡Pobre Isabelle! —me dijo Philippe.

Y yo, que conocía perfectamente por él mismo su pasado y sabía mejor que él mismo hasta qué punto vivía de sus recuerdos, me di cuenta de que pensaba: “¡Pobre Isabelle! Tú también...”.

Dormí muy mal aquella noche; me hice incansables reproches. ¿Qué agravios reales me había hecho? Realmente, no había intimidación alguna entre mi marido y Solange Villier, puesto que no se habían visto desde hacía mucho tiempo. No tenía ningún legítimo motivo de celos. Tal vez este encuentro constituyera una feliz circunstancia. ¿Se divertiría Philippe sólo conmigo en Saint-Moritz? Volvería a París descontento y acaso tuviera la impresión de que le había obligado a hacer un viaje estúpido. Con los Villier se sentiría de buen humor y un poco de su alegría habría de reflejarse sobre su mujer. Pero yo estaba triste.

CAPÍTULO DIEZ

DECIDIMOS partir un día antes que los Villier, pero nuestra marcha se demoró y salimos los cuatro en el mismo tren.

Philippe se había levantado muy temprano y cuando salí de mi compartimiento, lo encontré en el pasillo en animada conversación con Solange, ya arreglada también. Les miré un instante y me chocó su aire de felicidad.

Me acerqué a ella, y le dije:

—Buenos días, señora.

Solange se volvió a mí. Y, a pesar mío, me pregunté: “¿Se parecerá a Odile?”. Pero no, no se parecía a Odile, era mucho más fuerte; sus rasgos eran mucho menos infantiles, menos angelicales. Solange tenía el aspecto de una mujer que se ha enfrentado con la vida y la ha dominado. Cuando me sonrió, llegó a conquistarme un momento. Luego, su marido se reunió con nosotros. Deslizábase el tren entre altas montañas y corría un arroyuelo a lo largo de la vía. El paisaje me parecía irreal y triste. Jacques Villier me habló de temas aburridos; yo sabía —porque lo decía todo el mundo— que era inteligente. No solamente había destacado en Marruecos, sino que se había convertido en un gran hombre de negocios. *Trabaja en todo lo que sea* —me había dicho Philippe—, *en fosfatos, puertos, minas...* Pero lo cierto es que intentaba escuchar la conversación que mantenían Philippe y Solange, de la que el ruido del tren apagaba la mitad. Oí (voz de Solange): *Entonces, según usted, ¿en qué consiste el atractivo?* (Voz de Philippe): *... muy complejo... El rostro desempeña un papel, y el cuerpo... Pero, sobre todo, la manera de ser...* (Una palabra que no comprendo; después, voz de Solange): *Y también el gusto, la fantasía, el espíritu aventurero... ¿No le parece?*

—Eso es —dijo Philippe—, una mezcla. Es necesario que una mujer sea a la vez seria e infantil... Lo que es insoportable...

Una vez más el ruido del tren apagó para mí el final de la (rase. Ante nosotros, elevábanse las montañas. Cortados troncos que rezumaban resina amontonábanse cerca de un *chalet* de inclinada techumbre. ¿Sufriría de este modo durante ocho días? Jacques Villier terminó su largo discurso diciendo:

—... Comprenderá usted que se trata de una magnífica operación.

Se echó a reír; sin duda había estado contándome una combinación muy ingeniosa, de la que sólo había retenido yo estas palabras: «El grupo Godet».

—Magnífico —respondí.

Y me di cuenta de que me consideraba estúpida. Esto me tenía sin cuidado. Comenzaba a odiarle.

El final de aquel viaje fue para mí como el recuerdo de una pesadilla. El diminuto ferrocarril ascendía entre un paisaje de brillante blancura, envolviéndose en nubes de vapor que erraban un momento sobre la nieve. El tren seguía grandes y misteriosas curvas, que hacían dar vueltas en torno a nosotros a las cimas blancas coronadas de abetos. Después, abrióse un precipicio al lado de la vía y descubríase, en el fondo, la fina curva negra que acabábamos de abandonar. Solange contemplaba aquel espectáculo con infantil felicidad, atrayendo sin cesar la atención de Philippe sobre los pormenores del paisaje.

—Mire, Marcenat, qué magnífico ese bosque de abetos con las ramas cubiertas de nieve... ¡Cómo se deja sentir en una la fortaleza de ese bosque que soporta sobre sí tanto peso sin doblegarse...! Y eso... ¡Oh...! Mire ese hotelito que brilla ahí arriba, en ese pico, parece un diamante brillando sobre una piel blanca... Y los colores sobre la nieve... Fíjese que sólo es blanco, pero blanco azulado, blanco rosado... ¡Ah, Marcenat, Marcenat! ¡Cuánto me gusta esto!

En verdad, nada malo había en ello y, pensando honradamente, ella decía estas cosas con una cierta gracia, pero me molestaba. Me asombraba que Philippe, que decía amar la naturalidad por encima de todo, soportase aquel monólogo lírico.

“Tal vez esté contenta —pensaba yo—, pero, en fin, a los treinta y tres años (quizá treinta y cinco..., porque en su cuello hay algunas arrugas) no puede estar contenta como una niña... Además, todos vemos que esta nieve es azul y rosa... ¿Por qué decirlo?”.

Me parecía que Jacques Villier pensaba como yo, porque, de vez en cuando, puntuaba las frases de su mujer con un «sí» cínico y un poco cansado. Cuando decía «sí» me era simpático por un momento.

No comprendía al matrimonio Villier. Se demostraban uno a otro una gran cortesía, y ella le trataba a él con una ternura familiar, llamándole unas veces Jacques y otras Jacquou, e incluso le besaba sin motivo, tocándole apenas con los labios. Y, sin embargo, podía una darse cuenta, después de pasar unas horas en su compañía, que no eran amantes, que Villier no era celoso y que aceptaba de antemano, con desdeñosa resignación, las locuras de su mujer. ¿Para quién vivía él? ¿Para otra mujer? ¿Para sus minas, sus barcos y sus

tierras marroquíes? No podía saberlo y tampoco me interesaba lo bastante para sentir deseos de adivinarlo. Le despreciaba por ser tan indulgente.

“Tiene tantos deseos de estar aquí como yo —pensaba—, y si él tuviera un poco de energía, ni el uno ni el otro estaríamos aquí”.

Philippe, que había comprado un periódico suizo, trataba de transformar en francos franceses las cifras de la Bolsa y creyendo animar a Villier le habló de ciertos valores. Villier prescindió con negligencia de aquellos nombres de fábricas mejicanas o griegas, con la misma expresión de cansancio con que un escritor ilustre hubiera escuchado a un adulator la cita de sus obras. Volviéndose hacia mí me preguntó si había leído *Koenigsmark*. El pequeño ferrocarril deslizábase aún entre formas blandas y blancas.

¿Por qué Saint-Moritz persiste en mis recuerdos como el decorado de una comedia de Musset, a la vez alegre, irreal y de una grave melancolía? Recuerdo aquella salida de la estación, por la noche; las luces sobre la nieve, el frío cruel y saludable, los trineos, las mulas con acarreos llenos de cascabeles y pompones rojos, azules y amarillos. Luego, el maravilloso y dulce color del hotel; los ingleses con traje de etiqueta en el vestíbulo y nuestra habitación inmensa y tibia; la felicidad de estar, por fin, durante unos minutos, a solas con mi marido.

—Philippe, bésame; hemos de consagrar esta habitación... ¡Ah, cómo hubiese querido cenar sola en tu compañía...! Y hemos de vestirnos, ver de nuevo a esa gente y hablar, hablar...

—Pero son muy amables...

—Muy amables..., a condición de no verlos.

—¡Qué severa eres! ¿No te ha parecido que Solange era muy amable durante el viaje?

—Vamos, Philippe; estás enamorado de ella.

—Nunca. ¿Por qué?

—Porque si no estuvieras enamorado de ella no podrías soportarla más de diez minutos... En fin, ¿de qué te ha hablado?

¿Puedes darme una idea exacta de lo que te ha dicho desde esta mañana?

—Sí... Tiene un gran sentido de la naturaleza. Ha hablado muy lindamente de la nieve, de los abetos... ¿No lo crees tú de esa forma?

—Sí, algunas veces acierta con la imagen; pero yo también lo hago; lo hacen todas las mujeres si se dejan arrastrar por ello... Es nuestra manera natural de pensar... La gran diferencia entre Solange y yo es que yo te quiero mucho, demasiado para decirte todo cuanto se me ocurre.

—¡Amor mío! —me dijo Philippe, con tierna ironía—, jamás he dudado de tu aptitud para inventar cosas bellas, ni de la modestia que te impide decirlas.

—No te burles de mí... Soy seria. Si no te hubieses dejado tentar un poco por esa mujer, verías cuán incoherente es, de qué modo salta de un tema a otro... ¿No es cierto? Sé sincero.

—No es del todo verdad —dijo Philippe.

CAPÍTULO ONCE

LA ESTANCIA en la montaña surge en mi recuerdo como un horrible suplicio. Ya sabía, desde el momento de partir, mi natural torpeza para toda clase de ejercicios, pero había pensado que Philippe y yo abordaríamos juntos las dificultades, como una pareja de novatos, y sería divertido. En la primera mañana descubrí que Solange Villier dominaba divinamente todos los deportes alpinos. Philippe, menos entrenado que ella, poseía, en cambio, una mayor ligereza. El primer día les vi esquiar juntos, alegremente, mientras yo me arrastraba con dificultad, ayudada por un profesor.

Después de cenar, Philippe y Solange, en el vestíbulo del hotel, acercaron mutuamente sus butacas y comenzaron a charlar, mientras yo me veía obligada a escuchar la charla financiera de Jacques Villier. Era en aquellos tiempos en que la libra se cotizaba a setenta francos, y recuerdo que dijo:

—Usted sabe que esta cotización está muy lejos de representar el valor real de la libra. Debiera usted decir a su marido que colocara cuando menos una parte de su fortuna en valores extranjeros, porque comprenderá usted que...

Algunas veces, me hablaba también de sus amantes, nombrándolas:

—Seguramente, le han contado a usted que me entiendo con la actriz Jenny Sorbier, ¿no es eso? No lo crea usted... No... La he querido, pero todo se ha terminado ya. Ahora me interesa más la señora Lhauterie. ¿La conoce usted? Es una mujer muy linda y cariñosa... Un hombre como yo, que debe luchar constantemente en la vida de los negocios, tiene la necesidad de hallar entre las mujeres una ternura tranquila, casi animal...

Yo hacía todo lo posible para acercarme a Philippe y tratar de provocar una conversación general. Cuando lo conseguía, instantáneamente se mostraba entre Solange y yo una gran disparidad entre dos opuestas filosofías de la vida. El gran tema de Solange era «la aventura». Llamaba así a la búsqueda de acontecimientos inesperados y peligrosos. Pretendía sentir horror a la «comodidad» moral o física.

—Estoy contenta de ser mujer —me dijo una noche—, porque una mujer tiene muchas más «posibilidades» ante sí que un hombre.

—¡Cómo! —repliqué—. Un hombre tiene su carrera, y puede desenvolverse a sus anchas.

—Un hombre tiene *una* carrera —dijo Solange—, pero una mujer puede vivir la vida de todos los hombres a quienes ame. Un oficial le hace vivir la guerra; un marino, el océano; un diplomático, la intriga, y un escritor, los placeres de la creación... Puede vivir las emociones de diez vidas sin el cotidiano hastío de vivirlas.

—¡Qué horror! —le dije—. Esto presupone que ame a diez hombres diferentes.

—Y que los diez sean inteligentes; lo que es completamente inverosímil —contestó Villier, acentuando la palabra *completamente*.

—Observen ustedes —intervino Philippe— que puede decirse lo mismo con respecto al hombre. También a él le aportan vidas diferentes las distintas mujeres a quienes ama.

—Tal vez —dijo Solange—, pero las mujeres son menos individuales; no tienen nada que soportar.

Un día, me sorprendió mucho una réplica suya por el tono con que la pronunció. Había hablado de la felicidad que se experimentaba al evadirse de la vida civilizada, y yo le había dicho:

—Pero, ¿por qué evadirse cuando se es feliz?

—Porque la felicidad no es nunca inmóvil —contestó ella—; la felicidad es la réplica en la inquietud.

—Exactamente —dijo Villier.

Y esto me sorprendió en él.

Entonces, Philippe, para complacer a Solange, reanudó el tema de la evasión.

—¡Ah, sí! —dijo—, evadirse..., sería delicioso.

—¿Usted? —preguntó Solange—. Usted es el último que desearía realmente evadirse.

Estas palabras me molestaron por él.

A Solange le encantaba despertar así el amor propio por medio de una ingeniosidad. En cuanto Philippe demostraba estar enamorado de mí, ella lo trataba con ironía. Pero lo más frecuente era que Philippe y ella parecieran novios. Cada mañana, aparecía Solange con un suéter nuevo, de colores vivos, y cada mañana murmuraba Philippe:

—¡Qué buen gusto tiene usted!

Ya al final de nuestra estancia en Saint-Moritz, él había llegado a intimar mucho con ella. Lo que más me disgustaba era el tono en que hablaban, familiar y tierno, o la forma en que él la ayudaba a ponerse el abrigo y que

daba la impresión de una caricia. Por otra parte, ella sabía que le gustaba y gozaba con su poder.

Era terriblemente «gata». No me es posible encontrar otra palabra. Cuando bajaba con su traje de noche, me parecía ver ondas eléctricas correr a lo largo de su desnuda espalda. Cuando Philippe y yo volvíamos a nuestra habitación, no podía evitar preguntarle sin amargura:

—¿La amas, Philippe?

—¿A quién, cariño?

—A Solange, ¿a quién va a ser?

—No, de ningún modo.

—Y, sin embargo, parece como si la quisieras.

—¿Yo? —preguntaba Philippe, en el fondo suspenso—. ¿Por qué razón?

Le explicaba largamente mis impresiones, y él me escuchaba con complacencia. Me había dado cuenta de que cuando se trataba de Solange, Philippe se interesaba siempre en mi conversación.

—Solange y su marido forman una curiosa pareja —le dije la víspera de nuestra partida—. Él me ha contado que pasa en Marruecos seis meses del año y que su mujer no va a verlo más que tres meses cada dos años. El resto del tiempo lo pasa sola en París. Por mi parte, si tuvieras que vivir en Indochina o en Kamchatka, te seguiría siempre como un perro. ¡C aburriría mucho, ¿verdad, Philippe? En el fondo, es ella quien tiene razón.

—Es decir, que ella ha elegido el mejor método para no aburrirse.

—¿Lección para Isabelle?

—Eres muy susceptible. No, no es una lección para nadie, sino comprobación de un hecho. Villier adora a su mujer...

—Ella es quien te lo ha dicho, Philippe...

—En todo caso, la admira.

—Y no la vigila.

—¿Por qué había de vigilarla? —preguntó Philippe con cierta irritación—. Nunca he oído decir que ella se comportara como no es debido.

—¡Oh, Philippe! Yo la conozco tan sólo desde hace tres semanas y ya he oído citar, por lo menos, a tres antiguos amantes suyos.

—Esto se dice siempre de todas las mujeres —murmuró Philippe, encogiéndose de hombros.

Yo me sentía impulsada hacia los más mezquinos sentimientos, tan bajos, que eran enteramente nuevos para mí. Pero luego, como en el fondo no era mala, me sobreponía y hacía un gran esfuerzo para ser amable con Solange y me imponía salir de paseo con Villier para dejar solo a Philippe en la pista de

esquiar. Deseaba ardientemente que aquellos días se terminaran muy pronto y sentía escrúpulos de decir una sola palabra que pudiera precipitar el fin.

CAPÍTULO DOCE

CUANDO volvimos a París, Philippe halló a su director enfermo y tuvo que trabajar más que de costumbre. Algunas veces, no venía a comer. Me pregunté si había vuelto a ver a Solange Villier y no me atrevía a preguntárselo. El sábado, en casa de los Thianges, en cuanto vio a Solange, Philippe se precipitó a su encuentro, la llevó a un rincón y no se separó de ella. Esto podía ser un signo favorable. Si la hubiera visto libremente durante la semana, quizás hubiese fingido esquivarla el sábado. Yo no podía evitar hablar de ella con las demás mujeres; jamás hablé mal, pero escuchaba lo que decían. Pasaba por ser extremadamente coqueta. Maurice de Thianges, al ver un día entrar a Jacques Villier, me dijo en voz baja:

—¡Cómo! ¿Aún no se ha marchado? Suponía que su mujer lo había enviado ya a su Atlas.

Casi todos, al hablar de Villier, decían:

—¡Pobre muchacho!

Hélène de Thianges, que era amiga de Solange y con quien yo hablaba largamente de ella, me hizo un retrato a la vez muy bello e inquietante:

—Ante todo —me dijo—, Solange es un hermoso animal que tiene instintos muy fuertes. Estuvo apasionadamente enamorada de Villier cuando éste no tenía un céntimo y era un hombre apuesto. Era hija de un conde de Vaulges, de la Picardía; de familia aristocrática, por lo tanto. Ella era encantadora y hubiese podido efectuar un buen matrimonio, pero prefirió irse a Marruecos con Villier y, al principio, los dos llevaron allí una dura vida de colonos. Durante una enfermedad de Villier, tuvo ella que llevar las cuentas y pagar a los obreros. Observe que posee el orgullo de los Vaulges, y que, por lo tanto, debió de ser un sufrimiento para ella vivir de este modo. Sin embargo, hizo su papel. En este sentido, posee las cualidades de un hombre honrado. Sólo tiene dos grandes defectos, o, si usted quiere, dos grandes debilidades: es terriblemente sensual y siente la necesidad de triunfar en todas partes. Por ejemplo, acostumbra a decir, no a los hombres, sino a las mujeres, que cuando quiere conseguir a un hombre, lo consigue siempre, y es verdad, incluso con los tipos de hombres más diversos.

—¿Ha tenido, pues, muchos amantes? —pregunté.

—Usted sabe cuán difícil de concretar es esto. Se sabe que un hombre y una mujer se ven con frecuencia. ¿Quiere esto decir que son amantes? ¿Quién

sabe...! Cuando digo «lo consigue siempre», quiero decir, sobre todo, que se ha apoderado de su espíritu y que ellos dependen de ella. Sabe que puede influir en ellos, ¿comprende?

—¿Le parece a usted inteligente?

—Muy inteligente para ser una mujer... Sí... En fin, nada le es desconocido. Naturalmente, depende, en cuanto a sus gustos, del hombre a quien ama. Cuando adoraba a su marido, destacó mucho en cuestiones económicas y coloniales. En el tiempo de Raymond Berger, se interesaba por las cosas de arte. Tiene mucho gusto. Su casa de Marruecos es una maravilla y la de Fontainebleau, muy original... Es más, una apasionada que una intelectual. Pero, con todo, tiene juicios acertados cuando conserva la sangre fría.

—¿Cómo explica su atractivo, Héléne?

—Principalmente, por su femineidad.

—¿A qué llama usted femineidad?

—A una mezcla de cualidades y de defectos: ternura, una prodigiosa devoción hacia el hombre a quien ama... durante un tiempo... Pero también la ausencia de escrúpulos... Cuando Solange quiere hacer una conquista, pasa por encima de todo el mundo, aun cuando se trate de su mejor amiga; no por maldad, sino por instinto.

—Yo a esto lo llamo maldad. También podría usted decir que un tigre no es malo cuando devora a un hombre, porque comete un acto instintivo.

—Exactamente —dijo Héléne—. Un tigre no es malo; en fin, no lo es de un modo consciente... Incluso es justo lo que usted ha dicho: Solange es una tigresa.

—Sin embargo, parece muy candorosa.

—¿Usted cree? ¡Oh, no! Hay en ella visos de dureza; éste es uno de los elementos de su belleza.

Las demás mujeres fueron menos indulgentes. La anciana señora de Thianges, la suegra de Héléne, me dijo:

—No me gusta su amiga la señora Villier... Hizo muy desgraciado a un sobrino mío, que era un muchacho encantador, y que se hizo matar durante la guerra, no por ella, si usted quiere, sino por su causa... Había sido herido de gravedad; tenía un cargo en París, lo que era justo... El pobre Armand quiso volver a marcharse y murió estúpidamente en un accidente de aviación... Yo no la recibo en mi casa.

No quería yo contar estas murmuraciones a Philippe y, sin embargo, concluía siempre refiriéndome a ellas. Pero él no perdía la calma.

—Es posible —decía—. Es posible que haya tenido amantes. Es cosa suya y a nosotros no nos importa. —Luego, tras unas cuantas frases, se ponía nervioso, y decía—: De todos modos, me sorprendería que actualmente engañara a su marido porque su vida es bien transparente. Se la puede telefonar a cualquier hora del día. Pasa mucho tiempo en su casa y si alguien quiere verla puede hacerlo en cualquier momento. Una mujer que tuviese un amante llevaría una vida más secreta.

—Pero, ¿cómo lo sabes, Philippe? ¿La has telefoneado? ¿Has ido a verla?

—Sí, algunas veces.

CAPÍTULO TRECE

POCO después, tuve a la vez la prueba de que habían sostenido largas conversaciones y que éstas habían sido inocentes por completo. Una mañana, después de la partida de Philippe, llegó una carta a la que yo no podía contestar sin su consentimiento y llamé a su despacho. Ocurrió que mi llamada se cruzó con la comunicación que en aquel momento mantenía con Solange Villier. Reconocí su voz y la de Philippe. Debí haber colgado el auricular, pero no tuve el valor de hacerlo y escuché durante algún rato. Hablaban alegremente; Philippe me pareció divertido, espiritual, tal como casi nunca le había visto y como ya casi le había olvidado. Prefería al Philippe grave y melancólico que me había descrito Renée y a quien había conocido inmediatamente después de la guerra, pero conocía también al Philippe tan diferente que en aquellos momentos decía a Solange cosas amables y ligeras. Lo que oí no despertó mi desconfianza. Se contaban lo que habían hecho durante los dos últimos días y lo que habían leído. Philippe resumió una obra teatral que habíamos visto juntos la víspera y Solange preguntó:

—¿Y eso le ha gustado a Isabelle?

—Sí —dijo Philippe—. Y según creo, mucho... Y usted, ¿cómo se encuentra? Tenía mal aspecto el sábado en casa de los Thianges; no me gusta nada verla con ese color terroso de su piel.

Así, pues, no se habían visto desde el sábado anterior y aquel día era miércoles. De pronto, me avergoncé de mi acción y colgué el teléfono.

“¿Cómo he podido hacer esto? —me pregunté—. Es tan horrible como abrir una carta que no me pertenezca”.

No podía comprender a la Isabelle que había querido escuchar. Un cuarto de hora más tarde, llamé a Philippe.

—Te ruego que me perdones —dijo—. Te he llamado hace un momento y te he oído hablar. Reconocí la voz de Solange y colgué.

—Sí —dijo con naturalidad—. Me ha telefoneado.

Este episodio me pareció muy natural, tan claro que me tranquilizó durante algún tiempo. Después, encontré de nuevo en la vida de Philippe signos evidentes de la acción de Solange.

Al principio, fueron sus salidas, dos o tres veces por semana; yo no le preguntaba adónde iba, pero no tardaba en saber que le habían visto con ella. Solange tenía muchas enemigas entre las mujeres que veían en mí a una

aliada natural, y trataban de acercárseme. Las que eran buenas —quiero decir tan buenas como las mujeres pueden serlo unas con otras— me trataban con silenciosa piedad y no hacían alusión a mi desgracia más que por medio de aforismos de carácter general; las que eran malas fingían creermelo ya informada de hechos que ignoraba para darse el gusto de hacérmelos saber.

—Comprendo —me dijo una de ellas— que usted no haya querido acompañar a su marido al circo; es muy desagradable.

—¿Ha ido Philippe al circo? —pregunté a pesar mío, imponiéndose la curiosidad al amor propio.

—¡Cómo! Si estuvo ayer en el Alhambra. ¿No se lo ha dicho? Estuvo con Solange Villier. Creía que usted lo sabía.

Los hombres, por su parte, aparentaban compadecerme con la idea de ofrecermelo su consuelo.

Ocurría a menudo que Philippe, si recibíamos una invitación a una cena o le proponía salir conmigo, me decía:

—¿Por qué no? Pero dímelo siempre con veinticuatro horas de antelación. Te lo diré mañana.

No podía explicarme esa necesidad de una demora, excepto en el caso de que Philippe telefonara por la mañana a Solange preguntándole si estaba ella también invitada a esa cena o si quería salir aquella tarde.

Me parecía, también, que los gustos, incluso el carácter de Philippe, descubrían ahora, muy ligeramente quizá, pero de una forma visible, las huellas de aquella mujer. A Solange le gustaban el campo y los jardines. Sabía atender a sus plantas y a sus animales. Había hecho construir un *bungalow* cerca de Fontainebleau, en la linde del bosque, donde iba a pasar a menudo los fines de semana. Philippe me había dicho varias veces que estaba cansado de París y que le gustaría adquirir un terreno en los alrededores.

—Ya tienes Gandumas, Philippe, y, sin embargo, pasas allí el menor tiempo posible.

—Pero no es lo mismo. Gandumas está a siete horas de París. No, yo quisiera una casa donde poder pasar un par de días o aun de la mañana a la noche. Por ejemplo, Chantilly, o Compiègne, o Saint-Germain.

—O Fontainebleau, Philippe.

—O Fontainebleau, si quieres —dijo sonriendo involuntariamente.

Casi me gustó aquella sonrisa, porque me hacía participar de su confidencia.

Sí —parecía decirme Philippe—, *sé perfectamente que tú lo sabes. Y tengo confianza en ti.*

No obstante, me daba cuenta de que no había que insistir y que él no me diría nada concreto; pero yo sabía que existía una relación entre su repentino amor por el campo y mis inquietudes, y que la vida de Philippe dependía ahora, en gran parte, de las decisiones de Solange.

No era menos chocante comprobar la influencia de Philippe en los gustos de Solange. Según creo, esto era imperceptible para alguien que no fuera yo, y a pesar de que comúnmente soy una mala observadora, percibía el menor detalle en cuanto se trataba de ellos dos. El sábado, en casa de Héléne, oía hablar frecuentemente a Solange de sus lecturas. Leía los libros que le gustaban a Philippe, que él ya me había hecho leer a mí y que, en algunas ocasiones, eran aquellos que François había hecho leer a Odile y cuyo gusto había transmitido ésta a Philippe. Conocía esta «herencia François», cínica y fuerte; el cardenal de Retz y Maquiavelo. Por otra parte, también descubría los verdaderos gustos de Philippe: *Luden Leuwen*, de Stendhal, y *Humo*, de Turgueniev, y los primeros volúmenes de Proust. El día en que oí a Solange hablar de Maquiavelo, no pude evitar una triste sonrisa. Yo, como mujer, sabía perfectamente que Maquiavelo le tenía sin cuidado; tanto como los rayos ultravioleta o los esmaltes lemosinos, del mismo modo que sabía también que, por otra parte, era tan capaz de interesarse tanto por unos como otros y de hablar inteligentemente de ellos, siempre que hacerlo representara ilusionar a un hombre, en el caso en que hubiese creído ella poder gustarle así.

Desde el momento en que conocí a Solange, me di cuenta de su amor por los colores vivos que, por otra parte, le sentaban muy bien. Al cabo de algunos meses, la vi casi siempre mostrarse por la noche vestida de blanco. El blanco era uno de los gustos de Philippe, heredado de Odile. ¡Con qué frecuencia me había hablado de la deslumbrante blancura de su primera mujer! Era a la vez triste y extraño pensar que la pobre y pequeña Odile continuaba viviendo a través de Philippe en otras mujeres, en Solange y en mí, y que cada una de nosotras —Solange acaso sin saberlo— trataba de reconstruir aquella gracia desvanecida.

Era extraño y triste, pero para mí era, sobre todo, triste, y esto no tan sólo porque me sintiera dolorosamente celosa, sino también porque sufría por causa de la infidelidad de Philippe al recuerdo de Odile. Al principio, durante nuestros primeros encuentros, esta fidelidad me había gustado como uno de los más bellos rasgos de su carácter. Más tarde, cuando me envió el relato de su vida con Odile y supe la verdad con respecto a la separación de ella, admiré aún más el constante respeto de Philippe hacia el recuerdo de su único

amor. Lo admiraba y lo comprendía tanto más cuanto que me había hecho a mí misma una admirable imagen de Odile. Aquella belleza... aquella fragilidad..., aquel natural tan... aquella inteligencia poética y viva... Sí, yo también, después de haber sentido celos de ella, amaba ahora a Odile. Ella sola, tal como él me la había descrito, me parecía digna de Philippe tal como yo lo concebía a él y tal como, quizás, era la única en verlo así. Acepté mi sacrificio a una religión tan noble; me sabía vencida, quería serlo y me inclinaba ante Odile con complaciente humildad, y hallaba en esta humildad un secreto acercamiento y, sin duda, un oculto orgullo.

Porque, a pesar de las apariencias, este sentimiento no era enteramente puro. Si yo aceptaba, si yo deseaba incluso la permanencia del amor de Philippe a Odile, si quería olvidar las faltas y la locura demasiado verídicas de Odile, era porque la muerte, según creía, me protegía contra los seres vivos. Me pinto en este momento más sombría y calculadora de lo que era. No, no pensaba en mí, sino en mi amor por Philippe. Amaba tanto a mi marido que lo deseaba más grande, más perfecto que los demás. Su unión con un ser casi divino —puesto que la muerte lo había sustraído a las imperfecciones humanas— le concedía a mis ojos esa grandeza. ¡Pero cómo no había de sufrir viéndolo esclavo de una Solange Villier a quien podía ver a diario, criticar y juzgar, que era de la misma carne que yo, de quién otras mujeres hablaban mal delante de mí, a quien yo consideraba bella e incluso inteligente, pero no divina ni sobrenatural!

CAPÍTULO CATORCE

PHILIPPE me había dicho varias veces:

—Solange ha realizado verdaderos esfuerzos para conseguir una intimidad mayor contigo; pero tú la rehúyes. Se da menta de que le eres hostil, extraña...

Y en verdad, la señora Villier, desde nuestro viaje a Suiza, me había telefoneado con frecuencia y yo me había negado a salir con ella. Me parecía más digno verla poco. Sin embargo, para ser agradable a Philippe y demostrarle mi buena voluntad, prometí ir una vez a su casa.

Me recibió en un pequeño tocador que me pareció de «estilo Philippe», con muy pocas cosas, casi desnudo. Me sentí incómoda. Solange, con alegre soltura, se acomodó en el diván e inmediatamente me habló con un tono confidencial. Observé que me llamaba «Isabelle», cuando yo vacilaba en llamarla «señora» o «querida amiga».

“Es curioso —pensaba escuchándola—. Philippe siente horror por la familiaridad y el impudor, y lo que más me extraña a mí en esta mujer es precisamente que carezca de reservas. Lo dice todo... ¿Por qué le gusta a él...? Hay en sus ojos un reflejo de ternura... Parece feliz. ¿Lo es en realidad?”.

El recuerdo de Villier, con su ligera calvicie, y el fatigado tono de su voz, acudió a mis pensamientos. Le pregunté por 61. Estaba ausente, como siempre.

—Veo poco a Jacques, ¿sabe? —dijo Solange—. Pero es mi mejor amigo. Es un muchacho tan recto y tan franco... Al cabo de trece años de matrimonio, mantener la ficción de un gran amor sería una hipocresía... Yo no lo siento.

—Sin embargo, usted se casó por amor, ¿no es eso?

—Sí, he adorado a Jacques. Hemos vivido instantes maravillosos. Pero la pasión no dura nunca mucho tiempo... Además, la guerra nos ha desunido. Al cabo de cuatro años, adquirimos la costumbre de vivir separados...

—¡Qué triste es esto! ¿Y no ha intentado usted nunca rehacer su felicidad?

—Ya sabe usted que cuando no se ama... o, mejor dicho, cuando el deseo físico desaparece (porque siento por Jacques verdadero afecto), es difícil ser, en apariencia, un matrimonio unido... Jacques tiene una amante; lo sé y lo

apruebo... Usted no puede todavía comprender esto, pero llega un momento en que se siente la necesidad de la independencia.

—¿Por qué? Me parece que el matrimonio y la independencia son dos cosas contradictorias.

—Se dice así al principio. Pero el matrimonio, tal como usted lo concibe, tiene un aspecto disciplinario. ¿Le extraña?

—Un poco... Es decir...

—Yo soy franca, Isabelle. Siento horror por las actitudes... Aparentando amar a Jacques..., u odiarlo... ganaría en la simpatía de usted. Pero en ningún caso sería yo tal como soy. ¿Comprende?

Hablaba sin mirarme, dibujando a lápiz pequeñas estrellas en las tapas de un libro. Cuando tenía así bajos los ojos, su rostro parecía muy duro y como señalado por un oscuro sufrimiento.

“En el fondo, no es tan feliz”, pensaba yo.

—No —le dije—, no comprendo muy bien... Una vida caótica, deshilvanada, debe de ser tan decepcionante... Además, tienen ustedes un hijo.

—Sí. Pero ya lo verá usted también cuando tenga hijos. No hay relación posible entre una mujer y un estudiante de doce años. Cuando voy a verlo, tengo la impresión de que lo aburro.

—Entonces, según usted, el amor maternal es también una actitud, ¿no es eso?

—No... Todo depende de las circunstancias... ¡Es usted muy agresiva, Isabelle!

—Lo que no comprendo en usted es que, con todo y decir *soy franca*, *no admito ninguna hipocresía*, jamás se haya atrevido usted a ir hasta el fondo de las cosas. Su marido ha recobrado su independencia... Le concede a usted entera libertad... ¿Por qué no se ha divorciado? Sería más leal, más limpio.

—¡Qué idea tan extraña! No tengo deseo alguno de volver a casarme. Jacques tampoco lo tiene. ¿Por qué divorciarnos entonces? Nuestras tierras de Marruecos han sido compradas con mi dote, pero Jacques es quien las ha explotado y dado el valor que tienen... Además, experimento un vivo placer volviendo a ver a mi marido... Todo esto es más complejo de lo que usted imagina, Isabelle.

Me habló, después, de sus caballos árabes, de sus perlas, de sus invernaderos de Fontainebleau.

“Es curioso —pensaba yo—; dice que desprecia este lujo; que su vida real está en otra parte y no puede evitar hablar de ello... Quizá también esto le

gusta a Philippe, este placer infantil con el que ella juega con todas estas cosas... Pero incluso resulta divertido ver la diferencia de tono entre sus monólogos líricos ante un hombre y este inventario de sus bienes ante una mujer”.

Cuando me despedí, me dijo riendo:

—Sin duda, la he escandalizado porque usted se ha casado hace poco y está enamorada... Todo esto es simpatía hacia usted. Pero no dramatice, Philippe la quiere mucho y usted lo sabe. Me habla de usted con un gran cariño.

Que Solange me tranquilizara con respecto al estado de mi matrimonio y los sentimientos de Philippe, me pareció intolerable.

—Hasta pronto. Vuelva a verme —me dijo.

No volví.

CAPÍTULO QUINCE

ALGUNAS semanas después de esta visita, me sentí indispuesta. Tosía y sentía escalofríos. Philippe pasó la noche al lado de mi cama. La semioscuridad y quizá también la fiebre, me dieron ánimos. Y hablé a mi marido de los cambios que había observado en él.

—Tú no puedes verte a ti mismo, Philippe, pero para mí es casi increíble... Incluso las cosas que dices... La otra tarde, cuando discutías con Maurice de Thianges, llegaste a sorprenderme; había algo tan duro en tus juicios...

—¡Dios mío, qué atención concedes a cuánto digo, mi pobre Isabelle! Mucho más que yo, te lo aseguro. ¿Qué cosa tan grave dije la otra tarde?

—Siempre me han gustado tus ideas sobre la lealtad, el juramento y el respeto a la palabra escrita. Pero recordarás que en esa ocasión fue Maurice quien sostuvo esas tesis y tú, por el contrario, decías que la vida es tan breve que los hombres son como animales desgraciados y que disponiendo de pocas ocasiones de felicidad debieran aprovecharse de aquellas que se les ofrecen, y entonces, Philippe... —para decir esto volví la cabeza con la intención de no verlo—, entonces, me pareció que hablabas aludiendo a Solange, que estaba escuchando.

Philippe se echó a reír y me tomó la mano, cariñosamente.

—Cuánta fiebre tienes —dijo— y qué imaginación posees. No, no aludía a Solange. Lo que decía era exacto. Casi siempre nos entregamos sin saber lo que hacemos. Después, queremos ser honrados; no deseamos herir a los seres a quienes amamos; nos negamos, por confusas razones, auténticas satisfacciones que luego echamos de menos. Yo decía que hay en ello una especie de cobarde bondad, que casi siempre queremos a aquellos que nos han hecho renunciar a nosotros mismos y que es mejor, tanto para unos como para otros, tener el valor de saber lo que deseamos, y de mirar la vida cara a cara.

—Pero, tú, Philippe, ¿echas de menos alguna cosa en estos momentos?

—Siempre relacionas con nosotros toda suerte de cuestiones de carácter general. No, no echo de menos nada; te quiero mucho, soy perfectamente feliz contigo; pero aún sería mucho más feliz si no fueras celosa.

—Lo intentaré.

Al día siguiente, me visitó el médico y diagnosticó unas anginas malignas. Philippe apenas se separó de mi lado y me cuidó con extraordinaria solicitud.

Solange me envió flores y libros, y vino a verme en cuanto pude recibir. Me consideré injusta y odiosa, pero cuando me restablecí y comencé a vivir como todo el mundo, me desazonó de nuevo aquella intimidad y me sentí tan inquieta como antes. El señor Schreiber, el director de la papelería, un alsaciano protestante que había almorzado con frecuencia en nuestra casa y a quien yo consideraba un amigo, me retuvo tímidamente, un día, en el despacho de mi marido, a quien yo había ido a buscar y no había encontrado.

—Señora Marcenat —me dijo—, le ruego que me perdone que le haga esta pregunta, pero quisiera saber qué le ocurre al señor Marcenat. No es el mismo de antes.

—¿En qué sentido?

—Todo le es indiferente, señora; raras veces viene por las tardes al despacho; no visita a nuestros mejores clientes. Hace tres meses que no ha ido por Gandumas... Yo hago lo que puedo, pero no soy el dueño... No puedo sustituirlo.

Así, pues, cuando Philippe me decía que se ocupaba de sus asuntos, mentía a veces, él, a quien yo conocía como un hombre escrupuloso y leal. Pero, ¿mentía para tranquilizarme? Por otra parte, ¿le había hecho yo asequible la sinceridad? Algunas veces, llegaba a desear que fuera feliz y me prometía no turbar su tranquilidad, pero, frecuentemente, le atormentaba con preguntas y reproches. Yo era agria, insistente y odiosa, y él me respondía con una gran paciencia. Me decía a mí misma que él había sido mejor para Odile de lo que yo era para él en circunstancias semejantes, pero me disculpaba en seguida pensando que la situación era mucho más terrible para mí. Un hombre tiene su trabajo, sus amigos y sus ideas. Una mujer, hecha como yo, no puede existir más que para su amor. Detesto a las mujeres y los hombres me son indiferentes. Después de una larga espera, había creído ganar la única partida en la que tenía interés en triunfar: la de un sentimiento único y absoluto. Y la había perdido. Y a este tremendo dolor no le veía fin ni remedio.

Así transcurrió el segundo año de mi matrimonio.

CAPÍTULO DIECISÉIS

SIN EMBARGO, dos hechos vinieron a tranquilizarme. Desde hacía tiempo, Philippe tenía que trasladarse a América para estudiar ciertos sistemas de trabajo referentes a su industria, así como también el régimen de vida de los obreros americanos. Yo tenía un gran interés en hacer con él este viaje. De vez en cuando, preparaba el proyecto; me enviaba a la Transatlántica para enterarme de la salida de los paquebotes y del precio del pasaje. Luego, después de largas vacilaciones, decidió no ir. Yo había llegado a pensar que no efectuaríamos jamás aquel viaje. Por otra parte, me había conformado a ello, y ahora, me resignaba de antemano a todo.

“Soy yo —me decía— quien vive ahora las ideas de Philippe con respecto al amor caballeresco. Le amo y le amaré, suceda lo que suceda, pero jamás seré perfectamente feliz”.

En enero de 1922, Philippe me dijo un día:

—Lo tengo ya decidido. La primavera que viene, iremos a los Estados Unidos.

—¿Yo también, Philippe?

—Naturalmente, tú también. El habértelo prometido es lo que más me ha decidido a ello. Pasaremos allí seis semanas. Sólo trabajaré ocho horas y tendremos tiempo para recorrer el país.

—¡Qué amable eres, Philippe! Estoy encantada.

Me pareció muy bueno. Dudar de uno mismo nos presta una gran e ingenua humildad. Sinceramente, no creía que Philippe pudiese considerar un placer viajar en mi compañía. Sobre todas las cosas, le estaba agradecida por renunciar, durante dos meses, a toda ocasión de ver a Solange Villier. Si la amaba tanto, como yo algunas veces lo había temido, no hubiese podido abandonarla de este modo, y más aun sabiendo cuál era su interés por las personas a quienes quería. Así, pues, todo era menos grave de lo que yo había imaginado. Recuerdo que durante aquel mes de enero me sentí muy contenta y libre de preocupaciones y ni una sola vez molesté a Philippe con mis lamentaciones y preguntas.

En el mes de febrero, me di cuenta de que estaba encinta. Esto me produjo una extraordinaria satisfacción. Había deseado apasionadamente tener un hijo, sobre todo, un niño; me parecía que sería tener un nuevo Philippe, un Philippe

que, por lo menos hasta los quince años, me pertenecería por entero. El propio Philippe acogió con júbilo esta noticia, y esto también fue muy agradable para mí. Pero los principios de mi embarazo fueron muy malos y no tardó en evidenciarse la imposibilidad de que yo efectuara aquel largo viaje por mar. Philippe se ofreció a suspenderlo. Yo sabía que había escrito numerosas cartas, organizando visitas a las fábricas y entrevistas comerciales, e insistí para que no cambiara ninguno de sus proyectos. Si pienso ahora por qué me imponía esta separación, que me era tan penosa, veo varias razones en ello: en primer lugar, me sabía fea en aquellos momentos; tenía un aspecto fatigado y temía disgustarle. Luego, la idea de alejar a Philippe de Solange continuaba siendo primordial para mí y quizá más aún que la compañía de mi marido. En fin, había oído decir a Philippe con frecuencia que la gran fuerza de una mujer es la ausencia, que lejos de los seres amados se olvida uno de sus defectos y sus manías y que descubre que éstos aportan a nuestra vida un elemento precioso, indispensable, elemento del que no nos habíamos dado cuenta por estar demasiado íntimamente mezclado a nosotros.

—Ocurre como con la sal —había dicho—, no sabemos la cantidad de ella que ingerimos, pero si la suprimiéramos de nuestras comidas, sin duda moriríamos.

Si Philippe, lejos de mí, pudiera descubrir que yo era la sal de su vida...

Partió a principios de abril habiéndome recomendado que me distrajera y frecuentara a nuestras amistades. Algunos días después de su partida, sintiéndome mejor, intenté salir un poco. No había recibido ninguna carta de él; sabía que tardaría aún quince días en recibirla, pero sentía la necesidad de despojarme de la melancolía que me había invadido. Telefoneé a algunas de nuestras amistades, y me pareció que sería correcto llamar también a Solange. Tardé mucho en que me contestaran. Por último, un criado me dijo que se había ido y que pasaría dos meses fuera de París. Esto me produjo una violenta emoción. Creí, sin ninguna razón, por otra parte, que se había marchado con Philippe. Pregunté si podían darme su dirección, y me dijeron que se había ido a su casa de Marrakech. Evidentemente, había efectuado su habitual viaje a Marruecos. Sin embargo, después de haber colgado el auricular, hube de acostarme, muy a pesar mío, y reflexioné larga y tristemente. He aquí el motivo por el cual Philippe había aceptado con gusto la idea de la partida. Me dolió que no me lo hubiera dicho y que me hubiese dejado aceptar su ofrecimiento como un generoso sacrificio. Hoy, mirando

hacia el pasado, soy mucho más indulgente. Incapaz de separarse de ella y queriéndome, sin embargo, Philippe había hecho cuánto había podido para concederme todo cuanto podía escamotear de una pasión que se hacía demasiado evidente.

Las primeras cartas que recibí de América, deshicieron, no obstante, esta impresión. Eran tiernas y no parecían fingidas; parecía lamentarse en ellas de mi ausencia y desear compartir conmigo una vida que le gustaba.

Éste es un país para ti, Isabelle, un país de comodidades y perfección, un país de orden y cosas bien hechas. Nueva York podría ser una gigantesca casa gobernada por una Isabelle preciosa y todopoderosa.

Y en otra carta:

¡Cuánto te echo de menos, amor mío! Cuánto me gustaría encontrarte por la noche en este hotel habitado únicamente por un teléfono demasiado activo. Tendríamos juntos una de esas largas conversaciones que tanto me gustan; pasaríamos revista a los hombres, a todo lo ocurrido durante el día, y tu clara y pequeña inteligencia tendría para mí ideas preciosas. Luego, me dirías, sin duda vacilando y con aparente indiferencia: “¿De veras te parece tan linda esta señora Cooper Lawrence con quién has estado toda la tarde?”. A lo que yo te contestaría abrazándote, y nos miraríamos riendo. “¿No es verdad, cariño mío?”.

Y leyendo estas cosas, sonreía y me sentía agradecida a él por conocerme tan bien y aceptarme así.

CAPÍTULO DIECISIETE

TODO es inesperado en la vida, y quizás es siempre así hasta el fin. Esta separación, que yo había temido tanto al principio, figura en la historia de mi vida como un período de relativa felicidad. Estaba demasiado sola, pero leía y trabajaba. Por otra parte, me sentía muy cansada y dormía hasta muy tarde. La enfermedad es una forma de felicidad moral, porque impone a nuestros deseos e inquietudes unos límites precisos. Philippe estaba muy lejos, pero yo sabía que estaba contento y bien. Me escribía cartas encantadoras. Jamás se interpuso una sombra entre nosotros, ni tuvimos una disputa. Solange estaba en Marruecos, alejada de mi marido por siete u ocho días de navegación. El mundo me parecía más bello, la vida más fácil y más dulce de lo que había sido para mí durante mucho tiempo. Ahora, comprendía una frase que me había dicho Philippe en cierta ocasión y que yo, entonces, había considerado monstruosa:

El amor soporta mejor la muerte o la ausencia que la duda o la traición.

Philippe me había hecho prometer que visitaría a nuestros amigos. Cené una vez en casa de los Thianges y dos o tres veces en casa de tía Cora. Ella había envejecido mucho. Su colección de viejos generales, de viejos almirantes y de viejos embajadores estaba siendo liquidada por la muerte. Muchos de sus mejores ejemplares faltaban ahora y no habían sido sustituidos por otros. Incluso llegaba a quedarse dormida algunas veces en una butaca, en medio de un grupo amistoso e irónico. Decíase que moriría durante una cena. Pero yo sentía agradecimiento por ella porque en su casa había conocido a Philippe, y le era fiel. Incluso dos o tres veces, comí sola con ella, lo que era contrario a todas las tradiciones de la casa de la avenida Marcean. Pero un día, comencé a hacerle confidencias y ella me animó a continuarlas. Llegué a contarle toda la historia de mi vida, mi infancia primero; después, mi matrimonio y luego, el papel desempeñado por Solange, y mis celos. Ella me escuchaba sonriente.

—Bien, si no tienes nunca desgracias más graves puedes considerarte una mujer feliz... ¿De qué te quejas? ¿No te es fiel tu marido? Los hombres no son fieles jamás...

—Perdóneme, tía, pero mi suegro...

—Tu suegro era un ermitaño. Yo lo conocí mejor que tú... Pero, ¡vaya un mérito! Edouard pasó toda su juventud fuera de la capital, en un ambiente

inverosímil... Careció de tentaciones... Pero toma como ejemplo a mi pobre Adrien. ¿Crees que no me engañó nunca? Querida Isabelle, durante veinte años de mi vida tuvo por amante a mi mejor amiga, Jeanne de Casa-Ricci. Naturalmente, no voy a decirte que esto no me pareciera desagradable al principio, pero las cosas se arreglaron... Recuerdo el día de nuestras bodas de oro... Había invitado a todo París... El pobre Adrien, que estaba un poco bebido, pronunció un discurso en el que habló a la vez de mí, de Jeanne y del almirante... Naturalmente, los comensales se rieron, pero, en el fondo, todo esto era muy amable. Y nosotros éramos muy viejos, habíamos vivido a nuestro modo, y nada había ocurrido que no tuviera remedio... Por otra parte, como la cena era buena, nadie se preocupó de pensar en lo demás.

—Sí, tía, pero todo depende del carácter de las personas. Para mí, la vida sentimental es esencial, y la vida mundana me es indiferente. Entonces...

—Pero, ¿quién te ha dicho que no debemos ser sentimentales? Naturalmente, quiero mucho a mi sobrino y no soy yo quien le aconsejaría que se buscara amante... No, claro que no... Pero si a Philippe le gustan los *flirts* a pesar de tener una mujer joven y bonita, no te regañaría si, por tu parte, quisieras llenar tu vida... Sé bien que aquí, en esta misma casa, hallarías hombres a quienes puedes gustar...

—¡Tía! Yo creo en el matrimonio.

—Claro... Yo también creo en el matrimonio, pero he tenido ocasión de comprobar que el matrimonio es una cosa y el amor, otra... Hay que poseer un sólido bastidor, pero a nadie se le ha prohibido bordar arabescos... Claro que hay formas de... Lo que disgusta en las muchachas jóvenes de ahora es que no tienen en cuenta los matices.

Mi tía me habló largo rato en este tono. Me divertía, incluso nos queríamos, pero no habíamos nacido para comprendernos. Durante la ausencia de Philippe, fui también invitada por quienes tenían relaciones comerciales con él, los Sommervieu. Creí que mi deber era aceptar estas invitaciones porque podían ser útiles para Philippe. Cuando llegué a su casa, lamenté haber ido, porque me di cuenta en el acto de que no conocía a nadie de los que allí estaban. La casa era muy bella, amueblada con un gusto un poco demasiado moderno para mi agrado, pero no estaba mal. A Philippe le hubieran interesado los cuadros: había unos Marquets, un Sisley y un Lebourg. La señora Sommervieu me presentó a hombres y mujeres desconocidos. Las mujeres, la mayor parte muy lindas, estaban cubiertas de joyas. Los hombres, casi todos del tipo «gran ingeniero», fuertes y de rostro

enérgico. Escuchaba sus nombres sin prestar atención, sabiendo de antemano que los olvidaría.

—La señora Godet —dijo la dueña de la casa.

Miré a la señora Godet que era una joven rubia un poco ajada. También fui presentada a un tal señor Godet, oficial de la Legión de Honor, un hombre que parecía poseer un carácter autoritario. Nada sabía de ellos y, no obstante, pensé: “¿Godet? ¿Godet? Me parece que conozco este nombre”.

Y pregunté a la señora de la casa:

—¿Quién es el señor Godet?

—Es un gran personaje en la metalurgia —dijo la señora Sommervieu—. Es el administrador delegado de las Fundiciones del Oeste, y es el accionista más poderoso de las Hulleras. Pensé que Philippe debía de haberme hablado de él, o tal vez Villier.

Godet fue mi vecino de mesa. Leyó mi tarjetón con curiosidad porque no había entendido mi nombre, y me dijo de pronto:

—¿Es usted acaso la señora de Philippe Marcenat?

—Sí.

—Conozco mucho a su marido. En su casa o, mejor dicho, en casa de su padre, en el Limousine, hice mi aprendizaje... Tristes principios. Tuve que ponerme al frente de una fábrica de papel, y esto no me interesaba. Desempeñaba allí un papel un poco triste. Su suegro era un hombre severo, con quien era difícil trabajar. ¡Ah, sí! Gandumas significa para mí un recuerdo desagradable. —Rió y añadió—: Perdóneme que le haya dicho esto.

A medida que hablaba, iba comprendiendo... Misa, era el marido de Misa... Todo el relato de Philippe acudió a mi memoria, tan evidente como si sus frases aparecieran grabadas ante mis ojos. Así aquella mujer de dulces y tristes ojos que estaba sentada al otro lado de la mesa, sonriendo alegremente a su vecino, era aquella misma que Philippe había amado, sentados ambos sobre unos cojines, ante un fuego agonizante... No podía creerlo. En mi imaginación, aquella cruel, aquella voluptuosa Misa había adquirido la apariencia y el tono de una Lucrecia Borgia o de una Hermione. ¿Me la había descrito tan mal Philippe? Pero tenía que hablar con el marido.

—Recuerdo que Philippe me ha hablado de usted en distintas ocasiones. —Y añadí tras una pausa difícil—: La señora Godet, ¿no fue una gran amiga de la primera mujer de mi marido?

Dejó de mirarme y, también él, pareció confuso. “¿Qué es lo que sabe?”, pensé.

—Sí —dijo—, fueron amigas desde niñas. Luego, ocurrieron cosas. Odile no se portó bien con Misa, quiero decir Marie-Thérèse, pero llamo a mi mujer Misa.

—Sí, claro.

Luego, al darme cuenta de que mi contestación era un poco rara, comencé a hablar de otras cosas. Me habló de las relaciones entre Francia y Alemania en el mundo del acero, del cok y de la hulla. Me demostró la influencia de las grandes cuestiones internacionales en la política extranjera. Tenía ideas muy amplias que me interesaron. Le pregunté si conocía a Jacques Villier.

—¿El marroquí? —me dijo—. Sí, forma parte de uno de mis consejos de administración.

—¿Le parece a usted inteligente?

—Apenas le conozco; creo que ha tenido suerte...

Después de comer, procuré encontrarme a solas con su mujer. Sabía que Philippe me lo hubiera prohibido y hubiera tratado de impedirme que hablara con ella. Ella pareció sorprenderse, y le dije:

—Durante la cena su marido me ha recordado que conoció usted en otro tiempo al mío.

—Sí —dijo ella fríamente—. Julien y yo vivimos algunos meses en Gandumas.

Me dirigió una extraña mirada, a la vez interrogadora y triste. Parecía pensar: “¿Es que sabe usted la verdad? ¿Es fingida esta amabilidad?”.

Y, cosa extraña, no me disgustó, sino todo lo contrario. Me pareció simpática. Aquella gracia, aquel aire melancólico y serio, me atraían.

“Parece una mujer que ha sufrido mucho —me decía a mí misma—. ¡Quién sabe! Quizá quiso la felicidad de Philippe. Quizá, porque lo amaba, quiso defenderlo de una mujer que sólo podía hacerlo desgraciado. ¿Es esto un crimen tan grande?”.

Me senté a su lado e intenté que perdiera su desconfianza. Al cabo de una hora, conseguí que hablara de Odile. No podía hacerlo sin experimentar un cierto malestar que demostraba de qué modo aquel recuerdo despertaba todavía en ella vivos sentimientos.

—Para mí es muy difícil hablar de Odile —me dijo—. La quise mucho y la admiré mucho. Me hizo mucho daño y murió. No quiero hablar mal de ella y, mucho menos, ante usted.

Y me miró de nuevo con aquella mirada suya tan extraña y llena de interrogaciones.

—¡Oh! —dije—. No me crea hostil a su recuerdo. He oído hablar tanto de Odile que he llegado a considerarla como parte integrante de mí misma. Debió de ser muy bella.

—Sí —contestó tristemente—, fue admirablemente bella. Sin embargo, había en sus ojos algo que no me gustaba. Una cierta... no quisiera decir falsedad..., sería demasiado..., era... No sé cómo explicárselo. Era algo como una doblez triunfante. Odile era un ser que necesitaba dominar. Quería imponer su voluntad y su verdad. Su belleza le había dado confianza en sí misma y creía, casi de buena fe, que si afirmaba una cosa, ésta tenía que ser verdad. Con su marido, que la adoraba, lo consiguió, pero no conmigo, y por esto no me quería.

Yo escuchaba y sufría. Hablaba de nuevo la Odile de Renée, la Odile de mi suegra, casi la Solange de Hélène de Thianges, y no la Odile de Philippe que era la que yo amaba.

—¡Qué extraño! —dije—. Me describe usted a una mujer fuerte y voluntariosa, y Philippe me ha dado la impresión, cuando ha hablado de ella, de que era una mujer frágil, enfermiza, un poco infantil y, en el fondo, muy buena.

—Sí —contestó Misa—, y es verdad también, pero creo que superficialmente. El verdadero fondo de Odile era una audacia de... en fin, no sé cómo decírselo... una audacia de soldado, de guerrillero. Por ejemplo, cuando quería esconder..., pero no, no quiero contarle esto a usted.

—Lo que usted considera audacia, Philippe lo llama valor: dice que ésta era una de sus grandes cualidades.

—Como usted quiera. Es exacto en cierto sentido, pero carecía del valor de imponerse determinados límites por sí misma. Tenía valor para ejecutar lo que quería. Tenía cierta belleza, pero era menos difícil.

—¿Tiene usted hijos? —le pregunté.

—Sí —me contestó mirando al suelo—, tres: dos niños y una niña.

Hablamos durante la noche y nos separamos habiendo fundamentado una amistad. Por primera vez, me sentía en desacuerdo con un juicio de Philippe. No, aquella mujer no era mala. Había sido amante y celosa. ¿Podía yo censurarla? En el último instante, tuve un arranque que me reproché luego. Le dije:

—Hasta la vista. Estoy muy contenta de haber hablado con usted. Estoy sola en estos momentos y quizá pudiéramos salir juntas.

Cuando abandoné el salón, me dije que había cometido una torpeza y que Philippe no me aprobaría. Cuando se enterara de que había hablado con Misa,

me censuraría vivamente y tendría razón.

Pero incluso ella debió de haber experimentado cierto placer en nuestra conversación. Quizás había sentido curiosidad por conocerme o saber de mi matrimonio, porque me telefoneó dos días más tarde y nos citamos para un paseo por el Bois. Quería que volviese a hablarme de Odile; saber, por ella, los gustos, las costumbres y las manías de Odile y, quizá, con esto gustaría más a Philippe, a quien no me atrevía a interrogar sobre el pasado. Hice numerosas preguntas a Misa: *¿Cómo se vestía Odile? ¿Quién era su modista? Me habían dicho que ella sabía arreglar muy bien las flores, ¿cómo podía ser tan personal una cualidad como ésta? Explíqueme... Pero es curioso, me dice usted, y me lo dicen todos, que poseía un gran encanto, y por ciertos detalles que usted me da, había en ella rasgos desagradables... Entonces, ¿en qué consistía ese encanto?*

Pero Misa se mostró incapaz de darme siquiera una idea de todo esto, e incluso me di cuenta de que también ella planteaba la misma pregunta sin descubrir jamás la respuesta. En lo que me había dicho de Odile encontraba tan sólo ese amor a la naturaleza que hallaba también en Solange y una espontánea vivacidad de la que yo carecía.

“Soy demasiado metódica —pensaba—, desconfío demasiado de mis entusiasmos. Creo que el lado infantil de Odile era su alegría, que gustaba a Philippe tanto o más que sus cualidades morales”.

Llegamos luego a hablar más íntimamente de Philippe, y le dije cuánto lo quería.

—Sí —me replicó—, pero, ¿es usted feliz con él?

—Muy feliz. ¿Por qué?

—Por nada... Lo pregunto solamente. Por otra parte, comprendo que usted lo quiera; es muy atractivo. Pero, al mismo tiempo, hay en él una debilidad tan grande con respecto a las mujeres del tipo de Odile que esto debe de hacerle muy difícil como marido.

—¿Por qué dice usted «mujeres»? ¿Sabe usted de alguna otra que no fuera Odile?

—No, pero lo presiento. Comprenda usted que se trata de un hombre en quien la devoción y el amor apasionado deben más bien alejar... En fin, le hablo de esto sin saber nada; le conozco muy poco, pero lo imagino. Cuando le traté, encontré en él atisbos de futilidad y frivolidad que lo empequeñecían. Pero sabe usted que todo esto que digo carece de importancia. Le he visto muy pocas veces en mi vida.

Me sentía incómoda, y esto parecía encantarla. ¿Tenía razón Philippe? ¿Era mala de veras? Al volver a casa, pasé un día horrible. Encontré, sobre la chimenea, una cariñosa carta de Philippe. Y pedí perdón por haber dudado de él. Ciertamente era un hombre débil, pero yo también amaba esa debilidad y, en las frases ambiguas de Misa con respecto a él, no quería ver otra cosa que decepción amorosa. Varias veces me insistió para que saliera con ella e incluso me invitó a cenar. Pero rehusé.

CAPÍTULO DIECIOCHO

SE ACERCABA el final de la ausencia de Philippe. Yo no sentía nada más que una prodigiosa alegría. Mi salud se había restablecido e incluso me encontraba ahora mejor que antes de mi embarazo. Aquella espera, el sentimiento de la vida que se formaba en mí me daban la calma y la serenidad que necesitaba. Hacía grandes esfuerzos para que Philippe tuviera una sorpresa al volver a casa. Sin duda, habría visto mujeres muy bellas en América y casas perfectas. A pesar de mi estado, a causa de éste cuidé mis vestidos. Cambié algunos pormenores de la distribución de nuestros muebles, porque Misa me había dado algunas ideas sobre cosas que quizás hubiese amado Odile. El día de su llegada, llené la casa con loca profusión de flores blancas. Aquel día, vencí lo que Philippe había llamado, riendo, mi «sórdida economía».

Cuando, en la estación de Saint-Lazare, descendió Philippe del tren trasatlántico, me pareció rejuvenecido y alegre, con el rostro bronceado por seis días de navegación. Todo en él eran recuerdos y cosas que contarme. Los primeros días fueron muy agradables. Solange estaba todavía en Marruecos; yo había tenido el cuidado de enterarme de esto previamente. Antes de remprender su trabajo, Philippe se tomó ocho días de vacaciones que me dedicó por completo.

Durante estos ocho días, ocurrió algo que me reveló claramente la espiritualidad de mi marido. Una mañana, salí de casa alrededor de las diez para ir a probar en casa de la modista. Philippe quedóse aún en cama. Poco después de mi partida, sonó insistentemente el timbre del teléfono. Acudió él, y le respondió una voz para él desconocida.

—¿La señora Marcenat?

—No —dijo—. Aquí, el señor Marcenat. ¿Con quién hablo, por favor?

Un ruido seco le indicó que habían cortado la comunicación. El hecho le sorprendió. Hizo gestiones para saber quién había sido y esto le llevó mucho tiempo. Le comunicaron que la llamada había procedido de la Bolsa, lo que, sin duda, debió ser un error y no concretaba nada. Al volver, me dijo:

—¿Quién pude haberte telefoneado de la Bolsa?

—¿De la Bolsa? —le pregunté, sorprendida.

—Sí, de la Bolsa. Han preguntado por ti y cuando he dicho que era yo quien hablaba, colgaron.

—¿Qué extraño! ¿Estás seguro?

—Ésta es una pregunta indigna de ti, Isabelle. Sí, estoy seguro. Por otra parte, la voz era perfectamente clara.

—¿De hombre o de mujer?

—De hombre, naturalmente.

—¿Por qué «naturalmente»?

Nunca habíamos hablado en este tono, y, a pesar mío, yo parecía muy disgustada. Si me hubiera dicho que era una voz de mujer, hubiera pensado inmediatamente que la llamada procedía de Misa —lo había hecho con bastante frecuencia— y no me atrevía a nombrarla. Estaba molesta contra Philippe, que parecía acusar a una mujer a quien adoraba y, sin embargo, experimentaba yo placer en ello. ¿Estaría celoso de mí? Con asombrosa rapidez, sentía nacer en mí a una mujer a quien desconocía, una Isabelle un poco irónica, un poco coqueta y un poco compasiva. ¡Querido Philippe! Si hubiese sabido hasta qué punto yo no existía más que por él y para él, hubiera estado bien tranquilo, demasiado tranquilo. Después de comer, me preguntó con una negligencia que me recordó algunas de mis propias frases:

—¿Qué harás esta tarde?

—Nada. Iré de compras. Después, tomaré el té en casa de la señora Brémont, a las cinco.

—¿Te molestaría que te acompañara, puesto que estoy de vacaciones?

—Al contrario, estaría encantada. No me has acostumbrado a tanta gentileza. Nos encontraremos a las seis.

—Pero, ¿no podría acompañarte de compras?

—Claro... Pero creía que querías ir al despacho para ver la correspondencia.

—No tengo prisa. Iré mañana.

—Eres un marido delicioso cuando vienes de viaje, Philippe.

Salió conmigo y pasamos la tarde con una violencia nueva en nosotros. En el cuaderno de Philippe, hallo una nota que se refiere a este paseo. Me ha revelado sentimientos cuya intensidad no conocí hasta este momento.

“Parece como si durante esta ausencia ella hubiese adquirido una especie de fuerza y de seguridad en sí misma que antes no tenía. Sí, esto es, seguridad en sí misma. ¿Por qué? Es raro. Desciende del coche para comprar unos libros y, al bajar, me dirige una mirada cariñosa que, no obstante, me parece extraña. En casa de la señora Brémont, ha tenido una larga conversación con

el doctor Gaulin. Me sorprendí intentando aprehender el tono en que ellos hablaban. Gaulin contaba sus experimentos efectuados en ratones.

—Tome usted ratones vírgenes —decía él—; y coloque a su lado jóvenes ratoncillos; no se ocuparán de ellos; los dejarán morir de hambre si usted no interviene. Pero inyécteles extracto de ovario. Al cabo de dos días, serán unas madres admirables.

—¡Qué interesante! —dijo Isabelle—. Me gustaría mucho verlo.

—Pase por mi laboratorio y se lo enseñaré.

—Me pareció entonces, durante un instante, que la voz de Gaulin era la que había oído por teléfono”.

Jamás he podido comprobar mejor lo absurdo de los celos que cuando leí esta nota, porque nunca fue más descabellada una sospecha. El doctor Gaulin es un médico amable, inteligente, que estuvo muy de moda entre las gentes elegantes durante aquellos días, y experimentaba un gran placer escuchándolo, pero jamás se me había ocurrido la idea de que pudiera interesarme como hombre. Desde que me casé con Philippe me había sentido completamente incapaz de «ver» siquiera a un hombre que no fuera él; todos me parecían unos objetos macizos destinados a servir a Philippe o a perjudicarlo. No me hubiera imaginado nunca amándolos. Y, sin embargo, sobre un trozo de papel clavado por Philippe al anterior con un alfiler, leo esto:

“Estando acostumbrado a confundir el amor con los sentimientos de la duda, empiezo a creer que quizás experimento de nuevo esos efectos. Esta misma Isabelle que tres meses atrás me parecía demasiado asidua, demasiado presente, no puedo ahora retenerla a mi lado tanto cuánto deseo. ¿Es posible que haya sentido a su lado esta impresión de invencible hastío? Ahora, soy aparentemente menos feliz, pero no me hastío un solo instante. Isabelle está muy asombrada de mi nueva actitud. Es tan modesta que desconoce el verdadero sentido de mi cambio. Esta mañana, me ha dicho:

—Si no tienes inconveniente, iré esta tarde al Instituto Pasteur a ver los experimentos de Gaulin.

—No, no irás —le dije.

—Me miró asombrada de mi violencia.

—¿Por qué, Philippe? Oíste el otro día que hablábamos de esto; me pareció muy interesante.

”—Gaulin tiene una manera de comportarse con las mujeres que no me gusta nada.

”—¿Gaulin? ¡Vaya una idea! Me he encontrado muchas veces con él durante este invierno, y no me he dado cuenta de lo que dices. Pero tú apenas lo conoces. Lo viste durante diez minutos en casa de los Brémont.

”—Precisamente, durante esos diez minutos...

”Entonces, por primera vez desde que la conozco, Isabelle sonrió con una sonrisa que hubiera podido ser de Odile.

”—¿Estás celoso? —me preguntó—. ¡Ah! Esto me divierte mucho...”.

Recuerdo esta escena. Yo, en efecto, estaba un poco divertida y, tal como acabo de escribir, me sentía muy dichosa. Ese espíritu de Philippe que durante tanto tiempo había hallado cerrado, objeto inalcanzable que en vano intentaba yo aprehender y abrir, de pronto parecía hallarse en mis manos. Esto fue para mí una gran tentación y si en mi vida tengo derecho a cierta indulgencia, ésta corresponde a este período, porque me di cuenta entonces de que, si yo quería desempeñar cierto juego, un juego de coquetería y de misterio, podía sujetar a mi marido con una firmeza enteramente nueva. No podía dudarlo. Me permití dos o tres inofensivas experiencias. Sí, Philippe era así. La duda lo torturaba y lo sujetaba, al mismo tiempo. Pero también sabía que la duda era para él un sufrimiento continuo, una obsesión. Lo sabía porque había leído la historia de su vida anterior, y lo comprobaba, también a diario. Intranquilo, a causa de mis actos y de mis palabras, sumíase en tristes meditaciones, dormía mal y había cesado de tener interés por sus asuntos. ¿Cómo podía dejarse arrastrar por estas locuras? Esperé a mi hijo durante cuatro meses; y durante ese tiempo, no pensé más que en el niño y en él. Pero él no se daba cuenta.

No quise jugar este juego que, sin embargo, hubiese podido ganar. El único pequeño crédito que solicito es el único gran sacrificio que llevé a cabo, pero lo hice, y quisiera creer que por su causa, tú, Philippe, me hubieras perdonado mis sombríos y tristes celos y esas mezquindades que algunas veces, tan justamente, te habían irritado. También yo hubiera podido sujetarte, privarte de tu fuerza, de tu libertad y de tu dicha; yo también hubiese podido inspirarte esa dolorosa inquietud que tú temías, que tú buscabas. Y no he querido. He querido amarte sin ardides, combatir a pecho descubierto. Me entregué a ti sin defensa, cuando tú mismo me ofrecías las armas. Creo que hice bien. Me parece que el amor ha de ser algo más grande que esa guerra cruel entre amantes. Debe ser posible confesar que se ama y, sin embargo, hacerse amar. Ésa era tu debilidad, amor mío, la necesidad de ser salvado así

del tedio por la locura de aquéllas a quienes amabas. Pero yo no concebía el amor de este modo. Yo me sentía capaz de una devoción total e incluso de una esclavitud. Nada en el mundo existía para mí que no fueras tú. Una catástrofe hubiera podido aniquilar en torno nuestro a todos los hombres que conocíamos y, si tú te hubieses salvado, no me hubiera parecido tan grave. Tú eres mi universo. Pero dejarte que lo vieras y lo comprendieras era quizás una imprudencia. Mas poco me importaba. Contigo, amor mío, no deseaba seguir una política prudente. Era incapaz de fingir y de toda prudencia. Te amaba.

En pocos días, la claridad de mi conducta y la calma de mi vida devolvieron la tranquilidad al espíritu de Philippe. A pesar de lamentarlo, no volví a ver a Gaulin, aun cuando era un hombre agradable. Me encerré casi por completo.

Los últimos meses de mi embarazo me fueron muy penosos. Me veía deforme y no quería salir con Philippe porque temía disgustarle. Durante las últimas semanas, me acompañó devotamente, permaneció constantemente a mi lado y tomó la costumbre de leer para mí. Jamás nuestro matrimonio se pareció más al que yo había soñado. Habíamos vuelto a leer juntos algunas grandes novelas. En mi juventud, había leído a Balzac y Tolstoi, pero no los había comprendido bien. Ahora, todo me parecía lleno de auténtico contenido. Yo era la Dolly de las primeras páginas de *Ana Karenina*; incluso Ana era un poco Odile y otro poco Solange. Cuando Philippe leía, yo adivinaba que estaba efectuando las mismas comparaciones.

Algunas veces, una frase evocaba de modo tan evidente nuestro matrimonio o a mí misma, que Philippe levantaba la vista del libro y me miraba con una sonrisa que no podía contener; yo también sonreía.

Hubiera sido muy feliz si Philippe no me hubiese parecido todavía triste. No se quejaba de nada, y gozaba de buena salud, pero suspiraba con frecuencia y, sentado en una butaca cerca de mi lecho, dejaba caer sus brazos con laxitud o se pasaba las manos sobre los ojos.

—¿Estás cansado, amor mío? —le preguntaba.

—Sí, un poco. Creo que tengo necesidad de un cambio de aires. Este despacho durante todo el día...

—Seguramente. Tanto más cuanto que el resto del día lo pasas a mi lado. Sal, querido... Diviértete... ¿Por qué no vas al teatro o a los conciertos?

—Tú sabes que no me gusta ir solo.

—¿Acaso Solange no vendrá pronto? No debía de haber estado fuera más de dos meses. ¿No has tenido noticias suyas?

—Sí, me ha escrito —dijo Philippe—. Ha prolongado su estancia en Marruecos. No quiere dejar solo a su marido.

—¡Cómo! Si lo deja solo todo el año... ¿Por qué de pronto esta solicitud? Es muy raro.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Philippe, molesto—. Esto es todo lo que ha escrito y no puedo decirte nada más.

CAPÍTULO DIECINUEVE

POR FIN, unas semanas antes de mi alumbramiento, volvió Solange. Me acongojó la brusca transformación que se operó en Philippe. Una noche, volvió rejuvenecido y alegre. Me trajo flores y grandes camarones que tanto me gustaban. Se paseó con animación en torno a mi lecho, con las manos metidas en los bolsillos y contándome divertidas anécdotas del despacho con respecto a los editores a quienes había visto durante el día. “¿Qué le sucede —me preguntaba a mí misma—, por qué esta animación?”.

Cenó al lado del lecho y, descuidadamente, sin mirarle, le pregunté:

—¿Todavía no tienes noticias de Solange?

—¿Cómo? —me preguntó Philippe con una soltura demasiado evidente—. ¿No te he dicho que me había telefoneado esta mañana? Está en París desde ayer.

—Me alegro por ti, Philippe. Tendrás ya una compañera para salir mientras yo me sienta incapaz de acompañarte.

—Estás loca, Isabelle, no te dejaré un solo instante.

—Yo te exijo que me dejes. Por otra parte, no estaré sola; mi madre no tardará en llegar a París.

—Es verdad —dijo Philippe con actitud soñadora—; no debe de estar muy lejos a estas horas. ¿De dónde era su último telegrama?

—Era un radiograma enviado desde a bordo, y según me dijeron en las Messageries, mi madre llegará mañana a Suez.

—Me alegro mucho por ti —dijo Philippe—, es de agradecer que haya hecho este largo viaje para asistir al parto.

—Mi familia es como la tuya, Philippe; los nacimientos y las muertes constituyen fechas solemnes. Recuerdo que los funerales de mis primos de provincias constituían para mi padre una verdadera diversión.

—Mi abuelo Marcenat —decía Philippe—, cuando ya era muy viejo y el médico le prohibía que asistiera a los entierros, se lamentaba mucho: “No puedo acompañar el féretro del pobre Ludovic —decía—, y, sin embargo, no me sobran distracciones...”.

—Me parece que estás muy alegre esta noche, Philippe.

—¿Yo? ¡Oh, no...! Pero hace un tiempo magnífico. Tú sigues bien. Va a terminar esa pesadilla de nueve meses. Estoy contento. Es natural.

Me sentía humillada viéndole tan animado y sabiendo la causa de esta resurrección. Cenó aquella noche con un apetito semejante al que había tenido en Saint-Moritz y que, desde hacía muchos meses, había perdido, siendo para mí la causa de una gran inquietud. Después de cenar, le vi nervioso. Bostezó. Le dije:

—¿Quieres que leamos un poco? Está muy bien ese libro de Stendhal que empezaste ayer por la noche...

—¡Ah sí! *Lamiel*. Sí, es muy interesante. Si quieres...

E hizo una mueca de aburrimiento.

—Escucha, Philippe. ¿Sabes lo que deberías hacer? Ve a darle las buenas noches a Solange; no la has visto desde hace cinco meses; será lo más correcto.

—¿Tú crees? Pero no quiero dejarte sola. Y, además, no sé si está en su casa o si podré verla. Es la primera noche de su regreso y debe de estar con la familia o con la de Jacques.

—Telefonéale.

Había esperado que se defendería mejor, pero inmediatamente cedió a la tentación.

—Bueno, voy a intentarlo —y salió.

Cinco minutos más tarde, volvió con el rostro radiante, y me dijo:

—Ya que te es igual, iré en un momento a casa de Solange y estaré allí un cuarto de hora.

—Quédate todo el tiempo que quieras. No me disgusta y esto te hará bien. Pero dame las buenas noches cuando vuelvas, aunque sea muy tarde.

—No será muy tarde. Son las nueve; estaré de vuelta a las diez menos cuarto.

Vino a medianoche. Esperándole, leí un poco y lloré mucho.

CAPÍTULO VEINTE

MI MADRE llegó de China algunos días antes del nacimiento de mi hijo. Al verla, me asombré de sentirla tan cerca y tan lejos de mí al mismo tiempo, más de lo que hubiera pensado. Criticó nuestro género de vida, nuestros criados y nuestros muebles, e incluso nuestros amigos, y sus reproches hicieron vibrar en mis cuerdas invisibles y lejanas que producían, débilmente, el mismo sonido. Pero ese viejo fondo familiar estaba ya cubierto por una espesa «zona Philippe» y lo que le asombraba y le sorprendía, me parecía a mí natural. No tardó en darse cuenta de que Philippe no me concedía demasiada atención en aquellas últimas semanas de mi embarazo, con todo y tan atento como hubiera podido ser. Sufrí cuando me dijo:

—Vendré a hacerte compañía esta noche porque no supongo que tu marido tenga el valor de quedarse en casa.

Y me reproché, entonces, sufrir por orgullo más que por amor. Sentí que no hubiese venido antes del regreso de Solange, en los momentos en que Philippe, fuera de sus horas de trabajo, no me dejaba un solo instante. Hubiese querido demostrarle que yo también podía ser amada. A menudo, de pie al lado del lecho, me contemplaba con aire crítico que reanimaba en mí todas mis angustias de muchacha. Atenta y casi hostil, colocaba su dedo sobre la raya de mi peinado.

—Encaneces —decía.

Y era verdad.

Cuando Philippe volvía a medianoche y había pocos transeúntes en la calle, yo escuchaba los pasos de éstos para reconocer los suyos. Escucho aún ese rumor decepcionante que crecía haciendo nacer en mí la esperanza de que se detuviera y que luego continuaba decreciendo y alejándose. Un hombre que se ha de detener ante una puerta aminora sus pasos unos momentos antes. Y a Philippe lo reconocía en ese ritmo que se aminoraba. El rumor ligero de un timbre circulaba por toda la casa. Se oía el rumor de una puerta al abrirse y cerrarse. Era él. Me prometía a mí misma mostrarme alegre e indulgente, y casi cada día lo recibía quejándome. Incluso a mí me molestaba la monotonía y la violencia de las frases que pronunciaba entonces.

—Sí —decía Philippe con un aire cansado—, no puedo más, Isabelle: te lo aseguro... ¿No te das cuenta de hasta qué punto eres incoherente...? Eres tú quien me suplica que salga; yo te obedezco y luego, me llenas de

reproches: ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué me encierre en casa? Entonces, dímelo y me encerraré... Sí, te lo prometo, me encerraré... Todo antes que estas incesantes disputas... Pero, te lo ruego, no intentes ser generosa a las nueve de la noche y mezquina a medianoche.

—Sí, Philippe, tienes razón... Soy odiosa. Te juro que no volveré a hacerlo.

Pero al día siguiente, un demonio tentador me dictaba las mismas vanas frases. Sobre todo, me sentía encolerizada contra Solange. Me parecía que en semejante momento de mi vida hubiese debido de tener el tacto de no apartarme de mi marido. Vino a verme. La conversación fue muy difícil. Vino con un magnífico abrigo de marta y me recomendó a su peletero. Después, llegó Philippe; ella debió de haberle anunciado su visita porque vino antes que de costumbre. El abrigo se convirtió en un accesorio inútil, casi invisible, y ocupó su lugar el jardín de Marrakech.

—No puede usted imaginar lo que es aquello, Isabelle... Por las mañanas, me paseo con los pies descalzos por las tibias baldosas, en medio de los naranjos. Hay rosas y jazmines trepadores en torno a cada columna. A través de las flores y de las hojas se ven las *zelliges*^[4] de color azul pálido... y a lo lejos, las nieves del Atlas que brillan como un hermoso diamante —la misma imagen del diamante de Saint-Moritz, pensé—. Y las noches... La luna a la que los cipreses parecen señalar con un negro dedo... La guitarra árabe en un jardín vecino... ¡Ah, Marcenat, Marcenat, cuánto me gusta esto...!

Con la cabeza un poco inclinada atrás, parecía respirar el perfume de los jazmines y las rosas de que había hablado.

Cuando se fue, Philippe la acompañó hasta la puerta y volvió un poco confuso a sentarse ante la chimenea de mi habitación.

—Deberías ir conmigo a Marruecos, un día —dijo después de una larga pausa—. Realmente, es muy bello... Toma, te he traído un libro de Robert Etienne sobre los bereberes y su vida... Es una especie de novela y, al mismo tiempo, un poema..., es magnífico.

—¡Pobre Philippe! —dije—. Cómo te compadezco por tu preocupación por las mujeres. ¡Cuán comediantes son!

—¿A quién te refieres, Isabelle?

—Lo digo porque es verdad. Conozco muy bien a las mujeres y son muy poco interesantes...

Sentí, por fin, los primeros dolores. El parto fue largo y difícil. La emoción de Philippe me produjo un vivo placer. Estaba pálido, más asustado que yo. Vi cuánto le preocupaba mi vida. Su emoción me daba ánimos

porque, para intentar darle confianza, martirizaba completamente mis nervios y le hablaba de nuestro hijo, porque estaba segura de que sería un niño.

—Le llamaremos Alain, Philippe; tendrá las cejas un poco levantadas como tú, y se paseará de un lado a otro con las manos en los bolsillos cuando tenga algo que le preocupe... Porque a él le preocuparán muchas cosas, ¿verdad, Philippe? Hijo de tales padres... ¡Qué herencia!

Philippe intentaba sonreír, pero yo me daba cuenta de que estaba emocionado. Cuando mis dolores fueron más fuertes, le dije que me tomase la mano entre las suyas.

—Recuerdas, Philippe, mi mano sobre las tuyas... *Sigfrido*...

Éste fue el principio de todo.

Un poco más tarde, desde la habitación en que me encontraba, oí al doctor Cris decirle a Philippe:

—Su señora tiene un valor asombroso; pocas veces lo he visto.

—Sí —contestó Philippe—, mi mujer es algo extraordinaria. Espero que no le suceda nada.

—¿Qué ha de sucederle? —replicó el doctor—. Es un parto normal.

Dijeron de cloroformizarme en los últimos momentos, pero yo no quería. Cuando abrí los ojos, vi a Philippe a mi lado radiante y feliz. Me besó la mano.

—Tenemos un niño, amor mío.

Quise verlo y me decepcioné.

Mi madre y la de Philippe se habían instalado en el saloncito contiguo a mi habitación. La puerta estaba abierta y con los ojos cerrados y amodorrada, oía sus pronósticos pesimistas sobre la educación de aquel hijo. Aun cuando fuesen tan diferentes y estuviesen, sin duda, en perfecto desacuerdo en casi todas las cosas, hallaban la lealtad de su generación para criticar a un matrimonio más joven.

—Será digno de verse —decía la señora Marcenat—. Philippe se ocupará de todo menos de la educación de su hijo, y con Isabelle, que sólo se ocupará de Philippe, resultará que el chiquillo hará lo que le dé la gana...

—Claro —decía mi madre—, la gente sólo tiene esta palabra en los labios: la felicidad. Es preciso que los niños sean felices, que el marido sea feliz, que la amante sea feliz, que los criados sean felices, y para conseguir esto se pasa por encima de las conveniencias, se suprimen obstáculos, se prescinde de castigos y sanciones y se perdona todo antes de que el perdón haya sido, no diré merecido, sino suplicado. Es incomprensible. ¿Y cuál es el resultado? Si cuando menos ellos fuesen tan felices como usted y yo, señora,

lo hemos sido, lo comprendería. Pero lo cómico es que ellos son menos felices que nosotros. Veo que mi hija... ¿Duerme? ¿Duermes, Isabelle?

No contesté.

—Es curioso que esté tan soñolienta al tercer día —dijo mi madre.

—¿Por qué la cloroformizaron? —dijo la señora Marcenat—. Le dije a Philippe que yo, en su lugar, no lo hubiera permitido. Una debe dar a luz a sus hijos por sí misma. Yo he tenido tres; desgraciadamente, dos se perdieron, pero a los tres los tuve por mí misma. Estos alumbramientos artificiales son tan malos para la madre como para el niño. Me ha disgustado mucho saber que Isabelle estaba tan mimada. Buscaría en toda nuestra familia —y hay Marcenat en diez provincias— y no encontraría ni una sola mujer que hubiese aceptado esto.

—¿De veras? —preguntó cortésmente mi madre, que había sido quién había aconsejado el cloroformo, pero que, como mujer de un diplomático, no quería suscitar una cuestión que hubiera sido desfavorable a la conjugada ofensiva que le gustaba dirigir, con la señora Marcenat, contra las jóvenes generaciones—. Le decía —continuó mi madre en voz muy baja— que veo a mi hija y me doy cuenta de que no es feliz. No por causa de Philippe, que es un marido muy amable y no más mujeriego que los demás. No, es que se analiza a sí misma, está inquieta, consulta constantemente el barómetro de su matrimonio, de «su amor», como ella dice... ¿Acaso ha pensado usted alguna vez en el estado de su matrimonio, señora? Yo, muy poco. He intentado ayudar a mi marido en su carrera. He tenido una casa muy complicada que dirigir; estábamos muy ocupados y todo iba bien... Lo mismo que con respecto a la educación de los hijos. Isabelle dice que quiere que Alain tenga, sobre todo, una juventud más agradable que la suya. Pero yo le aseguro a usted que ella no ha tenido una juventud desagradable. La he educado un poco severamente; no lo lamento; ya ve usted el resultado.

—Si no hubiese sido educada como usted lo ha hecho —dijo la señora Marcenat en voz muy baja también—, Isabelle no hubiese llegado a ser la mujer tan deliciosa que es ahora. Le debe a usted un gran agradecimiento y mi hijo, también.

Yo seguía inmóvil, porque esta conversación me divertía. “Quién sabe. Quizá tenga razón”, me decía.

Dejaron de entenderse cuando se discutió el sistema de lactancia de Alain. Mi suegra decía que debía alimentarlo yo misma y que tenía horror hacia las amas inglesas. Mi madre me decía:

—Ni lo intentes; con lo nerviosa que eres, dejarías de hacerlo al cabo de tres semanas, después de haber enfermado a tu hijo.

Tampoco Philippe lo quería. Pero yo concedía a esta decisión una importancia simbólica y me obstinaba en ella. Los resultados fueron los que mi madre había pronosticado. Todo me decepcionaba después de este nacimiento tan anhelado. Yo había alimentado en él grandes esperanzas que la realidad fue impotente para satisfacer. Había creído que aquel niño sería una atadura nueva y más fuerte entre Philippe y yo. No lo fue. La verdad era que Philippe se interesaba poco por un hijo. Lo veía una vez al día y se entretenía hablando inglés con el ama durante unos minutos; luego, se convertía en el Philippe que yo siempre había conocido, dulce y lejano, y una vaga bruma de tristeza invadía su tierna y melancólica cortesía. Ahora, incluso me parecía que era mucho más que tedio. Philippe estaba triste. Salía con menos frecuencia. Al principio, creí que era por bondad, porque sentía escrúpulos de dejarme sola cuando estaba todavía tan débil. Varias veces, cuando mi madre o una amiga me anunciaban su visita, le decía:

—Philippe, sé que las conversaciones familiares te aburren. Telefonea a Solange y llévala esta noche al cine.

—¿Por qué te empeñas en que salga siempre con Solange? —me decía—. Puedo pasar dos días sin verla.

¡Pobre Philippe! No, no podía vivir dos días sin verla. Sin saber exactamente por qué, sin conocer nada de la vida secreta de Solange, me daba cuenta de que algo había cambiado en sus relaciones desde que había regresado de Marruecos, y que Philippe sufría por su causa.

No me atreví a interrogarle sobre este particular. Pero sólo en el aspecto de su rostro podía seguir el progreso de esa enfermedad moral. Desde hacía algunas semanas, había adelgazado de manera casi increíble. Su rostro había amarilleado y sus ojos se habían hundido. Se quejaba de que dormía mal y tenía la mirada fija y habitual de los que duermen poco. A la mesa, era silencioso, pero hacía esfuerzos para hablarme; me hacía sufrir ese esfuerzo visible, más aún que su silencio.

Renée vino a verme y me trajo ropita para el niño. Inmediatamente, vi que se había operado en ella un gran cambio. Había organizado su vida de trabajo y me habló del doctor Gaulin en términos que me hicieron pensar que se había convertido en su amante. Desde hacía algunos meses se hablaba de esto en Gandumas, pero negándolo. La familia mantenía cordiales relaciones con Renée y temía verse obligada, por razones de su propio código, a no recibirla si su virtud no se admitía como un axioma. Pero cuando la vi, supe que los

Marcenat, consciente o inconscientemente, se equivocaban. Su alegría era la de una mujer que ama y es amada.

Desde mi matrimonio me había alejado mucho de ella e incluso en varias circunstancias la había juzgado dura y casi hostil, pero aquel día mantuvimos, casi sin cesar, el tono de nuestras largas conversaciones de durante la guerra. Llegamos a hablar de Philippe, incluso íntimamente. Con una gran franqueza, Renée me dijo, por primera vez desde que nos conocimos, que lo había amado y que había sufrido mucho cuando me casé con él.

—Ese día, Isabelle, casi llegué a odiarte. Después, orienté mi vida de otra forma y todo esto me parece ahora muy extraño a mí. Nuestras emociones más fuertes llegan a desvanecerse y cuando contemplamos la mujer que hemos sido, la observamos con la misma curiosidad e indiferencia que si se tratara de otra.

—Sí —le dije—, es posible. Yo todavía no he llegado a esto. Quiero a Philippe como el primer día, e incluso mucho más. Me siento capaz de hacer por él sacrificios que no hubiera hecho hace seis meses.

Renée me miró un instante sin decir nada, con la mirada de un médico.

—Sí, lo creo —dijo por último—. Te he dicho en seguida, Isabelle, que no echo de menos nada; pero es algo más fuerte que esto. ¿Quieres que te sea franca? Constantemente, me felicito por no haberme casado con Philippe.

—Y yo, por haberlo hecho.

—Sí, lo sé muy bien, porque le quieres y porque, como él, has adquirido la detestable costumbre de buscar la felicidad en el sufrimiento. Pero Philippe es un ser terrible, no del todo malo, al contrario, pero terrible porque está obsesionado. Yo he conocido a Philippe desde niño. Era ya él mismo, salvo que quizás en este momento hay en él otros Philippes posibles. Por otra parte, Odile fijó sin duda para siempre su personalidad de amante. El amor está unido a él según cierto tipo de rostro, una cierta locura en las acciones y una cierta gracia un poco inquietante y no muy correcta... Y, como al mismo tiempo es de una sensibilidad absurda, este tipo de mujer, el único al que puede amar, le hace muy desgraciado... ¿No es cierto?

—Es verdad y no lo es, Renée. Sé muy bien que es absurdo decir siempre «Soy amada»; no obstante, Philippe me ama, no hay duda de ello... Pero, al mismo tiempo, es exacta su necesidad de mujeres distintas, de mujeres tipo Odile, tipo Solange... ¿Conoces a Solange Villier?

—Mucho. No me he atrevido a decírtelo, pero era en ella en quién pensaba.

—Sí, puedes hablarme de ella; no soy del todo celosa, aunque lo he sido... ¿Se dice por ahí que Solange es la amante de Philippe?

—¡Oh, no! Al contrario. Se dice que durante su último viaje a Marruecos se enamoró de Robert Etienne, que, como sabes, es ese escritor tan famoso que ha escrito una interesante obra sobre los bereberes... En los últimos tiempos, en Marrakech, ha vivido con él. Acaba de llegar a París; es un gran escritor y un hombre exquisito. Gaulin, que le conoce, lo aprecia mucho.

Me quedé pensativa un instante. Era lo que yo había supuesto. El nombre de Etienne explicaba para mí ciertas conversaciones de mi marido. Uno tras otro, me había comprado todos los libros de Etienne. Me había leído en voz alta algunos fragmentos y me había preguntado mi opinión. Me habían gustado. Sobre todo, esa larga meditación que tiene por título *Prière au jardin des Oudaïas*. *Es muy bello* —me había dicho Philippe—, *sí, realmente es muy bello, es salvaje*. ¡Pobre Philippe, cuánto debía sufrir! Sin duda, analizaba ahora todas las frases y todos los ademanes de Solange, lo mismo que antes había analizado los de Odile, para hallar en ellos las huellas del desconocido. Sin duda, perdíanse sus noches sin sueño en esa vana y torturadora necesidad. ¡Ah, de qué modo me encolerizo ahora contra esa mujer!

—Me parece muy justa, Renée, esa observación que hiciste antes con respecto a la detestable costumbre de buscar la voluptuosidad en el sufrimiento... Pero cuando las circunstancias nos fuerzan a iniciar de este modo nuestra vida sentimental, como es el caso de Philippe y el mío, ¿es posible cambiar todavía?

—Yo creo que siempre es posible cambiar cuando se desea con la suficiente vehemencia.

—Pero, ¿cómo desearlo, Renée? ¿Es que no es necesario haber cambiado ya?

—Gaulin te diría: *Estudiando el mecanismo y dominándolo*. Es decir, siendo un poco más inteligente.

—Pero Philippe es inteligente.

—Mucho. Pero Philippe se sirve demasiado de su sensibilidad y apenas, de su inteligencia...

Discutimos animadamente hasta que regresó Philippe. Renée tenía una manera científica de hablar de las cosas que me apaciguaba, convirtiéndome en una persona semejante a muchas, en una especie de enamorada con una etiqueta.

Philippe pareció contento de ver a Renée y le pidió que se quedara a cenar con nosotros. Por primera vez desde hacía algunas semanas, habló con

animación durante la cena. Le gustaban las ciencias y Renée le contaba nuevos experimentos que él desconocía. Cuando pronunció de nuevo el nombre de Gaulin, Philippe le preguntó bruscamente:

—¿Conoces mucho a Gaulin?

—¡Ya lo creo! Es mi jefe —dijo.

—¿No es el amigo de Robert Etienne, el marroquí, en fin, el autor de *Prière au jardin des Oudaïas*?

—Sí —dijo Renée.

—¿Conoces a Etienne? —le preguntó Philippe.

—Mucho.

—¿Qué clase de hombre es?

—Muy interesante.

—¡Ah! —murmuró Philippe. Y añadió trabajosamente—: Sí, también me parece a mí que tiene talento... Pero, a veces, el hombre es inferior a su obra...

—No es éste el caso —replicó Renée, implacable.

La miré con aire suplicante. Philippe permaneció silencioso durante el resto de la velada.

CAPÍTULO VEINTIUNO

VI MORIR a mi lado el amor de Philippe por Solange Villier. No me habló nunca más de ella. Al contrario, deseaba vivamente dejarme pensar que nada había cambiado en sus relaciones. Por otra parte, la veía aún con frecuencia, pero mucho menos que antes, y no hallaba en estos encuentros un placer tan puro como en otro tiempo. No regresó de sus paseos contento y rejuvenecido, sino grave y, algunas veces, desesperado. Llegué a pensar que iba a confiarse a mí. Me tomaba la mano entre las suyas, y me decía:

—Isabelle, eres tú quien ha elegido la mejor parte.

—¿Por qué, amor mío?

—Porque...

Pero se callaba y yo no le comprendía muy bien. Continuaba enviando flores a Solange y considerándola como una mujer amada. Don Quijote y Lanzarote continuaban siendo fieles. Pero las notas que encuentro en sus cuadernos pertenecientes al año 1923 son muy tristes.

“17 de abril. Paseo con S... Montmartre. Hemos ido hasta la Place du Tertre y nos hemos sentado en la terraza de un café. *Croissants* y limonadas. Solange me ha pedido una pastilla de chocolate y la saborea como una chiquilla. Volví a hablar de las mismas impresiones que había olvidado desde el período Odile-François. Solange quiere ser natural, afectuosa; es muy cariñosa conmigo y me demuestra una gran bondad. Pero me doy cuenta de que piensa en otro. Posee esa misma languidez que poseyó Odile desde su primera fuga y, lo mismo que ella, rehúye toda explicación. En cuanto me propongo hablarle de ello o de nosotros, se evade, inventa un juego. Se divierte hoy contemplando a los transeúntes y adivinando su vida por sus ademanes y su aspecto. En torno a un chófer que detiene su taxi ante nuestro café y se instala a una mesa junto con las dos mujeres, a quienes acompaña en su coche, imagina toda una novela. Intento no quererla más, y apenas puedo conseguirlo. La encuentro más seductora que nunca. Esa fortaleza suya, esa tez tostada...

”—Amor mío —me dice—, estás triste. ¿Qué te sucede? ¿Ya no te parece divertida la vida? Piensa que en cada una de esas pequeñas y raras casas viven hombres y mujeres cuyas vidas sería interesante observar. Piensa que en París

existen centenares de plazas como ésta o docenas de París en el mundo. ¡Y todo es admirable!

—No soy de tu opinión, Solange; considero que la vida es un espectáculo muy curioso cuando se es joven. Pero cuando se llega como yo a los cuarenta años y se ha descubierto al apuntador, las costumbres de los actores y los hilos de la intriga, le asalta a uno la necesidad de irse.

—No me gusta que hables de ese modo. Todavía no has visto nada.

—Sí, mi pobre Solange. He visto ya el tercer acto; y no me parece ni bueno ni divertido. Siempre la misma situación, y veo perfectamente que será así hasta el fin. Y esto me basta; no tengo deseos de ver el desenlace.

—Eres un mal público —dijo Solange—. Tienes una mujer deliciosa, amigas encantadoras...

—¿Amigas?

—Sí, amigas; conozco muy bien tu vida”.

“Todo esto sabe terriblemente a Odile. Lo que no me perdono es complacerme en mi tristeza. Hay un misterioso placer en dominar la vida de este modo lo mismo que un espectáculo melancólico, placer de orgullo, sin duda, vicio Marcenat. Lo necesario sería no ver más a Solange. Quizá todo se apaciguase entonces. Pero verla y no amarla, no es posible”.

“18 de abril. Tuve ayer una larga conversación sobre el amor con uno de mis amigos que tiene más de cincuenta años y pasa por haber sido uno de los donjuanes de su tiempo. Lo que más me asombró fue comprender cuán poca felicidad había conseguido de las aventuras que los demás le envidiaban.

—En el fondo —decía—, no he amado más que a una mujer: a Claire P. E incluso de ella llegué a cansarme al cabo del tiempo.

—Y, sin embargo —le dije—, es una mujer encantadora.

—¡Oh! No puede usted juzgarla ahora. Es amanerada, melindrosa. Se ha hecho la máscara de una actitud que fue natural en ella en otro tiempo. No, amigo mío, ni siquiera puedo volver a verla.

—¿Y las demás?

—Las demás no fueron nada.

”Y cité, entonces, a la mujer que en aquellos momentos pasaba por llenar todas sus aspiraciones.

—No la amo del todo —me dijo—. La veo por costumbre. Me hace sufrir horriblemente. Me ha engañado muchas veces. Ahora, puedo juzgarla: no, no significa nada.

”Escuchándolo, me preguntaba si existe el amor romántico o si hay que renunciar a él. Sólo la muerte lo salva del fracaso (*Tristán*), lo que le condena”.

“19 de abril. Viaje a Gandumas. El primero después de tres meses. Algunos obreros han venido a hacerme partícipe de sus dificultades: miserias y enfermedades. Al espectáculo de estas dolencias reales, las mías, imaginarias, me han hecho enojecer. Y, sin embargo, también entre los obreros existen dramas sentimentales.

”Pasé toda la noche en vela meditando sobre mi vida. Creo que ha sido un continuo error. Aparentemente, he hecho un oficio. De hecho, mi sola ocupación ha sido perseguir una felicidad absoluta que imaginaba alcanzar a través de las mujeres, y no hay una búsqueda más inútil. El amor absoluto no existe, lo mismo que el Gobierno perfecto, y el oportunismo del corazón es la única sabiduría sentimental. Con demasiada frecuencia, nuestros sentimientos son las estatuas de ellos mismos. En un instante, podría librarme de la obsesión de Solange, si me decidiera a contemplar la verdadera imagen de Solange, que se halla en mí, desde que la conozco, que siempre ha estado en mí, dibujada por un artista exacto y cruel, y que me niego a mirar”.

“20 de abril. A pesar de que para Solange no represente ya nada, siempre que quiero librarme de ella, tira de los antiguos lazos y me ata firmemente a ella, todavía. ¿Coquetería o caridad?”.

“23 de abril. ¿Dónde está la falta? Solange ha evolucionado como Odile. ¿Acaso he cometido por esto los mismos errores? ¿Hice, tal vez, la misma elección? ¿Hay que esconder siempre lo que se siente para conservar al ser amado? ¿Se ha de ser hábil combinando y enmascarando entonces todo lo que uno quisiera entregar? No lo sé”.

“27 de abril. Cada diez años, deberíamos borrar de nuestro espíritu algunas ideas que la experiencia ha demostrado ser falsas y peligrosas.

”Ideas a borrar:

”a). *A las mujeres pueden ligarlas un juramento o una promesa.* Es falso. Las mujeres carecen de moral; dependen, para sus costumbres, de aquéllos a quienes aman.

”b). *Existe una mujer perfecta con quien el amor sería una continuidad de goces sin mezcla alguna de los sentidos, del espíritu y del corazón.* Dos seres

humanos unidos entre sí son como naves sacudidas por las olas; los cascos chocan y gimen”.

“*28 de mayo*. Cena en la avenida de Marceau. Tía Cora agoniza entre asados de pollo y orquídeas. Hélène ha venido a hablarme de Solange.

”—¡Pobre Marcenat! —me ha dicho—. ¡Cómo está usted desde hace unas semanas...! Comprendo, naturalmente, que sufra.

”—No sé qué quiere decir.

”—Que la ama todavía.

”—He protestado”.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

ESTAS notas me muestran a un Philippe mucho más lúcido y dueño de sí del que yo había conocido hasta ahora. Creo que su inteligencia se halla mucho más libre, pero en remotas profundidades se ocultaba aún un Philippe esclavo. Parecía tan desgraciado que varias veces me pregunté si no me sentiría capaz de ir a ver a Solange y rogarle que volviera a él. Pero esto me pareció una locura tan grande que no me atreví a cometerla. Por otra parte, ahora odiaba a Solange y me daba cuenta de que a solas con ella no hubiera sabido dominarme. Continuamos encontrándola en casa de los Thianges; luego —cosa que no había hecho jamás—, Philippe no quiso volver a visitar a Héléne.

—Ve tú porque no quiero que pueda creer que estamos disgustados con ella. Esto sería injusto porque Héléne es muy amable. Pero no puedo ir a su casa, te lo aseguro. A medida que envejezco, me horroriza la vida de sociedad... Un rincón ante el hogar, un libro, tú..., he aquí lo que es ahora mi felicidad.

Sabía que era sincero. Sabía, también, que si en estos momentos hubiera encontrado a una mujer joven, linda y frívola que con una invisible mirada le hubiese hecho la indicación que él aguardaba, inmediatamente y sin saberlo, hubiera transformado su filosofía y explicado que, después de un día de trabajo, tenía necesidad de ver caras nuevas y distraerse. Al principio de nuestro matrimonio, recuerdo que me entristecí pensando en esos cráneos enteramente cerrados que nos ocultan los pensamientos de aquéllos a quienes amamos. Philippe se había hecho transparente para mí. A través de una leve membrana, en donde se movía una red de delicadas vesículas, veía ahora todos esos pensamientos y esas debilidades y le amaba mucho más que antes. Recuerdo que, una vez, en su despacho, le miré largamente, sin decir nada.

—¿En qué piensas? —me preguntó sonriendo.

—Intento verte cómo te vería si no te quisiera, y quererte aún de ese modo.

—¡Dios mío, qué complicado! ¿Y lo consigues?

—¿Cómo? ¿Amarte de esta forma? Sí, y no me cuesta ningún esfuerzo.

Aquella tarde, me propuso que fuéramos a Gandumas antes que de costumbre.

—Nada me retiene en París. También allí me ocuparé de mis asuntos. Además, el aire del campo le sentará bien a Alain y mi madre estará menos sola. No tenemos más que ventajas.

Aquella partida era todo lo que yo deseaba. En Gandumas, Philippe me pertenecía. Mi único temor era que se aburriese allí, pero, al contrario, vi que recobraba rápidamente su equilibrio espiritual. En París, aun cuando hubiese perdido a Solange, por lo menos le quedaba una esperanza tenaz y, sin duda, vana. Se había hecho instintivo en él un movimiento cuando oía el timbre del teléfono, movimiento que yo conocía muy bien y del que él no se había curado.

Cuando salíamos, yo, que experimentaba dolorosamente todos los estremecimientos de Philippe, no ignoraba que temblaba a la idea de encontrar a Solange en cualquier sitio y que, no obstante, lo deseaba. Sabía que aún la amaba mucho, y que, si ella quería, volvería inmediatamente a su lado. Él lo sabía, pero sabía también que su dignidad y la preocupación de su felicidad le impedían, tanto una como otra, dejarse vencer por su amor. En Gandumas, en un escenario al que la imagen de Solange no había estado nunca asociada, comenzó a olvidarla. A los ocho días, tenía ya mejor aspecto; sus mejillas se habían llenado; sus ojos se habían esclarecido y dormía mejor.

El tiempo era magnífico. Juntos, efectuamos largos paseos a pie. Philippe me decía que, en lo sucesivo, quería imitar el ejemplo de su padre e interesarse en las alquerías. Fuimos cada día a la Guichardie, a Bryères y a Resonzac.

Philippe pasaba la mañana en la fábrica, y cada día, por la tarde, salía conmigo.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? —me dijo—. Llevémonos un libro y te leeré en el bosque.

En los alrededores de Gandumas, había bellos lugares umbríos. Philippe leía para mí, unas veces, sentados sobre el musgo o en el borde de una larga avenida sobre la cual se juntaban las ramas de los árboles, formando como una especie de bóveda de catedral de tierno color verde; otras veces sentados sobre un tronco o en uno de los bancos que en otro tiempo instaló el abuelo Marcenat. Le gustaban mucho los dos *Etudes de femmes*. *Les secrets de la princesse de Cadignan*, o ciertas novelas de Mérimée, como *La double méprise* o *Le vase étrusque*, o algunos cuentos de Kipling y determinados poemas. Algunas veces, levantaba la cabeza y me preguntaba:

—¿Te aburro?

—¡Qué va! Nunca he sido tan feliz.

Me miraba un instante y continuaba después. Cuando la lectura había terminado, discutíamos sobre los personajes y sus caracteres y, con frecuencia, llegábamos a hablar de personajes reales. Un día, elegí un libro cuyo título me negué a mostrar a Philippe.

—¿Qué es ese libro misterioso? —me preguntó, cuando estuvimos sentados.

—Es un libro que he cogido de la biblioteca de tu madre y que ha desempeñado un papel muy importante en nuestra vida. Al menos, así me lo dijiste en cierta ocasión.

—Ya lo sé. Es mi *Petits soldáis russes*. Estoy contento de que lo hayas encontrado, Isabelle. Déjamelos.

Lo hojeó y pareció un tanto divertido y un poco decepcionado.

Propusieron la elección de una reina, una joven colegiala a quien todos conocíamos; Ana Sokolov. Era una muchacha muy bella, esbelta, elegante e inteligente... Inclinando la cabeza ante la reina, nos juramos acatar las leyes.

—¡Pero si es delicioso, Philippe! Además, eres tú... “*Inclinando la cabeza ante la reina, nos juramos acatar las leyes*”. Es una historia muy interesante. La reina desea algo y el héroe va en su busca, venciendo innumerables contratiempos... Espera... Déjame el libro... “*Dios mío, Dios mío —exclamó la reina—, qué grandes trabajos habéis pasado por mí. ¡Oh, gracias!*”. Estaba muy contenta y, estrechándome de nuevo la mano, añadió: “*Si he de ser siempre vuestra reina, pediré al general que os recompense particularmente*”. La saludé y, también yo, me retiré muy satisfecho... Tú has continuado siendo toda tu vida ese muchacho, Philippe. Lo único que ha ocurrido es que tu reina ha cambiado con frecuencia.

Philippe, sentado en un soto, cogía pequeñas ramas y las quebraba con las puntas de los dedos, tirándolas inmediatamente sobre la hierba.

—Sí —dijo—, la reina ha cambiado con frecuencia. Lo cierto es que jamás encontré la reina..., es decir, nunca exactamente, ¿comprendes?

—¿Quién ha sido la reina, Philippe?

—Lo fueron muchas mujeres. Denise Aubry un poco..., pero fue una reina imperfecta. ¿Te he dicho que la pobre Denise Aubry ha muerto?

—No, Philippe... ¿Era muy joven? ¿De qué ha muerto?

—No lo sé. Me lo dijo mi madre el otro día. Me ha causado una penosa impresión darme cuenta de que carecía de importancia para mí la muerte de una mujer que durante varios años fue para mí el centro del universo.

—Después de Denise, ¿quién fue la reina?

—Odile.

—¿Fue la reina que estuvo más cerca de tus sueños?

—Sí, porque fue magníficamente hermosa.

—Después de Odile... ¿Un poco Héléne de Thianges...?

—Quizás un poco. Pero, sobre todo, tú, Isabelle.

—¿Yo? ¿De veras? ¿Mucho tiempo?

—Mucho tiempo.

—Luego, Solange...

—Sí, luego, Solange...

—¿Y es todavía la reina, Philippe?

—No, pero, sin embargo, no conservo un mal recuerdo de Solange. Hay en ella algo tan vivo y tan fuerte... Me sentía más joven a su lado. Era una agradable sensación.

—Debes verla otra vez, Philippe.

—Sí, volveré a verla cuando esté completamente curado. Pero ella no será ya la reina. Esto se ha acabado.

—Y ahora, Philippe, ¿quién es la reina?

Vaciló un instante y me dijo, mirándome:

—Tú.

—¿Yo? Fui destronada hace mucho tiempo...

—Quizá fuiste destronada porque eras celosa, mezquina e injusta. Pero desde hace tres meses, has sido tan valerosa y tan sencilla que te he devuelto la corona. Por otra parte, no puedes imaginar cuánto has cambiado, Isabelle. No eres la misma.

—Lo sé, amor mío. En el fondo, una mujer enamorada no puede tener personalidad; dice, a veces, que posee una e intenta demostrarlo, pero no es verdad. No, intenta comprender a la mujer que el hombre a quien ama desea encontrar en ella, y convertirse en esa mujer... Contigo, Philippe, esto es muy difícil porque no se sabe exactamente lo que deseas. Tienes necesidad de fidelidad y de ternura; también tienes necesidad de coquetería e inquietud. ¿Qué es lo que hay que hacer? Yo he elegido la fidelidad, que es lo más próximo a mi manera de ser... Pero creo que todavía te será necesario, durante mucho tiempo, tener cerca de ti a otra mujer más inestable y huidiza. La gran victoria que he conseguido sobre mí misma es que puedo aceptar a esa otra mujer y que incluso la acepto con resignación y alegría. Lo que, al cabo del tiempo, he considerado como más importante, es que si se ama de veras no debe concederse demasiada importancia a los actos del ser amado. Nosotros tenemos necesidad de él; él nos hace vivir en una cierta «atmósfera»

(tu amiga Héléne dice «un clima» y es exacto) sin la cual no nos sería posible vivir. Entonces, puesto que podemos protegerlo y conservarlo, ¿qué importancia tiene lo demás? La vida es tan corta, tan difícil... ¿Hubiese tenido yo el valor de regatearte, mi pobre Philippe, algunas horas de felicidad que podían haberte dado todas esas mujeres? No, he progresado mucho; no soy celosa; no sufro.

Philippe se recostó sobre la hierba y apoyó su cabeza en mis rodillas.

—Yo, en cambio —dijo Philippe—, no considero las cosas de este modo. Pienso que todavía podría sufrir, y sufrir mucho. Para mí, la brevedad de la vida no es un consuelo. Es breve, es cierto, pero ¿con respecto a qué? Para nosotros lo significa todo... Me doy cuenta, no obstante, de que estoy entrando en una zona más tranquila. Recordarás, Isabelle, que, en otras ocasiones, te he hablado de mi vida como de una sinfonía en la que los temas se mezclan; el del Caballero, el del Cínico y el del Rival. Todavía puedo oír a los tres en un tono mayor. Pero comprendo, también, que en la orquesta hay un único instrumento, no sé cuál, que repite con firme dulzura un tema de cierto número de notas, tiernas y apaciguadoras. Es el tema de la serenidad; se parece al de la vejez.

—Pero eres joven, Philippe.

—Ya lo sé. Por esto el tema me parece muy dulce. Más tarde, apagará todos los sonidos de la orquesta y echaré de menos el tiempo en que escuchaba los restantes temas.

—Lo que algunas veces me entristece, Philippe, es pensar que el aprendizaje es tan largo. Me dices que valgo más que antes y creo que es verdad. A los cuarenta años, quizá comience a comprender un poco la vida, pero será demasiado tarde... Esto es todo. ¿Crees posible, amor mío, que dos seres puedan vivir perfectamente unidos, sin una nube entre ellos?

—Esto acaba de ser posible desde hace una hora —dijo Philippe, levantándose.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

MI PERÍODO de verdadera felicidad conyugal fue aquel verano transcurrido en Gandumas. Creo que Philippe me ha amado dos veces: durante unas semanas, antes de mi matrimonio, y durante aquellos tres meses, de junio a septiembre. Era muy cariñoso, sin ninguna doble intención. Su madre casi nos había obligado a que ambos compartiéramos la misma habitación. Insistió mucho en ello, no comprendía por qué marido y mujer duermen separados. Y esto nos había unido todavía más. Me gustaba despertarme en brazos de Philippe. Alain acudía a jugar en nuestro lecho. Estaba en plena dentición, pero era un chiquillo animoso. Cuando lloraba, Philippe le decía:

—Has de reír, Alain; tienes una madre estoica, muchacho.

Creo que el chiquillo llegó a comprender las dos palabras «reír, Alain», porque hacía entonces un esfuerzo para contener sus gritos y abría su boquita para parecer contento. Esto era muy singular y Philippe comenzó a querer a su hijo.

El tiempo era magnífico. Cuando mi marido regresaba de la fábrica le gustaba «tostarse» al sol. Colocábamos dos butacas sobre el césped, ante la casa, y permanecíamos silenciosos, sumidos en vagas ensoñaciones. Me complacía pensar que, con toda certidumbre, las mismas imágenes hallábanse entonces en nuestros espíritus: los matojos, el castillo de Chardeuil en ruinas y que hacía temblar el aire ardiente, más lejos las curvas vaporosas de las colinas, y más lejos aún, el rostro de Solange y la mirada un poco dura de sus hermosos ojos; en el horizonte, sin duda, un paisaje florentino, los largos techos suavemente inclinados, las cúpulas, los cipreses sustituyendo a los pinos en las colinas, y el angelical rostro de Odile... Sí, yo también pensaba en Odile y en Solange, y esto me parecía completamente natural y necesario. Algunas veces Philippe me miraba y me sonreía. Sabía yo que estábamos maravillosamente unidos y me sentía feliz. La campana nos llamó a cenar desasiéndonos de aquella languidez voluptuosa.

—¡Ah, Philippe! Quisiera pasar así toda mi vida a tu lado, adormecida, sin otra cosa que tu mano entre las mías, la tibieza de este aire y los brezos. Es tan delicioso todo esto y al mismo tiempo tan melancólico, ¿no te parece? ¿Por qué será así?

—Los momentos más bellos son siempre melancólicos. Uno se da cuenta de que son fugitivos; se quisiera aprehenderlos y no es posible. Cuando yo era niño, sentí siempre esto mismo en el circo, más tarde, en los conciertos, cuando era demasiado feliz. Y me decía, entonces: “Dentro de dos horas, todo se habrá acabado”.

—Pero, ahora, Philippe, tenemos, por lo menos, treinta años ante nosotros.

—Treinta años son muy poca cosa.

—¡Oh! Yo no pido más.

También mi suegra parecía percibir esta nota pura y encantadora de nuestra felicidad.

—Por fin —me dijo un día—, veo vivir a Philippe como siempre había deseado que viviera. ¿Sabes, Isabelle, lo que deberías conseguir si fueses inteligente? Que Philippe viviera siempre en Gandumas. París no le sienta bien. Philippe es como su padre, que, en el fondo, fue tímido y sensible, a pesar de su carácter reservado. Toda esa agitación de París y todos esos sentimientos complejos lo enferman.

—Creo, madre, que, desgraciadamente, se aburriría.

—No soy de esa opinión. Su padre y yo vivimos aquí durante dieciséis años, los mejores de nuestra vida.

—Quizá, pero él ha adquirido otras costumbres. Yo sería muy feliz, porque me gusta vivir sola, pero él...

—Te tendrá a ti.

—No le bastará siempre.

—Eres demasiado modesta, Isabelle, y no tienes confianza en ti misma. No hay que abandonar la lucha como tú haces.

—No abandono la lucha, madre. Al contrario, estoy segura ahora de que saldría triunfante... Sé que permaneceré en su vida y que las otras pasarán rápidamente y que no contarán en sus sentimientos.

—¡Las otras! —exclamó mi suegra con sorpresa—. Realmente, posees una extraña debilidad.

Insistió con frecuencia sobre esto. Era cariñosamente tenaz. Pero me guardaba mucho de hablar con Philippe. Sabía que tal presión hubiera arruinado en el acto aquella perfecta armonía de la que yo tanto gozaba. Al contrario, temí que Philippe se aburriera y le propuse pasar los domingos visitando a varios vecinos o algunos rincones del Périgord o del Limousin, de los que me había hablado y que yo no conocía apenas. Me gustaba que me hiciera conocer en su compañía aquel país; me gustaba aquella provincia un

poco salvaje y, en los acantilados cortados a pico, aquellos castillos de enormes muros desde donde se podían admirar los magníficos paisajes de las riberas. Philippe me contaba leyendas y anécdotas. A mí, que tanto amaba la Historia de Francia, me emocionaba el redescubrimiento de los hombres: Hautefort, Biron, Brantôme. Algunas veces, tímidamente, interrumpía el relato de Philippe con el recuerdo de una lectura y experimentaba el placer de que él me escuchara con atención.

—¡Cuántas cosas sabes, Isabelle! —decía—. Eres muy inteligente; quizá más que ninguna otra mujer.

—No te rías de mí, Philippe —le suplicaba.

Por fin, experimentaba la sensación de ser descubierta por un amante a quien durante mucho tiempo había amado sin esperanza.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

PHILIPPE quiso que conociera las grutas del valle de la Vézère. El oscuro torrente que se deslizaba entre rocas cortadas y pulidas por el agua me gustó mucho, pero las grutas me decepcionaron. Bajo un calor sofocante, hubimos de escalar empinados senderos y pasar por estrechos corredores de piedras para poder ver los desvaídos bisontes dibujados en rojo sobre las paredes.

—¿De veras ves algo? —le pregunté a Philippe—. Puede ser un bisonte, pero también puede ser otra cosa.

—Apenas veo nada —dijo Philippe—. Vámonos, estoy helado. Después del calor de la ascensión, también yo había experimentado un frío glacial al entrar en aquella gruta. Mientras regresábamos, Philippe caminaba silencioso. Por la noche, se quejó de resfriado. Al día siguiente, por la mañana, me despertó muy temprano.

—No me encuentro bien —me dijo.

Me levanté inmediatamente, descorrí las cortinas y me asustó el aspecto de su cara; estaba pálido y tenía una angustiosa expresión; tenía ojeras y las aletas de su nariz se movían de un modo extraño.

—Pareces enfermo, Philippe; sin duda te resfriaste, ayer.

—Me cuesta mucho respirar. Tengo mucha fiebre. No será nada. Dame aspirina.

No quiso ver al médico y no me atreví a imponérselo. Pero cuando mi suegra, llamada por mí, vino a nuestra alcoba a las nueve de la mañana, hizo que se tomara la temperatura. Le trataba como a un niño enfermo, con una autoridad que me sorprendió. A pesar de las protestas de Philippe, hizo que viniera de Chardeuil el doctor Toury. Era un médico un poco tímido y muy cariñoso, que siempre, a través de sus lentes de concha, miraba largo rato a uno antes de hablar. Auscultó cuidadosamente a Philippe.

—Bronquitis —dijo—. Señor Marcenat, tiene usted, por lo menos, para ocho días.

Me hizo una señal y salí tras él. Me miró con una expresión bondadosa y confusa.

—Bien, señora —dijo—. Es muy desagradable. Su marido tiene una bronconeumonía. Al auscultarlo he percibido estertores en todo el pecho, casi

como en un edema pulmonar. Cuarenta de fiebre y ciento cuarenta pulsaciones... Es grave.

Me sentí anonadada. No comprendí muy bien.

—Pero no está en peligro, ¿verdad, doctor? —dije con un tono casi de broma, tan inverosímil me parecía que el vigoroso Philippe de la víspera estuviese muy enfermo.

Él pareció sorprendido.

—La bronconeumonía es siempre peligrosa. Hay que esperar antes de asegurar nada.

Me indicó luego lo que tenía que hacer.

Apenas recuerdo nada de los días que se sucedieron. Había sido lanzada bruscamente a aquella vida mística y claustral de la enfermedad. Cuidaba a Philippe haciendo todo cuanto podía, porque tenía la impresión de que las acciones útiles alejarían la misteriosa y terrible amenaza. Cuando nada podía hacer, permanecía a su lado, contemplándolo e intentando infiltrar en él, con mi mirada, una parte de mis fuerzas.

Durante los primeros días, me reconoció; estaba en tal estado de postración que no podía hablar, pero me daba las gracias con los ojos. Luego, empezó a delirar. Hubo un momento terrible para mí, durante el tercer día, porque creyó que yo era Solange. De pronto, en plena noche, comenzó a hablar, aunque con mucha dificultad.

—¡Ah! Has venido, Solange... Yo sabía que vendrías. Has sido muy buena.

Le costaba mucho pronunciar estas palabras, pero me miraba con una ternura desesperada.

—Bésame, Solange —murmuraba—, puedes hacerlo, estoy tan enfermo...

Sin saber lo que hacía, me incliné sobre él y, en mis labios, besó a Solange.

¡Ah, con qué alegría te hubiera dado a Solange, Philippe, si hubiera creído que su amor podía salvarte! Creo que si alguna vez llegué a amarte con toda perfección fue en ese momento, porque abdiqué. Yo no existía más que para ti. Durante aquel período de delirio, mi suegra estuvo presente varias veces en los momentos en que Philippe hablaba de Solange. Ni una sola vez sentí en mí la rebeldía del amor propio herido. Me decía solamente:

“Que viva, Dios mío, que viva”.

Al quinto día, tuve un poco de esperanza. Tomé su mano y observé que la temperatura había disminuido. Pero cuando vino el doctor y le dije:

—Esto va mejor; treinta y ocho tan sólo...

Me di cuenta de que se ensombrecía. Reconoció a Philippe, casi insensible.

—Bien —le dije tímidamente cuando se incorporó—. ¿No está mejor?

Suspiró y me miró tristemente.

—No —dijo—, al contrario. No me gustan estos bruscos descensos de la fiebre. Una pseudo crisis... Un mal síntoma.

—Pero no el síntoma del fin...

No respondió.

La fiebre volvió a subir rápidamente por la noche y los rasgos de Philippe se acusaron de una manera espantosa. Sabía, ahora, que iba a morir. Sentada a su lado, tomé su mano ardiente. No pareció darse cuenta. Y pensé:

“Vas a dejarme sola, querido. —E intenté imaginar aquella cosa inconcebible: la vida sin Philippe—. ¡Dios mío, y he podido tener celos!”.

Me juré entonces que si, milagrosamente, se salvaba Philippe no desearía otra cosa que su felicidad.

Mi suegra quiso relevarme a medianoche. Tercamente le dije que no con la cabeza. Conservaba siempre la mano de Philippe entre las mías. Y ahora, aquella mano se cubría de un sudor viscoso. Su difícil respiración me hacía daño. De pronto, abrió los ojos y me dijo:

—Isabelle, me ahogo; creo que me estoy muriendo.

Estas pocas palabras fueron pronunciadas con una voz muy clara y, después, volvió a sumirse en su amodorramiento anterior. Su madre me abrazó. El pulso de la mano de Philippe se hizo imperceptible. A las seis de la mañana, vino el médico y le hizo una punción que le reanimó un poco. A las siete, exhaló el último suspiro sin haber recobrado el conocimiento. Su madre le cerró los ojos. Pensé en una frase que había escrito en el momento de la muerte de su padre: *Estaré solo algún día ante la muerte. Mi deseo es que esto ocurra lo antes posible.*

Y ocurrió demasiado pronto, Philippe, como tú lo deseabas, amor mío. Creo que, si hubiese podido conservarte, hubiera sabido hacerte feliz. Pero nuestros destinos y nuestras voluntades se manifiestan casi siempre a destiempo.



ANDRÉ MAUROIS (Elbeuf, Normandía, 26 de julio de 1885 - Neuilly-sur-Seine, 9 de octubre de 1967) fue el seudónimo de Émile Herzog, Émile Salomon Wilhelm Herzog, novelista y ensayista francés.

Descendiente de una rica familia dedicada a la industria textil, realizó sus estudios secundarios en Ruan (Liceo Corneille) y superiores en Caen. Tuvo como profesor al filósofo Alain que le animó a tomar el camino de la escritura. Ante la perspectiva de tomar la dirección del negocio familiar, optó por la literatura.

Durante la I Guerra Mundial, sirvió como intérprete del Estado Mayor británico, lo que le familiarizó con el carácter y la cultura anglosajona.

En 1938 ingreso en la Academia francesa. Durante la II Guerra Mundial luchó por la Francia libre como capitán del ejército francés, y se refugió en Estados Unidos al negar su obediencia al gobierno pronazi de Vichy. Estuvo con las fuerzas aliadas en África del norte en 1943.

A su regreso a Francia, en 1946, siendo recibido con todos los honores, siguió escribiendo y llegó a alcanzar una avanzada edad, falleciendo a los 82 años el 9 de octubre de 1967.

Recibió en vida el homenaje del mundo intelectual -aparte de la admiración del público-, y, entre otras distinciones, la de académico, siéndole otorgada

también la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Notas

[1] Retracción pública que una persona hace de algo que había dicho o escrito. (*N. del Ed.* <<

[2] La mitomanía también se conoce como pseudología fantástica o mentira patológica. Como su nombre lo detalla, se trata de un trastorno psicológico que consiste en una conducta repetitiva del acto de mentir. (*N. del Ed.* <<

[3] A causa de que amamos demasiado la vida, por estar liberados de temor y esperanza, ahora, con una breve plegaria, nuestras gracias damos, a cualesquiera que puedan ser los dioses, de que ninguna vida eterna vida sea, de que los muertos nunca hayan de levantarse, y de que incluso el río que corre más cansado, por una parte u otra, en el mar desemboque. <<

[4] El *zellige* es un tipo de mosaico ornamental a base de trozos de azulejos de colores, llamados teselas. Es muy característico en la arquitectura marroquí y en general en todo el norte de África, y se utiliza también como composición decorativa en estanques, fuentes o mesas de mosaico. (N. del Ed. <<